

POESIAS  
DE  
MARTINEZ  
DE LA  
ROSA

DRPS  
FA  
740

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500769851







POESIAS  
DE  
MARTINEZ  
DE LA  
ROSA



Ex Libris



Russell Perry Sebold III



FL DRPS FA/0740

0500769851



# Poesías

de

D. Francisco Martínez

de la Rosa.



SE HALLA ESTA OBRA EN MADRID

En las librerías de { SOJO, calle de carretas.  
BRUN, frente á las gradas de San  
Felipe.





*Peint par M<sup>me</sup> Baucher*

F. MARTINEZ DE LA ROSA.

# POESÍAS

DE

D. FRANCISCO MARTINEZ  
DE LA ROSA.



MADRID:

IMPRESA DE D. TOMAS JORDAN, CALLE DE TOLEDO.

AGOSTO DE 1833.



---

**ADVERTENCIA.**


---

**H**abiendo cultivado la poesía casi desde mi infancia, y sin haber perdido esta afición en todo el curso de mi vida, he hallado en ella tanto esparcimiento y consuelo, ya como distracción en mis ocios, ya como desahogo de cuidados y penas, que debiera ser bastante crecido el número de mis composiciones, si las hubiese guardado con esmero. Pero mirándolas como un mero pasatiempo, y sin ánimo de darlas á luz; descuidando á veces el copiarlas por escaso aprecio ó por desidia; y habiendo perdido no pocas en circunstancias azarosas, trastornos y viajes, hallé que no eran bastantes las que tenía á la mano cuando publiqué en París mis *Obras literarias*.

Volví luego á mi patria, á fines del pasado año de 1831; y al verme en mi hogar, en el seno de mi familia, y alentado hasta por el hermoso cielo de Andalucía, sacudí la pereza, reuní antiguos borradores, condené unos, corregí otros, añadí algunas composiciones nuevas, las postreras tal vez de mi vida; y con las que me han parecido mejores he formado la colección que ahora presento al público.

A él es á quien toca juzgarlas, sin que valga reclamar su indulgencia con súplicas y escusas; inútiles, si son sinceras; y que indisponen el ánimo,



en vez de cautivarle, si dejan traslucir por desgracia vislumbre de amor propio. Solo puedo decir en verdad que me ha arredrado no poco, al publicar mis composiciones, el recuerdo de haber dado á luz anteriormente un *Arte poética*: porque he temido, quizá con sobrada razon, que se juzgue á mis obras por mis propias reglas; y no hay muchos padres que tengan la virtud y entereza de un Guzman el Bueno, para dar ellos mismos armas con que degüellen á sus hijos.

Mas sea cual fuere el concepto que se forme de estas composiciones, estoy muy lejos de ofrecerlas á la juventud estudiosa como dechados y modelos: debiendo repetir, como otras veces, que el fin que me propongo al publicarlas es servir de estímulo con mis propios conatos, no presentarme como maestro.

No quisiera sin embargo desaprovechar la ocasion, que ahora se me viene á las manos, de decir en breves palabras mi sentir y dictámen respecto de las dos sectas enemigas, que tan cruda guerra tienen trabada en el campo de la literatura: apresurándome á advertir de antemano que como todo partido extremo me ha parecido siempre intolerante, poco conforme á la razon, y contrario al bien mismo que se propone, tal vez de esta causa provenga que me siento poco inclinado á alistarme en las banderas de los *clásicos* ó de los *románticos* (ya que es preciso apellarlos con el nombre que han tomado por señal y divisa); y que tengo como cosa asentada que unos y otros llevan razon cuando censuran las exor-

bitancias y demasías del partido contrario, y cabalmente incurren en el mismo defecto así que tratan de ensalzar su propio sistema.

No tiene duda, á mi entender, que las obras de imaginacion, así como las Bellas Artes, estan sujetas á algunas reglas fijas, invariables, fundadas en los principios de la sana razon, y hasta puede decirse que en la misma naturaleza del hombre: así, por ejemplo, conviene que en toda composicion, cualquiera que sea su clase, haya *unidad* en el conjunto, *proporcion* en las partes, *variedad* en el ornato, *correspondencia* entre el asunto y el estilo; mas no por esto se infiere que no esten sujetas á mudanza, al sabor de los siglos y de las naciones, algunas reglas prescriptas por los maestros del arte, los cuales á su vez las tomaron de la contemplacion y estudio de los modelos de su tiempo. Que ni se deben medir con escala mezuquina las obras de la imaginacion, ni condenarlas livianamente porque no quepan en los moldes de Aristóteles ó de Horacio, ni decir al genio del hombre, como Dios á las olas del mar: *no traspasarás este límite*. Al contrario, nada mas acertado y conveniente que dejar á la imaginacion un vastísimo espacio para que campée con desahogo, sin ostigarla á seguir paso á paso las huellas de los antiguos: ¡mas qué acontecerá probablemente, si por el ansia de seguir una senda distinta, se corre á ciegas sin concierto ni guia, y se desprecian como inútiles trabas los consejos de la razon y del buen gusto? Que á



fuerza de mofarse de la supersticiosa observancia de las reglas, se sacudirá todo freno; y que siguiendo el curso natural de toda secta, ya sea religiosa, ya política, ó bien literaria, los primeros caudillos echarán por tierra los antiguos ídolos; y sus discípulos y secuaces, llevados del anhelo de la novedad, sobrepujarán la licencia y extravíos de sus propios maestros.

En nuestra misma patria, sin tener que buscar ejemplo y desengaño en la agena, podemos ver palpablemente el cuadro que acabamos de bosquejar. Apenas salió nuestra poesía de su larga infancia, y comenzó á dar muestras de vigor juvenil en el siglo décimo quinto, tomó el rumbo que era natural que siguiese, cuando á la propia sazón, y en las naciones mas cultas de Europa, habia revivido el amor á las letras desenterrando monumentos antiguos, y contemplando con ciertos visos de adoracion los modelos de Grecia y de Roma. Así es que en las composiciones graves de aquella época se nota el prurito de ostentar erudicion, de zurcir retazos de historia, de amontonar alusiones á la mitología y á la fábula; en tanto que otros poetas, de menos saber y doctrina, lucian el propio ingenio en composiciones amorosas, llenas de agudezas y conceptos, de melindres y juegos pueriles, no poco semejantes á los que en tiempos posteriores afearon las gracias de nuestra poesía.

Con la mayor civilizacion y cultura, con el vuelo que dieron á la nacion sus descubrimientos y victorias, y sobre todo con el trato continuo en-

tre España é Italia, adquirió nuestra literatura aquel sabor de antigüedad, aquel *gusto clásico* que la distinguió en el siglo décimo sexto, y que se echa de ver generalmente desde Boscan y Garcilaso hasta Fr. Luis de Leon y entrambos Argensolas. De donde provinieron, á mi entender, muchas de las excelentes dotes que esmaltan las composiciones de aquella época, pudiéndose comparar algunas de ellas con los modelos de la antigüedad; al paso que la misma causa perjudicó no poco, en mi dictámen, á la originalidad y valentía que hubiera desplegado la poesía castellana, si no hubiese tenido tanto empeño de mostrarse fiel imitadora.

Conociéronlo así, tal vez por instinto, algunos hombres de clarísimo ingenio, que florecieron en el siglo siguiente; tales como un Lope de Vega, un Góngora, un Quevedo; y queriendo abrir nuevo camino, corrieron desatentadamente sin reparar en precipicios y derrumbaderos, confiados en salvarlos con sus fuerzas y arrojo. Ni aun así lo lograron; antes bien deslustraron malamente las raras prendas que realzaban su mérito; pero así que se agolpó tras ellos una turba de poetas de menos valer, se acreció su osadía al par que su flaqueza, y teniendo á mengua someterse á las reglas del arte, no hubo linage de extravagancia ni de absurdo en que no incurriesen, hasta que la poesía y la lengua expiraron entre sus manos.

En los poetas españoles del siglo décimo séptimo se vé, si no me engaño, un ejemplar patente de los extravíos á que conduce el ciego anhelo de la no-



vedad, el menosprecio de los buenos modelos, el ansia de rebuscar conceptos peregrinos y expresiones aventuradas, por no parecer escritores vulgares. Y cuando se advierte en nuestros días la misma tendencia, aun en las naciones mas adelantadas, no me ha parecido inoportuno señalar este riesgo, y con tanta mas razon quanto la nueva escuela literaria cuenta como patronos autores de mucha nombradía, y deslumbra con el brillo de sus doctrinas y de sus obras.

En buen hora que no se canse al público con églogas imitadas de Teócrito ó de Virgilio, despues de tantas copias como se han hecho de aquellos bellísimos originales: convengo de buen grado en que puede componerse una Epopeya de gran mérito, perfecta si se quiere, sin haber menester que se asemeje á la *Iliada* ni á la *Eneida*; mas cuenta con llevar tan al cabo este sistema que se concluya por mirar con cierta esquivéz y desdén las obras maestras de la antigüedad, que serán bellas, admirables mientras exista el mundo. ¿Cuándo envejecerán, á pesar del trascurso del tiempo y de los antojos de la moda, las lindas composiciones de Anacreonte, las geórgicas de Virgilio, las elegías de Tibulo?... Yo de mí sé decir que me encanto con las obras de tales maestros y con las composiciones clásicas de nuestros antiguos poetas; y que no temeré aconsejar respecto de ellas á los jóvenes aplicados lo mismo que aconsejaba Horacio á los Pisones, respecto de los modelos griegos: de noche, de día, nunca los solteis de las manos.

Que esto no impide, y antes bien facilita, el que se cultiven con aprovechamiento las literaturas extranjeras, admirando las dotes peculiares que cada una de ellas posee, y aun imitando lo que mejor parezca; aunque sin olvidar por ningun término el gusto propio de cada nación, la índole de su poesía, el genio de su lengua.

Ni tampoco se opone la estimacion y apego á las obras de la antigüedad á que se atienda cual conviene al espíritu del siglo en que vivimos, que quizá exige en las composiciones mas caudal de doctrina, mas sentimiento, mas vida; en vez que nuestros antiguos poetas, encaminándose de mejor grado á la imaginacion que al corazón y al entendimiento, abusaban con sobrada frecuencia de su facilidad portentosa para versificar y hasta de la música apacible y sonora del habla castellana.

Campos enteros hay que dejaron por cultivar, ó á cuyos lindes se acercaron apenas: tales como el *Idilio* (bien sea al gusto griego, bien al que ha tentado en nuestros días el delicado Géssner); la *Elegía amatoria*, de que nos dejó Roma tan cumplidos modelos y que han ensayado con buen éxito varios escritores extranjeros; el *poema didáctico* en que solo contamos alguno que otro bosquejo, y todos ellos imperfectos; la *poesía filosófica*, nutrida de pensamientos profundos, de sentimientos tiernos, tan acomodada al gusto de nuestro siglo, mas adelantado en saber, ó quizá mas grave y melancólico á fuerza de desengaños y desdichas; otros géneros en fin de composicion, ya del todo nue-



vos, ya presentados bajo distinto aspecto, para que despierten la atención apareciendo originales.

Solo conviene no perder de vista, si he de decir con lisura lo que siento, que si á nuestros antiguos poetas les causó no poco perjuicio la misma fogosidad y lozanía de su ingenio, ahora corremos el peligro de que por parecer filósofos profundos, cortemos las alas á la imaginación, y no seamos en realidad sino declamadores fríos y desmayados; á no ser que, por huir de este escollo, demos en el escollo opuesto, y remontemos tan desacordadamente el concepto y la frase, que cueste trasudores el entendernos.

No alcanzo hasta qué punto habria adquirido nuestra lengua desembarazo y soltura, si hubiese habido muchos poetas tan osados como Juan de Mena, que la trataba á fuer de esclava, ó del temple y vigor de un Herrera, que la levantaba á la par del griego y del hebreo; mas puesto que ya se halla formada con el uso de buenos escritores y la sancion del tiempo, y que es necesario acomodarse á su índole, ó si se quiere á sus caprichos, debe evitarse con especial cuidado violentarla con trasposiciones que no consiente, y que en vez de dar á una composición mayor dignidad y nobleza, ponen en prensa el entendimiento y menoscaban el deleite.

Por cuya razon, sin que sea menester recurrir á otras, tengo para mí que una de las principales dotes de la poesía es la claridad; procurando que los pensamientos aparezcan fáciles y espontáneos,

y la expresión fiel y sencilla. En los escritores griegos sobre todo se nota aquella *candidez* inimitable, que parece hija de la misma naturaleza, sin que se columbre ni por asomo el conato del arte; y no por eso bastardeaban sus conceptos por vulgares y viles, ni se arrastraban torpemente el estilo y la frase.

No recuerdo un solo rasgo sublime, en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con suma sencillez; y sin esta cualidad esencialísima, mal pudieran excitar en el ánimo la impresión viva, instantánea, que los distingue.

Los pensamientos deben nacer nobles, por decirlo así, y entonces es cuando se muestran aseguibles y llanos, sin deslucir su origen; así como el lenguaje puede ser ingenuo y sencillo, sin que por eso se aplebeye.

No es fácil, ni con mucho, señalar en estas materias el límite propio, preciso, á que debe llegarse sin pisarlo; y harto sé por mi propia experiencia que es mas cómodo dictar preceptos que ponerlos uno mismo en práctica; mas no por eso me he retraido de dar esta especie de aviso, ya que no sea consejo: ocioso, si se quiere; tal vez desacertado; pero nacido ciertamente de buena intención y deseo.



y la expresión del y sensible. En los colores que  
 los colores solo se nota alguna conexión íntima  
 que parece más de la misma naturaleza, sin  
 que se continúe al fin como el color del azul  
 y rojo por sus propiedades sus conceptos por sus  
 colores y otros, ni se mezclaban torpemente el  
 azul y el rojo.  
 No tenemos un solo color simple, en cual  
 quiera lengua que sea; que no sea compuesto con  
 otros colores, y así sus cualidades constituyen  
 mal poderán existir en el mismo la impresión  
 de los diferentes, que los distinguen.  
 Los pensamientos deben nacer juntos, por de  
 más así y cuando es cuando se muestran en  
 palabras y ideas, sin distinción en otros, en como  
 el lenguaje puede ser ígual y sencillo, en que  
 por eso se atribuyen.  
 En el arte, en el mundo, se halla en estas me-  
 ritas el bello y el feo, a que debe haberse  
 sin distinción, y todo se por un propio experimento  
 que en uno mismo dicta principios que parecen  
 uno mismo en práctica, más no por eso se ha  
 torcido de que sea especie de arte, en que no  
 sea consiguiente, o más se quiere, así se descom-  
 pone, pero así mismo el mismo de parte de la misma  
 y de los



*El Duque Lo Coric inventó.*

*F. Bois Le gravó.*

*PARTE PRIMERA*

*Interea, dum fata sinunt, jungamus amores.*

*Tibº Elegº 1º*



---

**EL RECUERDO DE LA PATRIA.**

(En Londres, año de 1811.)

---

**V**i en el Támesis umbrío  
Cien y cien naves cargadas  
De riqueza ;  
Vi su inmenso poderío ,  
Sus artes tan celebradas ,  
Su grandeza :

Mas el ánimo afligida  
Mil suspiros exhalaba  
Y ayes mil ;  
Y ver la orilla florida  
Del manso Dauro anhelaba  
Y del Genil.

Vi de la soberbia corte  
Las damas engalanadas ,  
Muy vistosas ;  
Vi las bellezas del norte ,  
De blanca nieve formadas  
Y de rosas :

Sus ojos de azul del cielo ;  
De oro puro parecia  
Su cabello ;  
Bajo trasparente velo



Turgente el seno se vía,  
Blanco y bello.

¿Mas qué valen los brocados,  
Las sedas y pedrería  
De la ciudad?

¿Qué los rostros sonrosados,  
La blancura y gallardía,  
Ni la heldad?

Con mostrarse mi zagala,  
De blanco lino vestida,  
Fresca y pura,  
Condena la inútil gala,  
Y se esconde confundida  
La hermosura.

¿Dó hallar en climas helados  
Sus negros ojos graciosos,  
Que son fuego,  
Ora me miren airados,  
Ora roben cariñosos  
Mi sosiego?

¿Dó la negra cabellera  
Que al ébano se aventaja?  
¿Y el pie leve,  
Que al triscar por la pradera  
Ni las tiernas flores aja,  
Ni aun las mueve?...

Doncellas las del Genil,  
Vuestra tez escurecida

No trocará  
Por los rostros de marfil  
Que Albion envaneada  
Me mostrára:  
Padre Dauro, manso rio  
De las arenas doradas,  
Dignate oír  
Los votos del pecho mio;  
Y en tus márgenes sagradas  
Logre morir!

## LA ESPIGADERA.

Zagala donosa,  
Linda espigadera,  
Que el dorado fruto  
Llevas á la aldea,  
Pon sobre mis hombros  
La carga ligera;  
No mas afanada  
Mis ojos te vean.  
Mira que envidiosa  
Vénus te aconseja  
Malogres tus años  
En ruda faena:



¿Qué placer te brindan  
 Las desnudas eras,  
 Los tostados haces,  
 Las aristas secas?  
 El sol con sus rayos  
 Abrasa la tierra,  
 Sin que leve sombra  
 De su ardor defienda:  
 Enjutas del río  
 Se ven las arenas;  
 Y al márgen se apiñan  
 Las mustias ovejas.  
 Sin flores el prado,  
 Los campos sin yerba,  
 Los árboles secos,  
 La fuente sedienta,  
 Ni cantan las aves,  
 Ni céfiro vuela;  
 La triste cigarra  
 Tan solo resuena...!  
 ¡Ay! ven; y en la gruta,  
 De musgo cubierta,  
 En pláticas dulces  
 Pasemos la siesta:  
 Que Amor te convida,  
 Te llama, te espera,  
 De gente curiosa  
 Guardando la puerta.

## LA NIÑA DESCOLORIDA.

**Pálida está de amores**  
**Mi dulce Niña:**  
**Nunca vuelvan las rosas**  
**A sus mejillas!**

**Nunca de amapolas**  
**O adelfas ceñida**  
**Mostró Citeréa**  
**Su frente divina:**  
**Téjenle guirnaldas**  
**De jazmin sus Ninfas;**  
**Y tiernas violas**  
**Cupido le brinda.**

**Pálida está de amores**  
**Mi dulce Niña:**  
**Nunca vuelvan las rosas**  
**A sus mejillas!**

**El sol en su ocaso**  
**Presagia desdichas,**  
**Con rojos celages**  
**La faz encendida:**  
**El alba en oriente**



Mas plácida brilla ;  
De cándido nácar  
Los cielos matiza.

Pálida está de amores  
Mi dulce Niña :  
Nunca vuelvan las rosas  
A sus mejillas !

¡ Qué linda se muestra ,  
Si á dulces caricias  
Afable responde  
Con blanda sonrisa !  
Pero muy mas bella  
Al amor convida ,  
Si de amor se duele ,  
Si de amor suspira .

Pálida está de amores  
Mi dulce Niña :  
Nunca vuelvan las rosas  
A sus mejillas !

Sus lánguidos ojos  
El brillo amortiguan ;  
Retiemblan sus brazos ;  
Su seno palpita ;  
Ni escucha , ni habla ,

Ni vé , ni respira ;  
Y busca en mis labios  
El alma y la vida....

Pálida está de amores  
Mi dulce Niña :  
Nunca vuelvan las rosas  
A sus mejillas !

LA BARQUERA.

Niña de las redes ,  
Eres segun creo  
De la mar nacida  
Y hermana de Vénus :  
Al nacer , corteses  
Las olas les dieron  
Color á tus ojos ,  
Mudanza á tu pecho ;  
La cándida espuma ,  
Que rizan los vientos ,  
Dió sal á tu boca ,  
Blancura á tu cuello ;  
Y el mar en la orilla ,  
Buscando y huyendo ,  
De tratar amores  
Te dió el mal ejemplo.



## LA VICTORIA DE SALAMANCA.

## SONETO.

(Publicado en Cadiz, año de 1812.)

**Libre** quiso correr el turbio Sena;  
**Y** apenas lo pregona envanecido,  
**Con** propia sangre mirase teñido  
**Y** arrastrando mas bárbara cadena:  
**Furioso** rompe el cauce que lo enfrena,  
**Hierve**, y se ensancha, y tala embravecido,  
**Y** el continente cubre, y su bramido  
**De** escándalo y terror al orbe llena.  
**Ufano** ya con tan inmensa gloria,  
**Disputa** al mar el sumo poderío,  
**Y** señor se proclama de la tierra;  
**Mientras**, burlando al insolente río,  
**Corre** el Tórmes cantando su victoria,  
**Y** dando al mundo la señal de guerra.\*

(\*) Amenazaba ya el levantamiento general de Europa contra Bonaparte.

## LAS BURLAS DE AMOR.

**P**ues los hombres todos  
**A** tu ley se humillan,  
**Amor**, no con burlas  
**De** sus males rias:  
**Presos** de un cabello  
**Algunos** suspiran,  
**Cual** náufrago triste  
**Que** el moro cautiva;  
**Quien** un lunar breve  
**Cual** su estrella mira;  
**Quien** de unas pestañas  
**Vé** pender su vida...  
**Solo** yo, dios ciego,  
**Resistí** á tus iras;  
**Pues** solo alcanzaron  
**Rendirme** á Dorila  
**Los** leves hoyuelos  
**De** su mano linda,  
**De** su hermoso brazo,  
**De** su blanda risa.



## ANACREÓNTICA.

Bebamos, muchachas;  
 Ninguna descanse,  
 Y el vaso precioso  
 Su giro no pare:  
 Los ojos se anublen,  
 Los pechos se abrasen,  
 Los pies se entorpezcan,  
 Las lenguas se aten;  
 Que rabien las tías,  
 Que riñan las madres,  
 Que llueva, que truene,  
 Que nieve, que escarche,  
 Que rujan los vientos,  
 Que bramen los mares,  
 Mas vino y mas vino,  
 Mas baile y mas baile.

## LA APARICION DE VENUS.

De pompa ceñida bajó del Olimpo  
 La Diosa que en fuego mi pecho encendió;  
 Sus ojos azules de azul de los cielos,  
 Su rubio cabello de rayos del sol:  
 Al labio y mejilla carmin dió la aurora;  
 Dió el alba á la frente su blando color;  
 Y al pecho de nieve su brillo argentado  
 La cándida senda que Juno formó.  
 En trono de nácar la luna de agosto,  
 El iris en mayo tras nube veloz,  
 Y en fértil otoño la lluvia primera,  
 Tan gratas al alma, tan dulces no son.  
 No tanto me asombra del mar el bramido,  
 De horrisonos truenos el ronco fragor,  
 Y el rayo rasgando la cóncava nube,  
 Cual temo sus iras, su adusto rigor....  
 Mas ¡ay! que los vientos ya baten las alas;  
 Ya el carro de nubes apresta el Amor;  
 Ya Céfito riza la pluma á los cisnes;  
 Y en coro levantan las Gracias su voz:  
 Cual rápida estrella que cruza los aires,  
 Cual fúlgida aurora que el polo alumbrió,  
 Fugaz desaparece la plácida Diosa;  
 Y el orbe se cubre de luto y dolor.



## EL PROPÓSITO DE UN AMANTE.

Dulces himnos de alabanza

Al Amor sumiso entone

Quien su pérfida venganza

En el pecho no sintió:

Tal, inmóvil en la orilla,

Canta al ruido de las olas

Quien jamás en frágil quilla

El furor del mar probó.

Yo algun dia por mi daño

En sus redes sorprendido,

Libre ya, su torpe engaño

Por do quier publicaré:

Del candor con la apariencia

Cubre artero su malicia;

Cual rapaz, finge inocencia;

Con la venda engaña y vé:

Hiere aleve cuando juega;

Busca y huye á un tiempo mismo;

Amenaza cuando ruega;

Cede, y queda vencedor:

Falso el llanto y dulce acento,

Falsas son sus blandas quejas,

Falso al fin es su contento;

Cierto solo su dolor...

Mas perdona, Amor divino,

Si rebelde osé agraviarte;

Ya á tu yugo el cuello inclino;

Vuelvo dócil á tus pies:

Ya, vencida mi porfía,

Torno alegre al cautiverio;

Tuya, Amor, el alma mia,

Mi existencia tuya es!

## ANACREÓNTICA.

¿Quién bebió en esta copa?

Fue sin duda una abeja;

Y ha dejado el veneno,

Y tambien la saeta...

No fue una abeja, huesped;

Un niño hermoso era.

¿Un niño? — Sí. — ¿Con armas? —

Y en la frente una venda... —

No sigas; que en mi pecho

Ya ha dejado otras señas.



## EL SÁTIRO.

O tú, mas feble á seductor halago  
Que tierno lino al revolver del viento,  
Cuando mecido en la feraz llanura

Trémulo ondéa!

Si allá te oprime en sus nerviosos brazos,  
Su negra boca á tu semblante uniendo  
De rojas moras con fealdad teñida,

Sátiro inmundo,

No mas te acuerdes de mi amor primero;  
Ni el labio mio con su blando bozo  
El pecho halague que punzaron antes

Asperas cerdas.

Al pie del sauce, en tu apacible baño,  
Yo ví estampada la redonda huella  
Del torpe amante, y del brutal retozo

Turbias las aguas:

Anda pues, falsa, y su enastada frente  
Ciñe en el bosque con lasciva yedra;  
Mientras oculto con mi fiel zagala

Plácido rio.

## LAS GUERRAS DE AMOR.

Alumnos de Marte,  
Dejad su furor;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

El ocio desdeña,  
La paz aborrece;  
Tan solo apetece  
La lucha y la lid:  
Barreras y muros  
Encienden su enojo;  
Ya ostenta su arrojo,  
Ya luce su ardid.

Alumnos de Marte,  
Dejad su furor;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

Los fáciles triunfos  
Empañan su gloria;  
Dificil victoria  
Redobla su ardor:  
Su yugo suave



No humilla al rendido ;  
Al pie del vencido  
Se vé el vencedor.

Alumnos de Marte ,  
Dejad su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

Anhela en su fuga  
La astuta enemiga  
Que osado la siga  
Su tierno amador :  
Si finge rigores ,  
Son iras fugaces ;  
Suspira por paces ,  
Si finge rencor.

Alumnos de Marte ,  
Dejad su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

Tormenta de mayo  
Parecen sus celos ,  
Que anuncia en los cielos  
El iris de paz ;  
Si triste y llorosa

De amor se querella ,  
Mas dulce y mas bella  
Se os brinda su faz.

Alumnos de Marte ,  
Dejad su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

Con treguas violadas ,  
Con pactos fingidos ,  
Lograd fementidos  
La palma y laurel :  
La misma enemiga ,  
Que finge despecho ,  
Celebra en su pecho  
Vuestro ánimo infiel.

Alumnos de Marte ,  
Dejad su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

La Diosa de Chipre ,  
Si oyó el juramento ,  
Lo escribe en el viento ,  
Lo graba en el mar :  
Que allí estan los nombres



De tiernas amantes,  
Que á un dueño constantes  
Supieron amar.

Alumnos de Marte,  
Dejad su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

Mas ; ay ! que el Dios fiero  
Ya blande su lanza ,  
Y excita á venganza  
Con hórrida voz :  
Estragos y ruinas  
El campo presenta ;  
La tierra ensangrienta  
La lucha feroz.

Alumnos de Marte ,  
Dejad su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Os brinda el Amor.

En tanto , luchando  
Con blando desvío ,  
El ídolo mio  
Me muestra esquivéz ;  
Y en dulce desmayo

Suspensa su alma ,  
Del triunfo la palma  
Me ofrece otra vez...

Alumnos de Marte ,  
Seguid su furor ;  
Con guerras mas dulces  
Me brinda el Amor.

EL AMOR EN VENTA.

Acudid , zagalas...

¡ Qué lindo Amor vendo !

Miradle en mi mano ,

Por las alas preso. —

¿ Es dócil?.... Y niño.

¿ Donoso?.... Hechicero.

¿ Calladito?.... Mudo.

¿ Complaciente?.... Ciego.

¿ Alegre?.... Cual mayo.

¿ Veloz?.... Como el viento.

¿ Y fiel?.... Cual vosotras.

Ya no le queremos.



ADMONICION Á UN POETA NOVEL  
CONTRA LA TENTACION DE ESCRIBIR SÁTIRAS.

Sé dócil, Fabio, atiende á mis razones;  
Y no corras derecho al precipicio,  
Sin ver el grave riesgo á que te expones.  
Eres mozo y honrado; ves al vicio  
Alzar impune la soberbia frente,  
Y á su aspecto no mas sales de quicio;  
Sin reparar, ó jóven inocente,  
Que con vano sermon nada se alcanza,  
Si se vá contra el viento y la corriente.  
¿No es mejor que á la insípida alabanza  
Consagres tus vigilias y sudores,  
Ganando para tí lucro y holganza?  
Celebra á los magnates y señores;  
Por Mecenas elige al mas menguado,  
Y derrama á dos manos tus loores;  
Que aunque en lugar de incienso regalado  
Mezcles inmundas pez, resina y brea,  
Y al ídolo en su altar dejes alumado,  
Verás cuál se entumece y pavonea  
Con el tributo vil, y paga ufano  
Cuanto su necio orgullo lisonjea.  
Si es de mal corazon, llámale humano;

Si pródigo, galan y generoso;  
Sabio y modesto, si ignorante y vano:  
Miente y adula á roso y á belloso,  
Seguro que ninguno te desmienta,  
Cierto de hallar aplauso numeroso;  
Y en un año, en un mes, por mí la cuenta  
Si has menester Apolo ni Pegaso  
Para lograr honores, fama y renta.  
No traigo á la memoria un solo caso  
En que el decir verdad premio consiga;  
Y antes por ello ví mas de un fracaso:  
Así, no es de extrañar que el tropel siga  
La senda mas trillada y espaciosa,  
Que al término conduce sin fatiga;  
En tanto que apocada y temerosa  
Se esconde la virtud bajo la tierra,  
Y aun allí el vicio con furor la acosa.  
Mas si vivir no quieres siempre en guerra,  
A sombra de desvan, pobre y desnudo,  
A Persio y Juvenal con llave encierra;  
Deja el veraz estilo, áspero y rudo,  
Y alambica un elogio aluivariado  
Que cuele blandamente sin embudo.  
Yo no he visto en mi vida potentado  
Que un Licurgo no fuese en su alto asiento  
Y de todas virtudes fiel dechado;  
Ni uno tampoco he visto que, al momento  
Que por tierra cayó, no mereciera



Servir, cual otro Luna, de escarmiento.

No he visto un general que no pudiera

A César y á Pompeyo dar lecciones,

Y que no esté atrasado en su carrera;

Ni un asentista, henchido de doblones,

Que no fuese columna del Estado,

Del pueblo entre las crudas maldiciones.

¿Quién halló un juez venal en alto estrado?

¿Quién no encontró talento á un palaciego?

¿Quién conoce un bribon condecorado?...

Pues en la corte estás y no eres ciego,

Díme si aunque demonio te volvieras,

Halláras leña en que cebar tu fuego.

Juro y rejuro, hablándote de veras,

Que falta material á la censura,

Como mentir y calumniar no quieras:

Y si debiste al cielo por ventura

Musa festiva, alegre y burladora,

La diestra armada de manopla dura,

Hazle amansar su furia azotadora,

O procura que pague el escudero

El encanto fatal de su señora.

Este es el medio, Fabio, que prefiero;

Que no es nuevo pagar el inocente,

Y ostentarse el culpable erguido y fiero:

Y si lanzar no puedes de la mente

La viva comezon de íncuba musa,

Que ni paz ni reposo te consiente,

De aquel feliz arbitrio al menos usa,

Y en posadera ruin descarga recio,

Sin tener que pedir perdon ni escusa.

A un alcalde pedáneo llama necio;

Dí que roba á man-salva un boticario;

Trata á un pobre cornudo con desprecio;

Saca á plaza un poeta perdulario;

Empluma alguna vieja Celestina,

O acusa á un fiel de fechos de falsario!...

Mas cuenta que la misma ventolina

No te engolfe despues en mar bravía,

Do el piloto mas diestro halla su ruina.

Regla sin excepcion: en viendo usia,

Hermanadas estan virtud y ciencia,

Y las debes tratar con cortesía;

Y si asomos vislumbres de excelencia,

O de una placa atisbas los reflejos,

Ya les puedes hacer la reverencia.

Mas si infundados juzgas mis consejos,

Por norma elige al cazador prudente,

Que audaz persigue á liebres y conejos;

Y cura bien no echarla de valiente

Con los soberbios tigres y leones,

De corva garra y de aguzado diente.

Del mar en las undivagas regiones

El pez mayor embiste al pequeñuelo,

Y huye de los hambrientos tiburones;

Y en las aves aligeras del cielo



Tras la paloma arrójase el milano,  
 Y del huitre rapaz no turba el vuelo.  
 Tan natural y propio al ser humano  
 Es perseguir al débil y abatido,  
 Y evitar aun el riesgo mas lejano,  
 Que no verás rapaz recién nacido  
 Que al flaco gosquecillo no atormente,  
 Y de robusto can no huya al ladrido.  
 Lo mismo debe hacer hombre prudente;  
 Que lo demas son pláticas de antaño,  
 De que se burla ya la culta gente.  
 Y si tal vez creyeres que te engaño,  
 A salvo pongo el ánima y conciencia  
 Con prevenirte á tiempo de tu daño:  
 Haz por juego siquiera la experiencia;  
 Mas no te quejes del rigor del hado,  
 Cuando sufras la dura penitencia.  
 Yo por mi parte huiré de tal pecado,  
 Aunque Apolo me ofrezca su corona:  
 Que es lícito en el mundo ser malvado;  
 Mas decir la verdad no se perdona.

Y en las aves aligeras del cielo  
 El pez mayor embiste al pedreguño,  
 Del mar en las profundas regiones  
 De corva garra y de aguzado diente,  
 Con los soberbios tigres y leones,  
 Y en las aves aligeras del cielo

## LOS JUEGOS DEL AMOR.

Con un cristal Cupidillo  
 Jugando, el sol reflejaba;  
 Y á Dorila deslumbraba  
 Con el vivísimo brillo:  
 Mas con maligna intencion  
 El cristal inclinó luego;  
 Y al instante prendió el fuego  
 En el tierno corazón.  
 Quitóse el cendal un día,  
 Y los ojos vendó á Flora;  
 Y la inocente pastora  
 Del leve juego reía:  
 Mas el rapaz se ocultó;  
 Afligióse la doncella;  
 Y al ir ciega tras su huella,  
 Presa en sus redes quedó.

Con sacro fuego  
 Los celos  
 El Ganges  
 Los templos y altares  
 De vides corona  
 Y al Numen propio  
 De la India  
 Con sacro



## HIMNO Á BACO.

**Ven, padre Liéo,**  
**Del cielo descende;**  
**Mis venas enciende**  
**Con sacro furor!**

**Cantar soberano**  
**Ya el estro me inspira;**  
**Mi trémula mano**  
**Ya pulsa la lira;**  
**Y en coro resuenan**  
**Mil himnos de honor....**

**Ven, padre Liéo,**  
**Del cielo descende:**  
**Mis venas enciende**  
**Con sacro furor!**

**Festivos cantares**  
**El Gániges entona;**  
**Los templos y altares**  
**De vides corona;**  
**Y al Númen propicio**  
**Demanda favor....**

**Ven, padre Liéo,**  
**Del cielo descende;**  
**Mis venas enciende**  
**Con sacro furor!**

**Ya escucho las voces**  
**De alegres Bacantes,**  
**Las ruedas veloces,**  
**Los ejes sonantes,**  
**Del viejo Sileno**  
**La risa y clamor....**

**Ven, padre Liéo,**  
**Del cielo descende;**  
**Mis venas enciende**  
**Con sacro furor!**

**Al carro glorioso**  
**Preceden cautivos**  
**Amor desdeñoso,**  
**Los zelos esquivos,**  
**Las iras de Vénus,**  
**De Marte el furor....**

**Ven, padre Liéo,**  
**Del cielo descende;**  
**Mis venas enciende**  
**Con sacro furor!**



Tu néctar sabroso  
Se brinda al deseo  
Muy mas oloroso  
Que aroma sebo ;  
La púrpura tyria  
Le envidia el color....

Ven, padre Liéo,  
Del cielo descende ;  
Mis venas enciende  
Con sacro furor !

La paz embalsame  
Tu dulce ambrosía ;  
Sus mieles derrame  
La pura alegría ;  
No amarguen las penas  
Tu grato dulzor....

Ven, padre Liéo,  
Del cielo descende ;  
Mis venas enciende  
Con sacro furor !

En vasos preciosos  
Aromas humean ;  
Amantes y esposos  
Tus aras rodean ;

Por víctima ofrecen  
Su cándido amor....

Ven, padre Liéo,  
Del cielo descende ;  
Mis venas enciende  
Con sacro furor !

Detente, profano !  
No toques impuro,  
Con pérfida mano,  
Con labio perjuro,  
La copa dorada  
Del sacro licor....

Ven, padre Liéo,  
Del cielo descende ;  
Mis venas enciende  
Con sacro furor !

Mas ya de beleño  
Coronas mi frente ;  
Ya el lánguido sueño  
Cantar no consiente ;  
Las cuerdas responden  
Con leve rumor.....

Ven, padre Liéo,



Del cielo descende ;  
 Mis venas enciende  
 Con sacro furor !

POCO PESO !!!

Sobre una peña estribando  
 Amor colocó una rama ;  
 Y en un extremo se posa,  
 Mientras el otro levanta :  
 Cuélganse dél á porfía  
 Las inocentes zagalas ;  
 Mas ninguna vencer puede  
 A un niño tierno y con alas.  
 Añaden por peso votos  
 Y prendas mil de constancia ;  
 Y el Dios añade una rosa ,  
 Y mas ligeras las alza :  
 Dábanse al fin por vencidas ;  
 Pero dejólas vengadas  
 Una leve mariposa ,  
 Inclinando la balanza.

## ERÓTICA.

Favor , sagradas Musas ,  
 Favor por esta vez !... Si grave un día  
 Rehusó la lira mia ,  
 Coronada de pámpanos y rosas ,  
 Acompañar canciones amorosas ,  
 Ya con maligno juego  
 Ocultando su pérfida venganza ,  
 El Dios alado y ciego !  
 A cantar me condena su alabanza.  
 ¿Qué mas quieres de mí ?... Ya ante tus aras  
 Me postro humilde y tu piedad reclamo ;  
 Mi libertad maldigo ;  
 Tu esclavo soy , por mi señor te aclamo !  
 Sin amor ¿qué es la vida ? El mundo yerto  
 Aparece desierto :  
 En vez de amenos prados , solo abrojos  
 Miran los tristes ojos ;  
 Y en desabrida calma ,  
 Sin dicha ni esperanza ni desco ,  
 Se estrecha el corazón , se anubla el alma.  
 Mas el divino Amor une los seres  
 Con lazos de placeres :  
 El bruto , el pez , el ave ,  
 Siguen su ley suave :



Ama la erguida palma ;  
 Ama la yedra al olmo ; aman las vides  
 Abrazadas al álamo de Alcides ;  
 Y hasta la flor mas leve

Con su seno convida  
 A recibir el gérmen de la vida.

Amemos pues , amemos ;  
 Que el Tiempo ante nosotros  
 Con pie veloz se aleja ,  
 Y pesares nos deja....

Solo en los brazos del Amor divino  
 Se mira sin horror la negra tumba  
 Y sembrado de flores el camino.

EL AMOR Y LA MARIPOSA.

MADRIGAL.

Rico el matiz, leve el ala,  
 Como linda mariposa,  
 Vaga Amor de rosa en rosa,  
 Mostrando viveza y gala ;  
 Mas si una luz mira ciego,  
 Vuela, llega, en torno gira,  
 Se acerca, tócala, expira,  
 Y consúmese en su fuego.

LOS BESOS.

Cien veces ciento ,

Mil veces mil,

Mas besos dame ,

Laura gentil ,

Que flores crian

Mayo y Abril ,

Y arenas llevan

Dauro y Genil.

Mucho demandas. —

Poco pedí. —

¿Bástale un beso?

Dámele , si ;

Pero tus labios

Clávense en mí ;

Y hasta la Muerte

Nos halle así !



## 10: VOTOS DE UN AMANTE.

Mi bien, mi consuelo, mi gloria, mi vida,  
 Ven, Laura querida, y en plácidos lazos  
 Te ciña en mis brazos, te escuche, te mire,  
 De júbilo expire!

Amor murmurando vá el claro arroyuelo;  
 Las aves del cielo nos cantan amores;  
 Del campo las flores el aire embalsaman....

Tambien ellas aman.

Tu mano divina ya trémula estrecho;  
 Palpita tu pecho, tu frente se arde;  
 Ya tiemblas cobarde, ya tierna suspiras,

Y apenas respiras....

¿Qué dudas, bien mio? Descansa en mi seno;  
 El cielo sereno á amar nos convida;  
 Y al sueño rendida oculta la Luna

Su luz importuna.

¡Oh, nunca la Aurora de tí me separe;  
 El Tiempo repare su curso violento;  
 Y al mismo momento que vaya á perderte,  
 Me hiera la Muerte!

## LA ALHAMBRA.

Venid á mis voces, doncellas hermosas  
 Que hollais la ribera del Dauro y Genil;  
 Venid coronadas de sándalo y rosas,  
 Mas puras, mas frescas que el aura de Abril.

Flotando en la espalda los negros cabellos,  
 Los ojos de fuego, los labios de miel,  
 La túnica suelta, desnudos los cuellos,  
 Cantando de amores seguidme al vergel...

Amor resonaron las grutas del rio;  
 Amor en las selvas cantó el ruiseñor;  
 Amor las montañas, el bosque sombrío,  
 La tierra, los cielos repiten amor.

Y allá en el Alcázar, orgullo del moro,  
 Que ya de tres siglos la mano arruinó,  
 Rodando en los muros de mármoles y oro,  
 Un sordo murmullo de amor resonó....

¿Qué se hizo su gloria, su pompa, su encanto,  
 Los triunfos y empresas de tanto galan?  
 ¿Las cañas y fiestas, la música y canto,  
 Jardines y baños y fuentes dó estan?

El jaspe ya cubren abrojos y espinas;  
 Do rosas crecieron, la zarza se vé;  
 A llanto provocan las miseras ruinas;  
 Los rotos escombros detienen el pie...



¡Ay! Ninfas del Dauro, venid á mis voces;  
 Mirad cual fenecen la gloria y beldad:  
 Y en tanto que vuelan las horas veloces,  
 De amor las dulzuras, la dicha gozad!

## CANCION BAQUICA.

CORO.

En coro cantemos,  
 Dulcísimo vino,  
 Tu influjo divino,  
 Tu grato favor.

A influjo tan grato  
 No hay firme recato,  
 Ni puerta, ni muro,  
 Ni alcázar seguro,  
 Ni dudas, ni celos,  
 Ni esquivo rigor.

CORO.

En coro cantemos,  
 Dulcísimo vino,  
 Tu influjo divino,  
 Tu grato favor.

Por tí la doncella  
 Se ostenta mas bella;  
 La grave matrona  
 De hermosa blasona;  
 La triste viuda  
 Se enciende en amor.

CORO.

En coro cantemos,  
 Dulcísimo vino,  
 Tu influjo divino,  
 Tu grato favor.

Contigo festivo  
 No siente el cautivo  
 Tormentos ni penas,  
 Ni duras cadenas;  
 Y en plácido encanto  
 Se iguala al señor.

CORO.

En coro cantemos,  
 Dulcísimo vino,  
 Tu influjo divino,  
 Tu grato favor.

Contigo el piloto  
 Se burla del Noto;



Y al eco del trueno  
Cantando sereno,  
Del viento y las olas  
Desprecia el furor.

coro.

En coro cantemos,  
Dulcísimo vino,  
Tu influjo divino,  
Tu grato favor.

Tú mueves el labio  
Del necio y del sabio;  
Tú arrancas del seno  
La hiel y veneno  
Que esconde la envidia,  
Que oculta el rencor.

coro.

En coro cantemos,  
Dulcísimo vino,  
Tu influjo divino,  
Tu grato favor.

Contigo el cobarde  
De aliento hace alarde;  
El vil codicioso  
Se ostenta garboso;

El débil anciano  
Recobra vigor.

coro.

En coro cantemos,  
Dulcísimo vino,  
Tu influjo divino,  
Tu grato favor.

Tus puros colores  
Envidian las flores;  
Tu esencia olorosa  
La mirra preciosa;  
La miel de romero  
Tu dulce sabor.

coro.

En coro cantemos,  
Dulcísimo vino,  
Tu influjo divino,  
Tu grato favor.

Los males y penas  
A olvido condenas;  
Las dichas fugaces  
Eternas las haces;  
Y al hado futuro  
Le robas su horror.



CORO.

En coro cantemos,  
 Dulcísimo vino,  
 Tu influjo divino,  
 Tu grato favor.

## EL AMOR CAUTIVO.

Zagalas crueles,  
 No mas rigor ya;  
 Que Amor como niño  
 Merece piedad:  
 Los grillos de flores  
 Al punto soltad;  
 Las duras espinas  
 Hiriéndole estan.  
 Si burlas donosas  
 De tierno rapaz  
 Con leve escarmiento  
 Quisiereis vengar,  
 Quitadle las flechas,  
 Robadle el carcax;  
 Con vuestros ojuelos  
 No ha menester mas.  
 Mirad cómo tiembla  
 Con ansia mortal;

Y juntas las manos,  
 Demanda la paz:  
 No herir vuestros pechos  
 Quisiera jurar;  
 Mas teme os ofenda  
 Su amarga piedad:  
 Si os huye, es ingrato;  
 Si os sigue, es audaz;  
 Sentís sus perfidias,  
 Y os cansa leal....  
 En esto Cupido  
 Se escapa sagaz,  
 Y lanza riendo  
 La flecha mortal:  
 Su Madre en los brazos  
 Le vuelve á estrechar,  
 Y vé á las zagalas  
 Heridas llorar.



## EL TRIUNFO.

El placer que rebosa en mi alma,  
 Zagalas del Dauro, festivas cantad:  
 El Amor ha dejado los cielos,  
 Y el nido en mi pecho por siempre hizo ya.  
 ¿Qué ventura en la tierra hay que iguale  
 Al sumo contento que ofrece el amor?  
 Los sentidos, el alma y potencias  
 A tanta delicia bastantes no son.

En el bosque de nardos y rosas  
 Al fin de mi amada vencí la esquivéz:  
*Tuya soy*, pronunciaron sus labios;  
 Y al punto en sus labios su aliento espiré.

Blando lecho brindaron las flores;  
 La tórtola amante mas tierna gimió;  
 Y las ramas de un sauce inclinando,  
 El hurto dichoso cobija el pudor.

## EL CEMENTERIO DE MOMO.

## EPITAFIOS.

Yace aquí un mal matrimonio,  
 Dos cuñadas, suegra y yerno...  
 No falta sino el demonio  
 Para estar junto el infierno.

¡En sepulcro de escribano  
 Una estatua de la Fé!...  
 No la pusieron en vano;  
 Que afirma lo que no vé.

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,  
 Y aun no está el hombre enterrado?  
 Este sí que era letrado!

Yace aquí Blas.... y se alegra  
 Por no vivir con su suegra.

Agua destila la piedra,  
 Agua está brotando el suelo....  
 ¿Yace aquí algun aguador?  
 No señor: un tabernero.



Un delator aquí yace....  
Chito! que el muerto se hace.

*Aquí yace una doncella...*  
Y han borrado *de labor*....  
Siempre es bueno hacer favor.

Yace en esta estrecha caja  
El sastre mas afamado;  
Y dicen que no ha robado....  
Al menos en su mortaja.

¡Cuñados en paz y juntos!....  
No hay duda que estan difuntos.

Aquí yace una beata  
Que no habló mal de ninguna ...  
Perdió la lengua en la cuna.

Aquí un médico reposa,  
Y al lado han puesto á la Muerte....  
Iban siempre de esta suerte.

Al pie del sepulcro un cuerno!....  
¿No admite dos el infierno?

Aquí un hablador se halla...  
Y por vez primera calla.

Aquí yace una viuda  
Que murió de pena aguda,  
Apénas hubo perdido  
A su séptimo marido.

Aquí se enterró un suizo...  
Por el dinero lo hizo.

Aquí yace una soltera,  
Rica, hermosa, forastera,  
Que sordo-muda nació...  
¡Si la hubiera hallado yo!

*Sub hóc tumulo*... adelante;  
Que este será algun pedante.

Aquí yace un andalúz...  
Por eso han puesto esta cruz.

Don Juan de Az...pei...ti...gu...rréa...  
Para el diablo que te lea.

Ya que no pide doblones,  
Pide esta vieja oraciones.

Canónigo... de repente...  
Y morir en Noche Buena!...  
Se le indigestó la cena.



Eche una limosna, hermano ;  
Y que no sueñe el dinero,  
No reviva este usurero.

Aquí enterraron de balde,  
Por no hallarle una peseta...  
No sigas : era poeta.

Una palma han colocado  
En la tumba de Lucía...  
Es que dátiles vendía.

Aquí yace un cortesano,  
Que se quebró la cintura  
Un día de besamano.

*Aquí jaz ó mui illustre*  
*Senhor João Mozinho Souza*  
*Carvalho Silva da Andra...*  
Sobra nombre ó falta losa.

Aquí yace un juez de vagos,  
Que en Madrid ocioso anduvo...  
¿Y en qué diablos se entretuvo?

Aquí reposa un francés...  
Al fin parado le véis.

Aquí yace entre laureles  
Un gran autor de comedias,  
Que murió helado en el patio  
Sin que un cristiano lo viera.

Aquí yace Sor Belen,  
Que hizo almíbares muy bien,  
Y pasó la vida entera  
Vistiendo niños de cera.

Aquí yacen cuatro socios,  
Que juntaron gran caudal :  
Un médico, un boticario,  
Un cura y un sacristan.

Aquí yace el Rey Ramiro,  
Que libró á España del feudo...  
Al moro que hoy lo cobráre  
La ganancia no le arriendo.

Aquí yace un oidor sordo...  
Un relator tartamudo...  
Un vista con cataratas...  
¡Pues anda bonito el mundo!

Aquí yace un contador...  
Que jamas erró una cuenta...  
A no ser á su favor.



Un borrego han esculpido  
 En esta tumba modesta...  
 ¿Tuvo el difunto el toison?...  
 Fue escribano de la Mesta.

Aquí á una bruja enterraron,  
 Chamuscada á fuego lento...  
 Nunca es malo un escarmiento.

Aquí yace un cobrador  
 Del voto del Rey Ramiro...  
 ¿No era mejor dar mugeres  
 Y quedarnos con el trigo?

Aquí yace un mayorazgo  
 Junto á su hermano mellizo:  
 Este se murió de hambre;  
 Y aquel se murió de abito.

Aquí Susana reposa...  
 Por supuesto no la *casta*...  
 Con que vmd. lo diga basta.

Aquí yace un proyectista,  
 Que quiso dar por asiento  
 Agua, tierra, fuego y viento.

Aquí yace un egoista,

Que no hizo mal ni hizo bien...  
*Requiescat in pace, Amen.*

Aquí yace Don Matías,  
 Acusado de tacaño:  
 Y daba *gratis* al año...  
 Pésame, pascuas y días.

El general que aquí yace  
 Hizo lo mismo que el Cid...  
 Entraba muerto en la lid.

Aquí yace un alquimista,  
 Que en oro trocaba el cobre...  
 Y murió de puro pobre.

Aquí yacen dos maestrantes...  
 Ocupados como antes.



## HIMNO EPITALÁMICO.

Placer de los cielos, delicia del mundo,  
 O Númen fecundo, propicio á mi voz,  
 De tiernos amantes corona el deseo,  
 Desciende, Himenéó, descende veloz.

Al mar y á la tierra y al aire sereno  
 Tú colmas el seno de gérmen feraz;  
 Y al orbe enlazando con dulces cadenas,  
 Sus ámbitos llenas de vida y de paz.

Tú al nido aprisionas con grillos suaves  
 Las tímidas aves en plácida union;  
 Y al yugo amoroso tú inclinas la frente  
 Del tigre inclemente, del fiero leon.

Si gime viuda la tórtola bella,  
 Con blanda querella te pide otro amor;  
 Sin fruto dorado la palma viuda  
 Te expresa, aunque muda, su triste dolor.

Sin tí los mortales, cual fieras atroces,  
 Ni oyeran las voces de patria y hogar:  
 Sus muros te deben las altas ciudades;  
 Las mismas Deidades te deben su altar.

Mas ya gratas pulsan las cítaras de oro,  
 Y aclaman en coro tu gloria inmortal;  
 Ya al son armonioso las alas extiendes,  
 Y en triunfo descienes al lecho nupcial.

Con falsa modestia la Diosa de Delos  
 Se oculta en los cielos tras nube fugaz;  
 En tanto que Vénus mas plácida y bella  
 Refleja en su estrella su cándida faz.

Sin dejo amargoso purísima muestra  
 La copa en su diestra de dulce licor;  
 Y uniendo á sus rosas la blanca azucena,  
 Su frente serena descubre el Amor.

Mas siempre festivo tu antorcha divina,  
 Que el lecho ilumina con claro esplendor,  
 Apaga; y fingiendo temor y recelo,  
 Se esconde en el velo del sacro Pudor.

Los dioses sonrien, la esposa suspira;  
 Ternura respira su blando desden;  
 Y al tímido esposo las Gracias y Amores  
 Con cándidas flores coronan la sien.



## ANACREÓNTICA.

Deja que estalle el trueno ;  
 Echa vino y bebamos :  
 ¿ Viste nunca una cepa  
 Herida por el rayo ?  
 Hasta el mismo Vesubio  
 Paga tributo á Baco ;  
 Y respeta el viñedo  
 En su lava plantado.  
 Busqué en vano de Italia  
 Los héroes y los sabios ;  
 Escombros y cenizas  
 Mis ojos solo hallaron :  
 De Roma apenas dura  
 El vano simulacro ,  
 La sombra de Pompeya ,  
 La tumba de Herculano...  
 Mas hallé de Falerno  
 El néctar regalado ;  
 Y apuré una botella  
 A la salud de Horacio.

## LA LUNA.

Ven al vergel delicioso  
 Que ciñe el Dauro tranquilo ;  
 Ven, no tardes, dueño hermoso ;  
 Que Amor nos presta su asilo,  
 Apartado y silencioso.  
 Su cáliz abren las flores  
 Al céfiro que las mece ;  
 Cantan dulces ruseñores ;  
 Y la Luna se embebece  
 Escuchando sus amores.  
 Creyóse de amor exenta,  
 Y al amor mostróse esquiva ;  
 Mas ya su engaño lamenta,  
 Y en la noche fugitiva  
 Con ver su amor se contenta :  
 Duerme entre tanto su dueño ,  
 Y ella al amor le provoca ;  
 Mas por no turbarle el sueño ,  
 Apenas sus labios toca  
 Y desiste de su empeño...  
 Despierta, ingrato Pastor ,  
 Y goza tanta ventura ;  
 Mira que vuela el amor ,  
 Que su dicha poco dura,



Menos dura que una flor :

Mas por su dulce embeleso  
 Bien puedes trocar tu calma ;  
 Que un halago, un solo beso  
 Da tanto placer al alma,  
 Que se rinde al blando peso...

Ven, corre, vuela á mis brazos,  
 No tardes, hermosa Lidia,  
 Estréchame en dulces lazos ;  
 Y el Zagal nos tendrá envidia  
 Contando nuestros abrazos :

La misma Luna en el cielo  
 De amor al vernos se abrasa ;  
 Y con triste desconsuelo  
 Nos contempla, corre, pasa,  
 La faz envuelta en su velo.

LAS AVES.

EL NIDO.

¿ Dónde vas, zagal cruel,  
 Dónde vas con ese nido,  
 Riyendo tú mientras pian  
 Esos tristes pajarillos?  
 Su madre los dejó solos  
 En este momento mismo,  
 Para buscarles sustento  
 Y dárselo con su pico...  
 Mírala cuán azorada  
 Echa menos á sus hijos,  
 Salta de un árbol en otro,  
 Va, torna, vuela sin tino :  
 Al cielo favor demanda  
 Con acento dolorido ;  
 Mientras ellos en tu mano  
 Baten el ala al oírlo...  
 Tú tambien tuviste madre,  
 Y la perdiste aun muy niño,  
 Y te encontraste en la tierra  
 Sin amparo y sin abrigo!...  
 Las lágrimas se le saltan  
 Al cuitado pastorcillo,  
 Y vergonzoso y confuso  
 Deja en el árbol el nido.



## EL PICHON MENSAGERO.

Vuela al punto,  
 Pichon bello,  
 Y esta carta  
 Da á mi dueño....  
 Noche y día,  
 De ella lejos,  
 Ni respiro  
 Ni sosiego:  
 Con su imagen  
 Me desvelo;  
 Pienso en ella  
 Cuando duermo:  
 Su voz oigo,  
 Su faz veo;  
 Y en su boca  
 Y en su pecho  
 Tierno imprimo  
 Dulces besos....  
 Vuela al punto,  
 Pichon bello;  
 Y á mi amada  
 Dí que muero!....  
 Apenas estas palabras  
 Pronunciára el triste Delio,

Perdió de vista en los aires  
 Al alado mensagero;  
 Que la inocente avecilla  
 Doblaba el rápido vuelo,  
 Por ver á la hermosa Flora  
 Y hallar en su boca el premio.  
 Ya divisaba la torre  
 En que le aguardan inquietos  
 La doncella en las almenas,  
 En el nido los hijuelos,  
 Cuando de tiro alevoso  
 Vé la luz, oye el estruendo,  
 A par que del plomo ardiente  
 Siente la herida en su pecho.  
 Trémula el ala repliega,  
 Se abate con desaliento,  
 Y en derredor de la torre  
 Gira con mortal anhelo:  
 Tres veces tocó á su cima,  
 Y tres le faltó el esfuerzo;  
 Mas vé á Flora que le llama,  
 Oye sus dulces acentos,  
 Y animase y vuela y cae  
 Con el billete en su seno.



## LA GOLONDRINA.

Vuelve, vuelve, golondrina,  
 Que ya Favonio se acerca;  
 Y las aves y pastores  
 Saludan la primavera:  
 En mis tranquilos hogares  
 Todos alegres te esperan,  
 Cual huésped agradecido,  
 Cual nuncio de buenas nuevas.  
 Aquí no hallarás los lazos  
 Que en los palacios se encuentran,  
 Y bajo el rústico techo  
 Seguros tus hijos quedan;  
 Aun está cual le dejaste  
 Tu frágil nido de tierra,  
 Y al verle todos los días  
 Lamentábamos tu ausencia...  
 Mas tal vez en este instante  
 La costa africana dejas,  
 Cruzas el mar presurosa,  
 Y tocas nuestras riberas:  
 Ni en su margen te detienes;  
 Veloz hácia el Dauro vuelas;  
 Y el tierno pecho te anuncia  
 Que tus amigos te esperan...

No tardes, llega, ayecilla;  
 Llega, y bien venida seas;  
 Que Dios bendice el hogar  
 Que da asilo á la inocencia.

## EL JILGUERO.

«¿Porqué me dejas, ingrato?  
 Vuelve á mi voz, jilguerillo;  
 Y no pagues cual Damon  
 Mis cuidados y cariño:  
 Eras mi solo consuelo,  
 Eras mi mejor amigo;  
 Contigo partí mi lecho,  
 Mi seno te dí por nido...  
 Noches enteras pasaste  
 En mi regazo dormido;  
 Y apenas rayaba el alba,  
 Me despertaban tus trinos:  
 Tú mis lágrimas veías,  
 Tú escuchabas mis suspiros,  
 A ti solo confié  
 El nombre del fermentido...»  
 Así Flora se quejaba;  
 Mas vió en la rama de un mirto  
 Acariciando á su esposa



Al pintado pajarillo:  
 Envidia tuvo al mirarle;  
 Sintió su dolor mas vivo;  
 Y prorumpió en estas voces,  
 Dando un profundo gemido:  
 «Sé feliz, ave inocente,  
 Con tu esposa y con tus hijos;  
 Que no hay ventura en la tierra  
 Si está el corazon vacío!»

LA PERDIZ.

Cesa un instante siquiera,  
 Cesa, avecilla, en el canto;  
 Y no atraigas á los tuyos  
 Con tu pérfido reclamo:  
 El mismo dueño á quien sirves  
 Te arrancó del nido amado,  
 Te robó la libertad,  
 Te desterró de los campos;  
 Y por complacerle ahora,  
 De tanta crueldad en pago,  
 A tu esposo y á tus hijos  
 Tú misma tiendes el lazo.  
 La voz del amor empleas,  
 Brindas con dulces halagos;

Cuando la tierra y el cielo  
 A amar estan convidando;  
 Pero entre tanto escondida  
 La muerte acecha á tu lado,  
 Pronta á salpicar con sangre  
 Las bellas flores del prado...  
 ¡Ay! deja al hombre cruel  
 Valerse de esos engaños;  
 Llamar con voz alevosa  
 Y vender á sus hermanos!

ANACREÓNTICA.

Pronto, zagalas, éal  
 La lira, el tirso, el vaso:  
 Venderé mis cantares,  
 Si ofreccis dulce pago:  
 Por un beso, una copla;  
 Y dos por cada abrazo;  
 Y por abrazo y beso,  
 Si son á un tiempo, cuatro;  
 Mas si alguna hasta el bosque  
 Viniere á mi reclamo,  
 Sin madre, abuela, tia,  
 Ni importunos muchachos,  
 Le cantaré más versos



Que hay flores en el prado,  
Y arenas en el río,  
Y luces en los astros.

## ENIGMA.

Amor manda cuando ruega,  
Vé con los ojos vendados,  
Brinda paz y da cuidados,  
A un tiempo concede y niega.  
Busca delicias fugaces,  
Y halla continuos desvelos;  
Se atormenta con los celos,  
Y se cansa con las paces.  
Le ablanda el duro desden;  
Le irrita el humilde ruego;  
En nieve le trueca el fuego;  
Con daño compensa el bien.  
Es cual niño veleidoso,  
Y cual pájaro fugaz;  
Si callar debe, locuaz;  
Y cuando hablar, silencioso:  
Vario cual tarde de Abril,  
Que el sol brilla y se oye el trueno,  
Quédase el cielo sereno,  
Y núblase veces mil:

Amor se abate y se engrie,  
Ya receja y ya adelanta,  
Busca y huye, gime y canta,  
Sufre y goza, llora y rie;  
A la par quiere y no quiere,  
Se enoja y se desenoja,  
Vase, vuelve, tira, afloja,  
Nace, crece, vive, muere...  
¿Quién tendrá el arte ó poder  
De sondear este abismo;  
Quién, Amor, cuando tú mismo  
No te puedes comprender?

## VENUS Y LOS AMORES.

## EL NACIMIENTO DE VENUS.

En el seno de una concha,  
Como en Oriente la perla,  
Nació la Diosa que anima  
El cielo, el mar y la tierra:  
Rizando en torno la espuma,  
Mil Cupidillos la cercan,  
Y al leve carro de nácar  
Uncen dos tórtolas bellas;  
El iris de cien colores



Sobre sus sienes despliegan,  
 Y al mismo tiempo en los astros  
 Lució su brillante estrella.  
 En coro á la Diosa aclaman  
 Los Tritones y Nereidas,  
 De coral la sien ceñida,  
 Libres al viento las trenzas:  
 En tanto que los Amores  
 Sobre los delfines juegan,  
 Y por donaire á las Ninfas  
 Salpican pecho y cabeza.  
 Unos á nado las siguen;  
 Otros en torno revuelan;  
 Y alguno mas atrevido  
 Cálase al fondo tras ellas....  
 Mas por descuido ó malicia  
 La antorcha en la mano lleva,  
 Que en vez de apagar su llama,  
 Dentro del mar centelléa:  
 Arden las inquietas olas;  
 Arde la profunda arena;  
 Y de vivientes sin fin  
 La inmensa region se puebla.

## EL SUEÑO DEL AMOR.

De cristal en frágil cuna  
 Duerme el niño ceguezuelo,  
 Con la sonrisa en los labios  
 Y la congoja en el pecho.  
 Bésalo al lado su Madre;  
 Las Gracias le estan meciendo;  
 Y el Pudor por resguardallo.  
 Le cobija con su velo:  
 Pero traidores le acechan  
 Los cuidados y los celos;  
 Y apenas duerme un instante  
 Cuando suspira despierto.

## EL DESPIQUE DE VENUS.

Ven, acude, cefirillo,  
 Donde mi Lesbia reposa,  
 De manso arroyo al murmullo,  
 De verde sauce á la sombra:  
 Con ala tímida oréa  
 Su pecho y su faz hermosa,



Y con tu plácido aliento  
 Espira en su dulce boca.  
 Densa turba de Amorcillos  
 Revuela en torno y la ronda,  
 Como un enjambre de abejas  
 Al rededor de una rosa:  
 Cual en su cándido seno  
 Rojos claveles deshoja;  
 Cual prende sus rubias trenzas  
 Con jazmines y violas;  
 Uno, las alas plegando,  
 Sobre una rama se posa,  
 Al leve peso la inclina  
 Y el gallardo cuerpo toca;  
 En tanto que otro á las Gracias  
 De Venus las galas roba,  
 Y el breve talle de Lesbia  
 Con el ceñidor adorna....  
 Pero celosa su Madre  
 Al punto venganza toma;  
 Y con la misma lazada  
 Allí al Amor aprisiona.

## EL AMOR Y LA SENSITIVA.

Por los jardines de Páfos  
 Iba Amor buscando yerbas,  
 No para sanar heridas,  
 Para enherbolar sus flechas;  
 Cuando oculta entre las flores  
 A la sensitiva encuentra,  
 Rizada como las plumas  
 Que el Dios en sus alas lleva.  
 Atrevido fue á tocalla,  
 Y tímida se repliega;  
 Le aplica el rapaz sus labios,  
 Y ella sus hojas le cierra:  
 Una vez y otra porfía;  
 Le hechiza la resistencia;  
 Y por la púdica planta  
 Las flores mas lindas deja.



## EL CASTIGO DEL AMOR.

**Revolando bullicioso**  
**En los árboles de Gnido,**  
**Amor asustó en mal hora**  
**A Marte y Venus dormidos:**  
**En vano el Dios intercede**  
**Por el imprudente niño;**  
**Su Madre esta vez al menos**  
**Resuelve darle castigo.**  
**Con un cendal delicado**  
**Vendarle los ojos quiso;**  
**Pero sus ojos brillaban**  
**Por entre el cándido lino:**  
**Las tiernas alas le corta**  
**Para tenerle sumiso;**  
**Y otras plumas le nacían,**  
**Y de colores mas vivos:**  
**Tentó con tallos de flores**  
**Echarle á la planta grillos;**  
**Pero las aves del cielo**  
**Los tronchaban con el pico.**  
**Impacientóse la Diosa**  
**Con la sonrisa del hijo,**  
**Y en una dorada jaula**  
**Dejó al infeliz cautivo:**

**Entonces fueron los llantos,**  
**Que daba lástima oírlos;**  
**Y á su reclamo acudió**  
**La bandada de Amorcillos:**  
**Desgajan unos la rama**  
**De que estaba suspendido,**  
**Y por romper sus prisiones**  
**Luchan otros con ahinco...**  
**Pero ya Venus y Marte,**  
**Del bosque en lo mas sombrío,**  
**Nuevo lecho preparaban**  
**Por el deleite mullido:**  
**Enlazábanse sus brazos;**  
**Se mezclaban sus suspiros;**  
**Y de haberlos despertado**  
**Gracias daban á Cupido.**

## EL NIDO DE LOS AMORES.

**En lecho de mirto y rosas**  
**Arrullando está Dione**  
**Una turba de Amorcillos,**  
**Cual nido de ruiseñores.**  
**Muestran los recién nacidos**  
**Condición tímida y dócil;**  
**Mas baten las tiernas alas,**



**Y** ya á volar se disponen:  
**R**emedan unos el llanto,  
**P**ara ablandar corazones;  
**M**ientras adormidos otros  
**F**ingen que ni ven ni oyen.  
**L**os grandezuelos descubren  
**M**as dañadas intenciones,  
**Y** en vez de inocentes juegos,  
**A**guzan flechas y harpones;  
**P**ero con doble malicia  
**L**as armas visten de flores,  
**Y** doran la aguda punta  
**Q**ue el letal veneno esconde.  
**S**olo el mas gentil de todos  
**A**ljabá y arco depone,  
**Y** en vaso espumoso forma  
**L**eves pompas de colores:  
**A** su blando soplo ascienden,  
**Y** céfiro las acoge,  
**D**el cielo el iris retratan,  
**B**rillan, vuelan, y se rompen...  
**«** ¡Ay cuitadilla de mí,  
**(** Dijo suspirando Cloris ):  
**V**enid, zagalas, y ved  
**L**a imagen de mis amores! »

 LA MANSION DEL AMOR.
 

---

**R**ed en los árboles veo;  
**L**iga en la yerba sentí...  
**O** me engaña mi deseo,  
**O** el Amor se hospeda aquí.  
**¿** Quién ha mecido estas flores?  
**¿** Quién ha libado su miel?  
**E**s un enjambre de Amores,  
**Q**ue revuela en el verjel.  
**E**n medio va mi zagala,  
**Y** á porfía la enamoran:  
**V**enus misma no la iguala,  
**Y** ellos cual madre la adoran.  
**E**ntonan himnos suaves,  
**Y** al mirarla se embelesan;  
**Y** les responden las aves,  
**Y** con los picos se besan.  
**L**a vid al álamo enlaza,  
**Y** hasta su copa se eleva;  
**A**l olmo la yedra abraza;  
**E**l aura semillas lleva:  
**N**o hay flor que no ame á otra flor;  
**N**o hay ser que el amor no inflame;  
**N**o hay ave que á otra no llame  
**A**l dulce nido de Amor.



Al Amor todo convida :  
 Amor da al hombre consuelo ;  
 Amor al mundo da vida ;  
 Aman la tierra y el cielo.

¿Quién da á la Aurora

Luz y rocío ,  
 Galas á Flora ,  
 Mies al estío ,  
 Y al bosque umbrío  
 Pompa y verdor?...  
 Solo el Amor.

Y por los huecos  
 Vuelven los ecos :  
*Amor... Amor!*

¿Quién el sustento  
 Conduce al nido?  
 ¿Quién puebla el viento  
 Y el mar tendido?

¿Al firmamento  
 Quién da esplendor?...  
 Solo el Amor.

Y Venus bella  
 Desde su estrella  
 Repite : *Amor!*

LA MUERTE DE ADONIS.

«Hijos del alma ,  
 Llorad, Amores ;  
 Finó mi dicha ,  
 Murió mi Adonis :  
 Siempre en mi labio  
 Suena su nombre ;  
 Vuélvelo el eco ,  
 Y él no responde...  
 ¿Dó estás, bien mio,  
 Dónde te escondes ,  
 Que de tu amada  
 La voz desoyes?  
 Ven á mis brazos ,  
 No me abandones ;  
 Yo dejé el cielo  
 Por tus amores :  
 Tuya mi gloria ,  
 Tuyos mis dones ;  
 Celos y envidia  
 Diste á los Dioses !  
 En tu regazo  
 Me vió la noche ;  
 Sin voz ni aliento  
 La aurora hallóme ;  
 Aun reclinadas



Estan las flores ;  
 Tu hermosa huella  
 Aun se conoce :  
 Ven , amor mio ,  
 Ven á mis voces ,  
 Antes que el llanto  
 Mi aliento ahogue !”...

Así Venus affligida  
 Clamaba en busca de Adonis ,  
 Que exánime y desangrado  
 Yace á la falda de un monte :  
 Trémula llega la Diosa ;  
 A su amado reconoce ;  
 Y respirando en sus labios ,  
 Quiere que á la vida torne.  
 Mas ya la barca fatal  
 Apresta el duro Caronte ,  
 Y del Tártaro al abrirse  
 Crujen las puertas de bronce :  
 En turba al mancebo aguardan  
 Las Sombras de sus mayores ;  
 Y por los cóncavos senos  
 Lúgubre cancion se oye :  
 «Ya el lago cruza ,  
 Ya llega el jóven ,  
 Que mas hermoso  
 No lo vió el orbe ;  
 Al pie de un trono

Nació entre flores ;  
 Creció colmado  
 De ricos dotes ;  
 ¿Pero qué vale  
 Su escudo al hombre ,  
 Cuando la Muerte  
 Descarga el golpe ?  
 Al bello príncipe  
 Llora Dione ,  
 Faunos y Ninfas ,  
 Gracias y Amores ;  
 Mas hasta el límite  
 De estas regiones  
 Ni el eco llega  
 De sus clamores ! »  
 Con gozo feroz las Parcas  
 El lúgubre canto acogen ;  
 Como las aves siniestras  
 Ven de una lid los horrores :  
 Y en tanto cien Cupidillos  
 Cercan el cuerpo de Adonis ,  
 Y con las alas enjugan  
 La sangre que aun tibia corre.  
 En señal de eterno luto ,  
 Los arcos y flechas rompen ;  
 Y sus cabellos cortando ,  
 Los funerales disponen :  
 Al bello garzon reclinan



En lecho ornado de flores,  
 Quemán aroma sabéo,  
 Vierten esencias y olores;  
 Y Céfito, á ruego suyo,  
 El blando aliento recoge,  
 Y de sus arpas eólias  
 Saca tristísimos sonés.

LA BODA DE PORTICI. (\*)

ESPOSO.

« Ven, cara Esposa, ven al nupcial lecho,  
 Por el Amor mullido  
 Para labrar su nido!  
 Présago el corazón late en mi pecho;  
 Tu dulce aliento aspiro;  
 Tu hermosa imágen veo;  
 Dudo, temo, deseo;  
 Ni aliento ni respiro;  
 Y trémulo de ardor y de esperanza,  
 Oigo el canto nupcial: *ven, Himeneo!*....  
 ¿Quién en el mundo alcanza  
 Tan soberano bien? En dulces lazos

(\*) Pueblo deleitoso, á pocas leguas de Nápoles y en las inmediaciones del Vesubio: háitase labrado cabalmente sobre la antigua ciudad de Herculano, que por alguno que otro punto aun se descubre soterrada.

Mil veces, Laura mia,  
 Te estrecharé en mis brazos  
 Y gustaré en tus labios la ambrosía;  
 Me llamaré tu dueño,  
 Y guardaré tu sueño,  
 Reclinada la sien sobre las flores  
 Que yo mismo cogí con mil amores...  
 Mas ¡ay! que aun hora mismo el alma anubla  
 El triste pensamiento  
 Que enturbió en aquel punto mi contento:  
 En el verjel cercado,  
 De mi padre heredado,  
 Junto á un lecho de césped y de rosas,  
 Cual tú frescas y hermosas,  
 La boca descubrí de horrenda sima,  
 Que al vella pone grima;  
 Y el techo divisé de una morada  
 Bajo lava y escombros sepultada...  
 ¡Quién sabe si otro tiempo  
 El dueño de este asilo  
 Vivió alegre y tranquilo,  
 De dulces bienes lleno,  
 De su esposa en el seno,  
 Y allí la muerte dura  
 Apagó con un soplo su ventura!...  
 Tal vez el infeliz la juzgó eterna,  
 Y eterna fé sincero prometia;  
 Y de su esposa tierna



Iguals juramentos recibia,  
 Cuando tembló la tierra  
 Que en sus entrañas al volcan encierra;  
 Corrió la lava ardiente,  
 Cual férvido torrente;  
 Y el lecho y el hogar y el pueblo junto  
 Despareció en un punto....  
 ¿Mas por qué, Laura mia,  
 Con tan fúnebre imágen me atormento,  
 Cuando el alma no basta al sumo gozo  
 Que me espera en un hora, en un momento,  
 Cuando á mi lado estático te admire,  
 Y te estreche en mi seno palpitante,  
 Y en tu regazo de placer espire!»

## POETA.

Enmudeció el Esposo: y mas cercano  
 Suena el canto nupcial, poblando el viento  
 De júbilo y contento:  
 Un coro de doncellas,  
 Mas que las Gracias bellas,  
 Por la espalda flotando el blanco velo,  
 De flores y arrayan cubren el suelo;  
 Y con mano sostienen cariñosa  
 El paso incierto de la tierna Esposa.  
 Siguenla las matronas  
 Con ramos y coronas,  
 Premio de la virtud y la hermosura;

En tanto que una lágrima indiscreta  
 Muestra á la turba inquieta  
 De una madre el afan y la ternura.

## CORO DE DONCELLAS.

Cual nieve cándida  
 Brilla á la aurora,  
 Si el sol la dora  
 Con su esplendor:  
 La vírgen tímida  
 Mas pura brilla,  
 Si su mejilla  
 Tiñe el pudor.

## CORO DE MATRONAS.

Con leve púrpura  
 Nace la rosa,  
 Crece medrosa,  
 Da escaso olor;  
 La besa el céfiro,  
 Sus hojas riza,  
 Y la matiza  
 Tierno el amor.

## POETA.

Mientras sonaba el alternado acento,  
 Sus alas plegó el viento;  
 La mar clara y serena



Dormíase en la arena ;  
 Y luces de colores en guirnaldas  
 De los copados árboles pendían  
 Y al aire blandamente se mecían...  
 Amor la dulce calma y noche pura,  
 Amor tanta hermosura ,  
 Amor el firmamento  
 Con estrellas sin cuento ,  
 Amor el aura espira ,  
 Y amor y solo amor todo respira.  
 Mas ya llega festiva  
 La turba alegre y viva ;  
 Y un coro de zagalas y pastores  
 Mueve la leve planta entre las flores :  
     El galán se acerca ,  
     Y á su amada cerca ;  
 Ya tímido cede ,  
 Duda y retrocede ;  
 Ya nueva esperanza  
 Le anima , y avanza ;  
 Mas luego se humilla ,  
 Dobla la rodilla ,  
 Y ablanda el desden  
 De su dulce bien.  
     La linda zagala  
 Ostenta su gala ,  
 Con posturas mil  
 Del cuerpo gentil :

Ora á dulces lazos  
 Brinda con sus brazos ;  
 Ora se retira ;  
 Ora en torno gira ;  
 Tan rápido el pie  
 Que apenas se vé...  
     Mas el fino amante  
 La sigue constante ;  
 Ni un punto sosiega ,  
 La estrecha , le ruega ;  
 Temores , deseos ,  
 Dulces devaneos ,  
 Y riñas fugaces ,  
 Y treguas y paces ,  
 Y grato favor  
 Muestra allí el amor...  
 Pero en tanto que crúzanse veloces  
 Los licenciosos brindis de Liéo ,  
 Y el aire pueblan las alegres voces :  
*Ven , Himeneo , ven!... ven, Himeneo!...*  
 Una zagala hermosa ,  
 De su amante celosa ,  
 Del concurso se aleja y torna acaso  
 La vista hácia el ocaso ;  
 Del Vesubio en la cima descubriendo  
 Negra columna que á los ciclos sube ,  
 Cual tenebrosa nube...  
 Se aterra , corre , grita ;



Y al seno del festin se precipita.

Súbito cesa el canto :

Al júbilo, á la danza, á los amores,

Sucede negro espanto ;

Como en ardiente estío

Repentina tormenta

Inunda el campo y el ganado ayuenta.

Entre la densa turba desaladas

Buscan las madres á sus tiernos hijos ;

Grita la hermana en vano

El nombre del hermano ;

Corre la esposa en brazos del esposo ;

Y del tropel medroso

La fuga y los clamores

Redoblan de la noche los horrores.

« ¿Dónde estás, Laura mia,

(Frenético Lisardo repetía) :

Ven á mis brazos, ven ; y si la suerte

Nos condena á la muerte,

Un instante siquiera

En mi seno te estreche, y luego muera ! »

Así clamaba al cielo

Con triste desconsuelo,

Sin hallar rastro ó huella

De la amada doncella,

Que pálida y sin vida

En la arena cayó desvanecida.

Al lado está su madre,

Sola su madre en la desierta orilla ;

Y en su regazo á la infeliz sustenta,

Y de pavor no alienta ;

Llora, solloza, gime,

Y tiernos besos en su frente imprime ;

Mientras descíñe con sensible anhelo

Las mustias flores y el ajado velo.

Cual estatua de mármol reclinada

Sobre la tumba helada,

Así aparece Laura desde lejos,

De la pálida luna á los reflejos ;

Cuando la vé su esposo,

Y vuela presuroso,

Y acude, corre, llega,

Y á su dolor se entrega ;

Siendo su pena tanta

Que se anudó su voz en la garganta.

Cien veces y otras cien la mano ardiente

Lleva á la yerta frente ;

Se inclina al bello rostro, observa, mira

Si su amada respira ;

Y en su ciego delirio casi toca

Los labios con su boca...

Mas en el punto mismo

Volvió Laura del largo parasismo ;

A tiempo que la Aurora,

El pavoroso anuncio disipando,

Daba al mundo su luz consoladora.



## CANCION DEL CAUTIVO.

*Crua sonant ferro, sed canit inter opus.*  
TIBULO.

Así el cautivo entre cadenas canta.  
LOPE DE VEGA.

**M**ientras miraba  
 Como peinaba  
 La mar serena  
 La leve arena  
 De Africa altiva,  
 Triscar festiva  
 Ví una doncella,  
 Donosa y bella;  
 El pie liviano,  
 Breve la mano,  
 Nevado el cuello,  
 Rubio el cabello...  
 Y olvidando mi pena,  
 El peso no sentí de la cadena.  
 Tierno la miro,  
 Triste suspiro,  
 Y susurrando  
 Céfiro blando  
 El sordo ruido  
 Lleva á su oído :

**T**orna asustada  
 La faz rosada ;  
 Mírame altiva ;  
 Húyeme esquiva ;  
 Seguir la intento,  
 Fáltame aliento...  
 Y al pie veloz enfrena  
 El grave peso de la atroz cadena.  
 ¡Oh ilusion fiera!  
 La imagen era  
 De mi querido  
 Dueño perdido,  
 Que me fingia  
 La fantasía ;  
 Y Amor me dice :  
 « Sigue, infelice,  
 Sigue su huella,  
 Lograrás vella... »  
 Y Eco retumba :  
 « Ni aun en la tumba ;  
 Que el hado te condena  
 A morir con la bárbara cadena. »  
 Cancion, advierte  
 Mi humilde suerte,  
 Y al duro cielo  
 No alces el vuelo :  
 Tu ala rastrera  
 Cruce ligera



**La mar salada ;**  
**Busca á mi amada ,**  
**Dile que vivo**  
**Triste y cautivo ;**  
**Que el dulce canto**  
**Trocóse en llanto...**  
**Mas su nombre resuena**  
**Al ronco son de la fatal cadena .**



*P A R T E   S E G U N D A*

Jam veniet tenebris mors adoperta caput.

Tibº Elegª 1ª.



## LA SOLEDAD.

Unico asilo en mis eternos males,  
Augusta soledad, aquí en tu seno,  
Lejos del hombre y su importuna vista,  
Déjame libre suspirar al menos:  
Aquí, á la sombra de tu horror sublime,  
Daré al aire mis lúgubres lamentos,  
Sin que mi duelo y mi penar insulten  
Con sacrílega risa los perversos,  
Ni la falsa piedad tienda su mano,  
Mi llanto enjague y me traspase el pecho.  
Todo convida á meditar: la noche  
El mundo envuelve en tenebroso velo;  
Y aumentando el pavor quiebran las nubes  
De la luna los pálidos reflejos:  
El informe peñasco, el mar profundo  
Hirviendo en torno con medroso estruendo,  
El viento que bramando sordamente  
Turba apenas el lúgubre silencio,  
Todo inspira terror, y todo adula  
Mi triste afan y mi dolor acerbo.  
La horrible magestad que me rodea  
Lentamente descarga el grave peso  
Que mi pecho oprimió: por vez primera.



Se mezclan mis sollozos á mis ecos ,  
 Y apiadado el destino da á mis ojos  
 De una mísera lágrima el consuelo...  
 Llanto feliz! Cual bienhechor rocío  
 Tempa la sed del abrasado suelo ,  
 Calma la angustia, la mortal congoja  
 Con que batalla mi cansado esfuerzo ;  
 Y en plácida tristeza absorta el alma,  
 No envidiará la dicha ni el contento.  
 Solo en el mundo, de ilusiones libre,  
 De vil temor y de esperanza ageno,  
 Encontraré la paz que vanamente  
 Me ofreció con su mágia el universo.  
 ¿Qué importa que á mi planta mal segura  
 Aun falte tierra en que estampar su sello ,  
 Y al carcomido escollo amenazando ,  
 Me estreche el mar en angustioso cerco?  
 ¿No me basto á mí mismo? ¿No me es dado  
 Alzar mis ojos sin pavor al cielo ,  
 Sentir mi corazon que quieto late,  
 Y el mundo contemplar con menosprecio?  
 Yo ví en la aurora de mi edad florida  
 Sus encantos brindarse á mis deseos :  
 Gloria, riquezas, cuantos falsos bienes  
 Anhela el hombre en su delirio ciego ,  
 En torno me cercaron : oficiosa  
 La amistad redoblaba mi contento ;  
 La pérfida ambicion me sonreía ;

Me brindaba el amor su dulce seno...  
 Temí, temblé, me apercibí al combate,  
 Demandé á mi razon su flaco esfuerzo ;  
 Y apenas pude en afanosa lucha  
 Rechazar tanto hechizo lisonjero.  
 ¡Qué fuera, ó Dios, si al rápido torrente  
 Yo propio me arrojára! En presto vuelo  
 Pasaron cinco lustros de mi vida,  
 Y el cuadro encantador huyó con ellos ;  
 Huyó, volví la vista, lancé un grito...  
 Y en vez de flores encontré un desierto.

EL ÁRBOL DE LA ESPERANZA.

Al pie nace de una cuna  
 El árbol de la esperanza ;  
 Y al son del viento se mece,  
 Frágil cual trémula caña :  
 Solo un instante por dicha  
 Manso el céfiro le alhaga ,  
 Que el cierzo helado lo seca ,  
 Y el austro ardiente lo abrasa.  
 Crece, da vistosas flores,  
 Y el fruto rara vez cuaja :  
 Cual tierna flor del almendro  
 Muere por nacer temprana.



Cuanto mas alto se encumbra,  
 Mas peligros le amenazan;  
 Como el cedro que descuella  
 Los rayos del cielo llama.  
 Reposa el águila altiva  
 En su copa soberana;  
 Mientras insectos traidores  
 Estan royendo su planta:  
 Hondas echa las raices;  
 Lejos extiende sus ramas;  
 Y apenas da escasa sombra,  
 La Muerte su tronco tala.

EL RELOX DE ARENA.

¡Cuán rápida descende  
 La arena ante mi vista;  
 Y cada leve grano  
 Lleva un mísero instante de mi vida!...  
 Tardos los juzga el Tiempo,  
 Y el curso precipita,  
 Y el frágil vidrio estalla  
 Entre las manos de la Muerte impía:  
 Al viento arroja el polvo  
 Con bárbara sonrisa;  
 Y amor, gloria, ilusiones

Al borde de la tumba se disipan...  
 ¿Dónde voló mi infancia,  
 Mi juventud florida,  
 Mis años mas dichosos,  
 Mis gustos, mis encantos, mis delicias?  
 Todo pasó cual sueño;  
 Todo finó en un dia,  
 Cual flor que al alba nace  
 Y al trasmontar del sol yace marchita.  
 Mi corazon sensible  
 A la piedad divina,  
 A la amistad sincera,  
 Del amor á las plácidas caricias,  
 Abrió su incauto seno,  
 Exento de perfidia;  
 Y la maldad proterva  
 Clavó con sangre en él duras espinas...  
 ¿Por qué, decid, crueles,  
 Desgarrais tan aprisa  
 La venda de mis ojos,  
 Que el fementido mundo me encubria?  
 Amar es mi destino,  
 Amar mi bien, mi dicha;  
 El cielo bondadoso  
 Para amar me dió un alma compasiiva:  
 Si aborrecer es fuerza,  
 Trocad el alma mia;  
 Que el odio y la vengauza



En mi pecho jamas tendrán cabida...  
 Así, Dios de clemencia,  
 Mis súplicas recibas  
 Con tu piedad, y enjugues  
 Las lágrimas que riegan mis mejillas!

LA MUERTE.

Al borde está de una tumba  
 La inexorable deidad,  
 Mal ceñido el negro manto,  
 Lívida la horrenda faz,  
 Y la planta descarnada  
 Sobre una corona real:  
 En tablas de bronce y mármol,  
 Carcomidas por la edad,  
 Apoya el brazo siniestro  
 Con terrible magestad,  
 Y la historia de cien siglos  
 Debajo borrada está.  
 Reina en torno hondo silencio,  
 Destruccion y soledad,  
 Como en el Averno Lago  
 En que hasta el aire es letal,  
 Ni al rededor nace yerba,  
 Ni osan las aves volar.

Ante sus ojos perenne  
 Arde una luz funeral,  
 Cual si la densa tiniebla  
 Luchase por disipar;  
 Mas apenas la vislumbra  
 Entre sombras el mortal,  
 Cuando su débil reflejo  
 Se pierde en la eternidad!

AL SUEÑO.

Unico alivio del mortal infausto,  
 Bálsamo dulce del herido pecho,  
 Vén, blando Sueño, y mis cansados ojos  
 Lánguido cierra!  
 Vén, y cobija con tus graves alas,  
 Dios silencioso, mi apartado lecho,  
 De amor un tiempo venturoso nido,  
 Misero ahora.  
 Goce adormido en tus tranquilos brazos,  
 Al son del viento que las hojas mueve,  
 O al sordo ruido de lejana lluvia,  
 Plácida calma.  
 La hermosa imagen de mi dueño ausente  
 Miren mis ojos y mis brazos ciñan;  
 Y el dulce néctar de su dulce boca  
 Avido beba.



Ni oscura sombra ni mortal gemido  
 Turben, ó Sueño, mi feliz descanso ;  
 Ni de mi frente en el beleño escondas  
 Aspero abrojo.

## MIS PENAS.

## SONETO.

Pasa fugaz la alegre primavera,  
 Rosas sembrando y coronando amores ;  
 Y el seco estío, deshojando flores,  
 Haces apiña en la tostada era:  
 Mas la estacion á Baco lisonjera  
 Torna á dar vida á campos y pastores ;  
 Y ya el invierno anuncia sus rigores,  
 Al tibio sol menguando la carrera.  
 Yo una vez y otra vez ví en mayo rosas,  
 Y la mies ondear en el estío ;  
 Ví de otoño las frutas abundosas,  
 Y el hielo estéril del invierno impío ;  
 Vuelan las estaciones presurosas...  
 ; Y solo dura eterno el dolor mio!

## INSCRIPCION

PARA EL SEPULCRO DE UN EMIGRADO.

Detente, amigo, y dí: *blanda y ligera*  
*Esta tierra te sea....* si es que puede  
 Serlo nunca jamas tierra extranjerá.

## LA MADRE DESVENTURADA.

Junto al tronco que hirió el rayo  
 Está la infeliz Dorila,  
 Y en el aciago torrente  
 Clavada tiene la vista.  
 Al hijo de sus entrañas  
 Perdió la triste en mal día,  
 Recuerdo de un caro esposo,  
 Su único bien y delicia:  
 Y de entonces la cuitada  
 Ni sosiega ni respira,  
 Secos de llorar sus ojos,  
 Su débil razon perdida.  
 Ya errante vaga en los bosques,  
 Como cierva fugitiva ;  
 Ya inmóvil yace en la yerba,  
 Sin dar señales de vida:



Alzase luego azorada ;  
 Huye, vuelve, corre, grita ;  
 Acusa al cielo y la tierra ;  
 Desgarra pecho y mejillas...  
 Mas tal vez ilusion breve  
 Da tregua á su amarga cuita ;  
 Teje una cuna de mimbres ,  
 Y vivo al hijo imagina ;  
 Sobre la grama le mece ,  
 Con frescas flores le brinda ,  
 Y cariñosa le arrulla  
 Con esta cancion sentida :

«Duerme, tierno niño ,

Duerme, dulce amor ,

Mientras con las ramas

Te guardo del sol :

La rosa de mayo

Te envidia el color ;

Los rubios panales

Tan rubios no son....

Duerme , tierno niño ,

Duerme, dulce amor ,

Alivio y consuelo

De mi corazon :

Por tí, hijo del alma ,

Por tí vivo yo ;

Así desde el cielo

Te bendiga Dios! ”....

Un quejido dió la triste  
 Que el pecho se le partia ;  
 Y cuajáronse en sus ojos  
 Las lágrimas suspendidas :  
 Otra vez corre al torrente ,  
 Causador de su desdicha ;  
 Y con la cuna en los brazos  
 Al fondo se precipita.

#### CANCION GUERRERA

con motivo del levantamiento de los griegos.

Nobles hijos de Esparta y de Atenas ,  
 De la Patria la voz escuchad ;  
 Y rompiendo las viles cadenas ,  
 Del combate las armas forjad.

#### CORO.

De acero el pecho fuerte ,  
 De acero el brazo armad :  
 Independencia ó muerte ,  
 Muerte!  
 O muerte ó libertad ,  
 O libertad!

¿No mirais á esos fieros tiranos  
 Al nacer vuestros hijos sellar ,



Aherrojar vuestros padres y hermanos,  
Vuestro lecho y amor profanar?

CORO.

De acero el pecho fuerte,  
De acero el brazo armad:  
Independencia ó muerte,  
Muerte!  
O muerte ó libertad,  
O libertad!

Vuestro campo á otro dueño da fruto;  
A otro dueño labrais vuestro hogar;  
Y pagais vergonzoso tributo  
Porque el aire podais respirar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,  
De acero el brazo armad:  
Independencia ó muerte,  
Muerte!  
O muerte ó libertad,  
O libertad!

El infiel prorumpió en su venganza:  
«De mis siervos el Dios dónde está?...  
Con blandir en el aire mi lanza,  
Al amago en el polvo caerá.»

CORO.

De acero el pecho fuerte,  
De acero el brazo armad:  
Independencia ó muerte,  
Muerte!  
O muerte ó libertad,  
O libertad!

Sangre inunda las aras divinas;  
Sangre miro los campos regar;  
Sangre empapan las tumbas y ruinas;  
Sangre corre en la tierra y el mar.

CORO.

De acero el pecho fuerte,  
De acero el brazo armad:  
Independencia ó muerte,  
Muerte!  
O muerte ó libertad;  
O libertad!

¿Qué tardais?.. Al combate, á la gloria!  
No hay ya medio; ó morid ó triunfad:  
Si os negáre el laurel la victoria,  
Del martirio la palma alcanzad.

CORO.

De acero el pecho fuerte,



De acero el brazo armad :  
 Independencia ó muerte ,  
 Muerte !  
 O muerte ó libertad ,  
 O libertad !

¡Oh portentoso! En los cielos ya brilla  
 Del Señor la gloriosa señal :  
 Del infiel se tronchó la cuchilla ;  
 Y ceñís la corona inmortal.

CORO.

De acero el pecho fuerte ,  
 De acero el brazo armad :  
 Independencia ó muerte ,  
 Muerte !  
 O muerte ó libertad ,  
 O libertad !

DISCURSO MORAL

SOBRE LOS LÍMITES DE LA RAZON HUMANA.

¡Cuán grande, Aurelio, se presenta el hombre,  
 No de indignas pasiones vil esclavo ,  
 Como el cautivo en la africana costa  
 Al suelo con cien grillos amarrado ,  
 Sino libre y audaz , con noble orgullo  
 Las alas de su mente desplegando ,  
 De recorrer ansioso en rauda vuelo  
 La tierra, el cielo , el tiempo y el espacio!...  
 Al par abarca la creacion inmensa :  
 Sigue veloz el curso de los astros ;  
 Pueba el mar , surca el aire, el globo mide ;  
 Nueva senda al oriente busca osado ;  
 Y apenas la descubre , otra ambiciona ,  
 Y encuentra un mundo en el opuesto ocaseo.  
 Aun aquellos estudios, caro amigo,  
 Que el ignorante vulgo juzga vanos ,  
 Quizá en su seno la semilla encierran  
 De los frutos mas ricos y preciados ;  
 Cual nacer suele corpulenta encina  
 De ruin bellota que arrojó el acaseo.  
 El que observó la fuerza y el impulso  
 De impalpable vapor encarcelado ,  
 Las alas de los vientos dió á la industria ,



Movió sin ellos las pesadas naos ;  
 Y otro débil mortal , en pobre albergue  
 De la ciega fortuna desdeñado ,  
 Al sacar de un cristal leve destello ,  
 Desarmó al cielo y le arrancó su rayo.

En nuestra propia edad , con nuestros ojos  
 Tales portentos vemos : asombrados  
 El campo contemplamos recorrido  
 Desde la infancia del linage humano ;  
 Y otro mayor , sin límites , inmenso ,  
 Mas allá de los siglos columbramos !

¿Te envanece, Aurelio?... Un breve instante  
 Replégate en tí mismo ; y si te es dado  
 Un misterio sondar , uno tan solo  
 De tantos y tan íntimos arcanos.  
 Como en el hombre mísero se encierran ,  
 De tu débil razon muéstrate ufano.

¿Quién piensa en tu interior? ¿Qué fuerza mueve  
 Tu voluntad , tu cuerpo , un solo brazo?

¿Dónde se alberga tu memoria? ¿En dónde  
 Su imágen graban los objetos varios

Que te circundan? La vejez , los males ,

¿Cómo van el reflejo amortiguando

De ese ser inmortal , hijo del cielo ,

Que no cabe del mundo en los espacios?

¿Dó estaba, al nacer tú? ¿Cómo á tus miembros

Unirse pudo en tan estrecho lazo?

¿Quién lo desata luego? ¿A dónde vuela,

Del sepulcro los límites salvando?...  
 Yo tambien , como tú , mancebo un día  
 De altivo pecho y corazon hidalgo ,  
 Mi incomprendible ser penetrar quise ,  
 De mi ciega ignorancia sonrojado :

Demandé á la razon su opaca antorcha ,  
 La empuñé audaz , precipité mis pasos ;  
 Mas al bajar á tan profundo abismo ,  
 Faltóle el aire y se apagó en mi mano.

No empero desistí del loco empeño :

De mi flaca razon desconfiado ,  
 Nueva senda tenté ; recorrí ansioso  
 Las ruinas de cien pueblos celebrados ;  
 Removí los escombros de los siglos ,  
 El tesoro buscando de los sabios ;  
 Y en pórticos , en templos , en liceos ,  
 Solo encontré ceniza y polvo vano.

Una noche... (recuérdolo ya apenas ,  
 Y aun me infunde tristeza el recordarlo)

Libre dejé vagar mi fantasía

Por lejanas regiones : de los magos

La oscura ciencia , como el mundo antigua...

El saber del Egipto , al vulgo insano

Vedado siempre , y con teson y audacia

Desde el Nilo á la Grecia trasplantado....

Roma pidiendo humilde á los vencidos

Leyes , aras , doctrinas... de Bizancio

Hirviendo el seno en frívolas disputas ,



Mientras sus puertas rompe el otomano...  
 Error, delirio, vanidad, miseria,  
 El imperio del mundo disputando;  
 Y siempre el hombre, deslumbrado, ciego,  
 Corriendo tras un triste desengaño...  
 Al grave peso, á la mortal angustia,  
 Mi mente se rindió; torpe letargo  
 Se apoderó de mis cansados miembros;  
 Y aun zumbaba en mi oído un rumor vago,  
 Como al huir la horripsona tormenta  
 Retumba el trueno en el confin lejano.  
 «Oid la verdad, mortales!... Calla, aleve!  
 Yo la encontré!.. Yo solo!.. Error!.. Engaño!..  
 Seguidme!.. Vedla aquí!.. Muera el impío!..  
 Lejos, lejos del templo los profanos!..»  
 Y entre el ronco clamor gritos de muerte,  
 Y en la oscura tiniebla serpeando  
 Relámpago fugaz, que no alumbraba,  
 Y abrasaba los puebllos y los campos.  
 A las discordes voces y alaridos,  
 Al confuso tropel, á los estragos  
 Que con mis propios ojos ver creía,  
 Me faltó el respirar; secos mis labios,  
 En vano clamar quise: «deteneos;  
 Infelices, ¿qué haceis? ¿No sois hermanos?»  
 Ellos en su delirio proseguian;  
 Y al abismo bajaban despeñados  
 Los unos tras los otros, cual las olas

Se estrellan contra el limite vedado.  
 Mas al fin, en las márgenes del Sena  
 De clara aurora el resplandor brillando,  
 Una sonora voz anunció al mundo  
 De la razon el siglo fortunado:  
 Grata esperanza rebosó en los pechos;  
 Olvidó el hombre su penar amargo;  
 Y esperó ansioso libertad, ventura,  
 Cual blanda lluvia los sedientos campos.  
 ¡Vana ilusion! Usurpan las pasiones  
 De la razon el cetro soberano;  
 Y apiñando cadáveres y escombros,  
 En vez de altar le erigen un cadalso.  
 De víctimas culpadas ó inocentes  
 Allí corre la sangre en holocausto;  
 Y los mismos verdugos se proclaman  
 De la razon pontífices sagrados:  
 «No hay Dios (gritan impíos); en la tumba  
 La nada envuelve al justo y al malvado...»  
 Y al descargar la bárbara cuchilla,  
 Feroz sonrisa horrorizó en sus labios.  
 Déjame al menos, deja que respire...  
 ¡Ay! Tú no has sido, Aurelio, desdichado;  
 No sabes, no, qué bálsamo es al alma  
 El consuelo de un Dios, que seque el llanto  
 De tus ojos, que escuche tus suspiros,  
 Cuando te ves del mundo abandonado!  
 ¿Gimes solo? El te vé; su acento es ese



Que responde á tu acento ; él con su mano  
 Tus hierros aligera ; él te sostiene  
 En el mismo suplicio... Y si al amago  
 De la muerte vacila tu constancia ,  
 Y atras vuelves el rostro con espanto ,  
 El ofrece piadoso á tu inocencia  
 Eterna paz , inmarcesible lauro ,  
 Una patria mejor... donde no alcanza  
 El brazo ni la voz de los malvados.

## FANTASÍA NOCTURNA.

« Para mí da la tierra tantos frutos ;  
 Nada el pez , paca el bruto , el ave anida ;  
 Dos mundos ciñe el mar ; luce la luna ,  
 Alumbra el sol , y las estrellas brillan... »  
 Así en la humilde grama reclinado ,  
 Vuelta al cielo la frente envanecida ,  
 Soñaba el hombre , y de natura toda  
 Señor , árbitro y dueño se imagina.  
 En la copa de un álamo cercano  
 Un águila caudal posaba altiva ;  
 Tal como ardiendo el rayo entre sus garras  
 Al pie de Jove se ostentára un día :  
 » ¿ Quién como yo ? ( con su ademan clamaba )  
 Las aves por su reina me apellidan :

Si me place abatirme hasta la tierra ,  
 Cruzo de un vuelo la region vacía ;  
 Y el rumor de mis alas al ganado  
 Y al mísero pastor atemoriza :  
 Si me place , remóntome hasta el cielo ;  
 Clavo en el sol la penetrante vista ;  
 Y la nube que aterra al débil hombre  
 Miro bajo mi planta suspendida. »

Al pie del árbol mismo , entre la yerba ,  
 La luciérnaga apenas relucía ;  
 Mas no menos sus títulos de gloria  
 Recordaba á la par desvanecida :  
 « Los prados me dió el cielo por recreo ,  
 Las flores por morada y por delicia ;  
 Para mí sola el céfiro las abre ,  
 Las tiñe el sol , y el alba las rocía :  
 Me apaciento en la tierra como el bruto ;  
 Las alas bato como el ave altiva ;  
 Doy luz al hombre , que camina á ciegas ;  
 Y alguna estrella mi esplendor envidia. »  
 Entre tanto los astros lentamente  
 Por el cielo su curso proseguían ;  
 La tierra reposaba silenciosa ;  
 El mar en la ribera se dormía...  
 Mas con un soplo el viento mecía el árbol ,  
 Y al águila abuyentó despavorida ;  
 Desgajóse una rama , y turbó el sueño  
 Del que señor del orbe se creía ;



Y al miserable insecto hundió en el polvo  
Una hojilla del árbol desprendida.

LA TORMENTA.

¿Hubo un día jamas, un solo día,  
Cuando el amor mil dichas me brindaba,  
En que la cruda mano del destino  
La copa del placer no emponzoñara?  
Tú lo sabes, mi bien: el mismo cielo  
Para amarnos formó nuestras dos almas;  
Mas con doble crueldad, las unió apenas,  
Las quiso dividir, y las desgarró.

¡Cuántas veces sequé con estos labios  
Tus mejillas en lágrimas bañadas,  
Tus ojos enjugué, y hasta en tu boca  
Bebí ansioso tus lágrimas amargas!  
Con suspiros tristísimos salían  
Mezcladas, confundidas tus palabras;  
Y al repeler mi mano con latidos,  
Tu corazón desdichas presagiaba...

Todas, á un tiempo, todas se cumplieron:  
Y si tal vez un rayo de esperanza  
Brilló cual un relámpago, el abismo  
Nos mostró abierto á nuestras mismas plantas.  
¿Lo recuerdas, mi bien? Morir unidos

Demandamos al cielo en noche aciaga,  
Cuando natura toda parecia  
En nuestro daño y ruina conjurada:  
La tierra nos negaba hasta un asilo;  
La lluvia nuestros pasos atajaba;  
Bramaba el huracán; el cielo ardía,  
Las centellas en torno serpeaban...

¡Ay! ojalá la muerte en aquel punto  
Sobre entrambos el golpe descargara,  
Cuando sin voz, sin fuerzas, sin aliento,  
Te sostuve en mis hombros reclinada.  
«Qué temes? Vuelve en tí; soy yo, bien mio;  
Es tu amante, tu dueño quien te llama;  
Ni el mismo cielo separarnos puede:  
O destruye á los dos, ó á los dos salva.»  
Inmóvil, muda, yerta, parecías  
De duro mármol insensible estátua;  
Mas cada vez que retumbaba el trueno,  
Trémula contra el seno me estrechabas;  
En tanto que por hondos precipicios,  
Casi ya sumergido entre las aguas,  
A pesar de los cielos y la tierra  
Conduje á salvo la adorada carga...

Hora ¡ay de mí! por siempre separados,  
Sin amor, sin hogar, sin dulce patria,  
El peligro mas leve me amedrenta;  
La imagen de la muerte me acobarda:  
Ni habrá un amigo que mis ojos cierre;



Veré desierta mi fatal estancia ;  
 Y solo por piedad mano estrangera  
 Arrojará mi cuerpo en tierra estraña.

## HIMNO SACRO.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
 Cantemos su poder y su bondad :  
 Al débil da la palma y la victoria ;  
 Confunde la altivez y la maldad.

Tú diste luz al vasto firmamento,  
 Su asiento al mundo , su lindero al mar ;  
 Su trono al sol, sus alas diste al viento ;  
 Los cielos ves bajo tus pies rodar.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
 Cantemos su poder y su bondad :  
 Al débil da la palma y la victoria ;  
 Confunde la altivez y la maldad.

Tu diestra vierte el aura y el rocío ;  
 Conduce el trueno, el rayo en tempestad :  
 Da pompa á Mayo, y mieses al Estio ,  
 Riqueza á Octubre, á Enero magestad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria !  
 Cantemos su poder y su bondad :  
 Al débil da la palma y la victoria ;  
 Confunde la altivez y la maldad.

Sonó tu acento : y descubrióse el mundo.  
 Tus obras llenas de tu gloria estan ;  
 La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo  
 Augusta muestra de tu ciencia dan.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
 Cantemos su poder y su bondad :  
 Al débil da la palma y la victoria ;  
 Confunde la altivez y la maldad.

Cual fuerte cedro encúmbrese el potente ;  
 Su altiva cima al ciclo toca ya :  
 Igual á tí proclámase insolente ;  
 Moviste el labio...¿en dónde, en dónde está?

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
 Cantemos su poder y su bondad :  
 Al débil da la palma y la victoria ;  
 Confunde la altivez y la maldad.



Estalla y cruje un polo y otro polo  
Al dar el Angel la postrer señal:

Quedó el sepulcro des poblado y solo;  
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
Cantemos su poder y su bondad:

Al débil da la palma y la victoria;  
Confunde la altivez y la maldad.

Jehová!.. Jehová!.. Los cielos se estremecen;  
Cercado está de fuego y magestad:

Mil siglos, mil, á un soplo desaparecen...  
El tiempo fue: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
Cantemos su poder y su bondad:

Al débil da la palma y la victoria;  
Confunde la altivez y la maldad.

## DISCURSO MORAL

## SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,  
Que inquieta hierte en pórticos y plazas,  
Mientras la envidia, el odio y la calumnia  
Para saciar la sed sangre demandan?...  
Del tribunal las puertas se estremecen,  
Del tropel á las recias oleadas;  
Y hasta en los mismos templos de los Dioses  
Con ahullidos se invoca su venganza!...

En tanto reclinado sobre el lecho,  
Reflejando en la faz la paz del alma,  
A sus caros discípulos y amigos  
Por la postrera vez Sócrates habla:  
Uno en el manto la cabeza envuelve,  
Para ocultar sus lágrimas amargas;  
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;  
Y otro los ojos en la tierra clava.

Solo él tranquilo, plácido discurre;  
La ingratitud perdona de su patria;  
Y á sus fieles amigos aterrados  
Consuela con dulcísimas palabras:  
Mas allá del sepulcro ve un reflejo,  
Que de su pecho alienta la esperanza;  
Y con sereno rostro y labio puro



A la copa fatal la diestra alarga.

No son, Delio, los hierros mas pesados  
 Los que agena crueldad tal vez forjára;  
 Que libre el alma en la prision respira,  
 Y al justo los suplicios no acobardan:  
 Las cadenas mas graves y enojosas  
 Son las que el hombre con su mano labra,  
 Y esclavo de sus miserables pasiones  
 Con lento paso por el cieno arrastra.

Aquel mortal que aclama afortunado  
 El ciego vulgo en la soberbia estancia,  
 De mármoles bruñidos las paredes,  
 Los ricos muebles de luciente plata,  
 Tal vez envidia en la medrosa noche  
 El hondo sueño y la profunda calma  
 En que yacen sus siervos sumergidos,  
 Mientras á nuevo afán los llama el alba.

Sobre lecho de sándalo y de rosas,  
 En los brazos se mece de su amada  
 El muelle sibarita: en sus oídos  
 Resuena el eco de lejana flauta;  
 Y en vaga nube aromas del Oriente  
 Al rededor los aires embalsaman...  
 Mas solloza infeliz: las mismas flores,  
 Si se doblan sus hojas, le maltratan;  
 Y al apurar la copa del deleite,  
 Prueba las heces en el fondo amargas.

¿Imaginas acaso mas dichoso

Al que respira del favor el aura;  
 Y del poder alzándose á la cumbre,  
 Una turba de esclavos ve á sus plantas?  
 ¡Qué ciego error! como traidora sierpe,  
 Para encumbrarse el pérfido se arrastra;  
 Y hasta en el seno que le diera abrigo  
 Acecha el corazón y el dardo clava:  
 Suspira, teme, gime, se estremece;  
 Su propia sombra cual rival le espanta;  
 Y hasta en los muros mismos del palacio  
 Su sentencia de muerte ve grabada.

¿Dónde presumes se encontró el modelo  
 De los ruidos tormentos, penas, ansias,  
 Que del mortal la ardiente fantasía  
 En el profundo Tártaro soñára?...  
 La imagen de la tierra copió el hombre;  
 Y con pavor y asombro retratadas  
 Vió en vez de Furias las pasiones mismas  
 Que con eterno yugo le avasallan.  
 Este á colmar aspira con metales  
 Ancho tonel sin fondo; junto al agua  
 De sed espira aquel; voraz envidia  
 Está royendo á esotro las entrañas;  
 Mientras con vano afán á la ardua cumbre  
 Los mas conducen la pesada carga.

¡Cuán pocos, de su estado satisfechos,  
 Exentos de temor y de esperanza,  
 La paz del alma conservar procuran,



Cual sumo bien á que ninguno iguala!...  
 Solo en fácil y grata medianía  
 Disfruta el hombre dicha tan colmada,  
 Sin que el hado propicio le embriague,  
 Ni le rinda vilmente la desgracia:  
 En el lóbrego seno de honda mina,  
 De la tierra en las íntimas entrañas,  
 El esclavo infeliz alienta apenas,  
 Y su existencia, cual la luz, se apaga;  
 Mas si osado el mortal remonta el vuelo  
 Y en leve globo por los aires vaga,  
 En la etérea region se desvanece,  
 La vista pierde, el respirar le falta.  
 Yo tambien ¡ay de mí! débil juguete  
 Una vez y otra de la suerte varia,  
 Subí á las nubes y bajé al abismo,  
 Cual frágil nave en áspera borrasca;  
 Y al verme, Delio, solo y sin amparo,  
 Perdido el rumbo entre las ondas brayas,  
 La vista alzaba al cielo, y le pedia  
 Tranquilo puerto, venturosa calma.

## EL HUÉRFANO.

Mientras el crudo diciembre  
 Arroja nieve y granizo,  
 Y del palacio las puertas  
 Conmueve el ábrego impio,  
 A su amparo en noche oscura  
 Se acoge un misero niño,  
 Que abandonaron sus padres  
 Y no halla en el mundo asilo:  
 Ambas manos junto al pecho,  
 Tiembla de susto y de frio;  
 Y hasta el aliento le falta  
 Para demandar auxilio...  
 Jamas tuvo el inocente  
 Quien oyera sus suspiros,  
 Quien enjugase su llanto,  
 Quien le llamára su hijo!  
 En el hueco de unas rocas  
 Le hallaron recien nacido,  
 Sin mas protector que el cielo,  
 Ni mas padre que Dios mismo;  
 Solo Dios, que abre su mano  
 Para el tierno pajarillo,  
 Y hasta en el aura derrama  
 Las semillas y el rocío.



Huérfano desventurado,  
 No llores tan afligido;  
 Y llama á la misma puerta  
 Que hora te sirve de arrimo:  
 Llama otra vez, que su dueño  
 En blando lecho adormido,  
 En sueños vé los tesoros  
 Que conducen sus navíos;  
 Y no ha de ser tan cruel,  
 Que al escuchar tus gemidos  
 Te niegue un pobre sustento,  
 Te niegue un misero abrigo.

«Amparad piadosos  
 A un niño infeliz;  
 Y Dios os lo premie  
 Mil veces y mil!  
 Solo y desvalido  
 ¡Ay triste! nací;  
 Que mi propia madre  
 Me alejó de sí...  
 Si madre tuvisteis,  
 A Dios bendecid;  
 Y en memoria suya  
 Doléos de mí!  
 Nunca una palabra  
 Cariñosa oí;  
 Llanto de mis ojos  
 Por leche behí...

Por Dios y su Madre,  
 Piadosos abrid;  
 Sino, á vuestra puerta  
 Me vereis morir!...»  
 Apenas estas palabras  
 Sollozaba el huerfanito,  
 Cuando dentro del palacio  
 Sonó de un can el ladrido:  
 Cien esclavos acudieron;  
 Y amenazaron al niño,  
 Si en mal hora el dueño adusto  
 Despertaba á sus gemidos.

#### EL SEPULCRO DE HINDELBANK (\*).

Era una tarde de agosto,  
 Y ya el sol se iba escondiendo,  
 La alta cumbre de los Alpes  
 Dorando con sus reflejos,  
 Cuando á un valle no lejano  
 Bajé por agrio recuesto,  
 Triste y angustiada el alma,  
 Débil y rendido el cuerpo...

(\*) En este pueblecito de Suiza (canton de Berna) se halla efectivamente un sepulcro tal como aquí se describe.



El sitio agreste , sombrío ,  
 La soledad , el silencio ,  
 El rumor de una cascada  
 Que resonaba á lo lejos ,  
 En apacible tristeza  
 Mis pesares convirtieron ;  
 Sentí mas leve mi planta  
 Y mas tranquilo mi pecho.

El ánimo embebecido  
 Vagaba en mil pensamientos ,  
 Y libre el pie por el valle  
 Giraba con rumbo incierto ,  
 Cuando sin yo apercibirlo  
 Me ví cercado de un pueblo ,  
 Con sus rústicos hogares  
 En la llanura dispersos ;  
 Por lo humilde y por lo pobre ,  
 Por lo escondido y secreto ,  
 Resguardado de los vicios ,  
 Defendido de los vientos.  
 « Felices ( clamé ) mil veces  
 Los que á la suerte debieron  
 Nacer en este recinto ,  
 Y morir donde nacieron !  
 Su patria su mismo hogar ,  
 Estos montes su universo ,  
 Su mar el vecino lago ,  
 Y su tesoro su apero :

Jamas oyeron el nombre  
 De señores ni de siervos ,  
 Ni la ambicion ni la envidia  
 Turbaron nunca su sueño :  
 Contentos los halla el alba ;  
 El sol los deja contentos ;  
 Y corre su mansa vida  
 Como este manso arroyuelo...»

Al pronunciar estas voces ,  
 Me hallé á las puertas de un templo ,  
 Sencillo cual las costumbres  
 De aquel inocente pueblo ;  
 No de mármoles labrado  
 Ostentaba el pavimento ,  
 De bronce y jaspe los muros ,  
 Ni la techumbre de cedro ;  
 Pero en su pobre recinto  
 El ánimo mas sereno  
 De la tierra se alejaba ,  
 Y remontábase al cielo.  
 En el quicio me detuve ,  
 Lleno de santo respeto ;  
 Que hasta pavor me infundia  
 De mis pisadas el eco...  
 Mas al fin osé internarme ;  
 Y ví un sepulcro entreabierto ,  
 Por una mano piadosa  
 Cavado en el mismo suelo :



La piedra rota en pedazos,  
 Como en el día tremendo  
 En que al son de la trompeta  
 La tierra abrirá sus senos;  
 Y alzándose de la tumba  
 De hermosa matrona el cuerpo,  
 Que al dar la vida á su hijo,  
 Ambos al par la perdieron.  
 La infeliz madre parece  
 Temer de la losa el peso,  
 Y su mano la sustenta  
 Resguardando al niño tierno:  
 Que es madre bien se conoce  
 En el cuidado y afecto  
 Con que le eleva en sus brazos,  
 Y humilde le ofrece al cielo:  
 «Tú, Dios mio, me le diste;  
 A tí, mi Dios, lo devuelvo;  
 Y el hijo de mis entrañas  
 Gozoso vuela á tu seno!...»  
 El inocente se muestra  
 Alegre el rostro y risueño,  
 Y por su madre parece  
 Interceder con su ruego;  
 En tanto que ella sumisa  
 De Dios aguarda el decreto,  
 Y el iris de la esperanza  
 Le brinda paz y consuelo.

Inmóvil y silencioso  
 Permanecí largo trecho,  
 Cual si inquietarlos temiese  
 Con el soplo de mi aliento:  
 Vivos á entrambos veía,  
 Escuchaba sus acentos,  
 Y de terror religioso  
 Sentí embargados mis miembros...  
 Mas las sombras de la noche  
 Iban tan densas creciendo,  
 Que apenas ya consentían  
 Ni distinguir los objetos:  
 La madre y el tierno niño  
 En breve desaparecieron;  
 Y al borde yo del sepulcro,  
 La vista fija en su centro,  
 De la eternidad creía  
 Estar pisando el lindero.

(\*) Se incluyó esta composición en la Corona por  
 ser publicada en el momento que el Sr. D. Juan  
 Rodríguez de Velasco, con motivo del fallecimiento de  
 su esposa.



## EPISTOLA (\*).

Desde las tristes márgenes del Sena,  
 Cubierto el cielo de apiñadas nubes,  
 De nieve el suelo, y de tristeza el alma,  
 Salud te envía tu infeliz amigo,  
 A tí mas infeliz!... y ni le arredra  
 El temor de tocar la cruda llaga,  
 Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos  
 Bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera  
 Si no llorára el hombre?... Yo mil veces  
 He bendecido á Dios que nos dió el llanto  
 Para aliviar el corazon, cual vemos  
 Calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora pues, llora : otros amigos fieles,  
 De mas saber y de mayor ventura,  
 De la estóica virtud en tus oidos  
 Harán sonar la voz ; yo que en el mundo  
 Del cáliz de amargura una vez y otra  
 Apuré hasta las heces, no hallé nunca  
 Mas alivio al dolor que el dolor mismo ;  
 Hasta que ya cansada, sin aliento,

(\*) Se incluyó esta composicion en la *Corona sinebre*, publicada en el año de 1830 por el excelentísimo señor duque de Frias, con motivo del fallecimiento de su Esposa.

Luchando el alma y reluchando en vano,  
 Bajo el inmenso peso se rendia...

¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo  
 En que gastados del dolor los filos,  
 Ese afan, esa angustia, esa congoja,  
 Truécanse al fin en plácida tristeza ;  
 Y en ella absorta, embebecida el alma,  
 Repliegase en sí misma silenciosa,  
 Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea : y yo otras veces  
 Lo dudé como tú ; juzgaba eterna  
 Mi profunda afliccion, y grave insulto  
 Anunciarme que un tiempo fin tendria...  
 Y le tuvo : de Dios á los mortales  
 Es esta otra merced ; que así tan solo,  
 Entre tantas desdichas y miserias,  
 Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera pues : da crédito á mis voces,  
 Y siate de mí... ¿Quién en el mundo  
 Compró tan caro el triste privilegio  
 De hablar de la desdicha?... En tantos años,  
 ¿Viste un dia siquiera, un solo dia,  
 En que no me mirases vil juguete  
 De un destino fatal, cual débil rama  
 Que el huracan arranca, y por los aires  
 La remonta un instante, y contra el suelo  
 La arroja luego y la revuelca impio?...  
 Lo sé : contra los golpes de la suerte,



Cuando solo en nosotros los descarga,  
 El firme corazon opone escudo;  
 Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas  
 Que no he perdido nunca á quien amaba  
 Mas que á mi propia vida?... Si un momento  
 Te da tregua el dolor, vuelve los ojos  
 A un huérfano infeliz, enfermo, triste,  
 Solo en el mundo, sin tener ya apenas  
 A quien llorar... que á todos en la tumba  
 Unos tras otros los hundi6 la muerte.

En la misma estacion (¿vés? tu desgracia  
 Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)  
 Perdí una madre tierna, idolatrada,  
 Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas  
 Mi triste padre descendió á la tumba;  
 Y abrazados bajaron, de consuno  
 Pronunciando mi nombre, que á lo lejos  
 Sonó en mi corazon, no en mis oidos...  
 Corrí, volé, llegué; mas ya fue en vano:  
 La fatal losá á entrambos cobijaba;  
 Y para colmo de pesar y angustia,  
 Aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, mas consuelos  
 En tu grave afliccion... Aunque rebelde  
 Se vuelva contra mí tu pena misma,  
 Por fuerza has de escuchar mi voz severa,  
 Que no aduló jamas á la fortuna,  
 Ni ahora adula al dolor.-- Tú en tu desgracia

Hallaste mil consuelos, que la suerte  
 Cruelmente me negó: viste á tu Esposa  
 Y la cuidaste en su dolencia extrema;  
 Tú recibiste su postrer suspiro;  
 Tú estrechaste su mano; tú la viste  
 Tender á tí los brazos, y cual prenda  
 En los tuyos dejar su amada hija...

Pero yo propio, sin querer, ahondo  
 El puñal en tu pecho, renovando  
 Ante tu vista la funesta imágen  
 De la noche fatal en que aun luchaba  
 La vida con la muerte... Ya sus penas  
 Para siempre acabaron: ella misma,  
 Vueltos al cielo los piadosos ojos,  
 Se lo rogó en su angustia; y la esperanza  
 Brilló al morir en su serena frente.

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro  
 Penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces  
 Nuestro acerbo dolor se templaria!  
 En este mismo instante, en que lamentas  
 De tu mísera Esposa el fatal hado,  
 ¿Quién te ha dicho, infeliz, que mas dichosa  
 No esté gozando de eternal ventura?...  
 ¡Callas, y sobre el pecho la cabeza  
 Dejas caer!... No calles, no; respónde:  
 Sondea, si te atreves, el abismo  
 Que de tu amada Esposa te separa;  
 Cruza la eternidad; y luego dime



En dónde está, si es mísera ó dichosa,  
Si pide luto ó parabien.

No ha mucho  
(A tí contarlo puedo; alegres otros  
Riieran de mi triste desvarío),  
Hallándome en la orilla encantadora  
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,  
Madre de los placeres; y á Pompeya  
La débil planta absorto dirigía...  
Fuentes, jardines, quintas y palacios  
A mis ojos brillaban; mas la mente  
Penetraba mas hondo, y poco á poco  
Se iba estrechando el corazón... las flores  
Entre lava nacian; y esos pueblos,  
Hoy ricos, florecientes, ocultaban  
Otros pueblos felices algun dia,  
Labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros  
De la ciudad desierta; y ya anunciaban  
Que fue un tiempo morada de los hombres  
Los sepulcros que orlaban la ancha via:  
A su arrimo descansa el pasajero;  
Que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,  
A las puertas tocaba; y en su linde,  
El vacilante pie se detenía,  
Cual si temiese profanar osado  
La mansión de los muertos.—Ni un acento,  
Ni una voz, ni un murmullo... hasta parece

Que el eco está allí mudo, y no responde.  
Cruzaba lento las estrechas calles  
Sin huella humana; pórticos y plazas  
Sin un solo viviente; en pie los muros,  
Desiertos los hogares; y en los templos  
Sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino  
El mundo ante mis ojos parecia  
Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga  
Asomaba á mis labios, recordando  
La ambicion de los hombres, sus venganzas,  
Sus proyectos sin fin: un breve soplo  
Sus bienes y sus males como el humo  
Disipa; y la ceniza á cubrir basta  
Una inmensa ciudad, cual leve polvo  
Cubre un vil hormiguero...

Así abismado  
En tristes reflexiones, recorría  
Aquel vasto recinto silencioso,  
Cual una sombra vaga entre sepulcros:  
Los lazos que me ataban á la tierra  
Aflojarse sentia; y libre el alma  
Lanzábase, dejando atras los siglos,  
Al espacio sin límites... Si vieras  
Lo que es la triste vida, comparada  
A aquella inmensidad! De cierto, amigo  
Cua jadas en tus ojos quedarían  
Esas copiosas lágrimas que viertes;



Y en la tierra fijándolos, tú propio  
 Allí vieras el término á los males,  
 El descanso y la paz, de que ya goza  
 La que tú lloras; tú que por el suelo  
 Arrastras como yo la dura carga.  
 Mas en tanto que el cielo te concede  
 Volverte á unir á tu adorada Esposa,  
 Consagra á su memoria los instantes  
 Que de ella ausente estés; y su recuerdo  
 Tu corazon anime; y en tus labios  
 Resuene siempre su apacible nombre...  
 ¡Ni cómo de tu Esposa olvidarias  
 El claro ingenio, el alma generosa,  
 La divina beldad; dotes preciados  
 Que rara vez el mundo admiró unidos!  
 Mas ya te veo hácia el opaco bosque  
 De cipreses y adelfas caminando,  
 Bendiente de tu diestra una corona  
 De tristes siemprevivas; y los ojos  
 Apenas alzas, descubrir temiendo  
 El monumento de perpetua pena  
 Que de tu Esposa las cenizas guarda...  
 Tanto infeliz como acorrió piadosa,  
 Tanto huérfano pobre y desvalido  
 De que fue tierna madre, los que un día  
 Su bondad y sus prendas admiraron,  
 En largas filas, silenciosos, mustios,  
 Tus pasos lentamente van siguiendo,

Y cercan su sepulcro... ¿No los oyes?  
 Suyos son los tristísimos sollozos,  
 Suyas las quejas y el confuso llanto  
 Que interrumpen las fúnebres plegarias...  
 Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,  
 Ni una flor que enviarte: que las flores  
 No nacen entre el hielo; y si naciesen,  
 Solo al tocarlas yo se marchitarán.

## DISCURSO MORAL

## SOBRE LA TEMPLANZA EN LOS DESEOS.

¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre,  
 Si su menguada condicion olvida;  
 Y sin limite esplaya sus deseos,  
 Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?...  
 Nace llorando en angustiosa cuna,  
 Y largo tiempo con afan respira;  
 Amparando su frágil existencia  
 De una madre el amor y las caricias:  
 Como sueño fugaz vuela su infancia,  
 Sin que acierte á gustar su breve dicha;  
 Y apenas ya garzon saluda ufano  
 La grata primavera de la vida,  
 El propio acorta el término á sus bienes,  
 Y cuanto toca con su ardor marchita.



De una ilusion en otra, de un delirio  
 Precipítase en mil; ansia, suspira,  
 Corre con loco afan, tiende los brazos  
 Tras una y otra sombra fugitiva;  
 Y al ir ya á estrechar contra su seno,  
 La suerte con un soplo la disipa.

Así agota su misera existencia;  
 Eternos juzga los veloces dias;  
 Y los granos de arena cuenta ansioso  
 Que miden los instantes de su vida;  
 Mientras de males y dolor cargada  
 La vejez lentamente se avvicina;  
 Y al ir el infeliz á dar un paso,  
 Abierta ante sus pies la tumba mira.

¿Quién en el mundo, quién, dime uno solo  
 Que el breve espacio con sus ojos mida;  
 Y el ímpetu modere y el aliento,  
 Con la meta fatal siempre á la vista?...  
 Corren los unos á estrellarse ciegos;  
 Con gesto y voz aquellos los animan;  
 Y otros los siguen, y otros los empujan;  
 Y todos á la par se precipitan....

Labra en arena su ventura el hombre:  
 Y segura y eterna la imagina;  
 Sin reparar en la funesta playa  
 Las rotas naves y recientes ruínas:  
 Como al pie mismo del Vesubio ardiente  
 Cercas, hogares, pueblos se fabrican

De otros pueblos con míseros escombros,  
 Con la tostada lava apenas tibia!  
 Aunque la ciega suerte muestre acaso  
 La engañadora faz grata y propicia,  
 No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,  
 Que disfrute el mortal dicha cumplida:  
 El goce de los bienes mas ansiados,  
 De otros mayores el afan excita;  
 Y apenas á una cumbre asciende el hombre,  
 Otras mas altas sobre sí divisa:  
 Cual el viagero en los fragosos Alpes  
 Cien y cien montes trepa con fatiga;  
 Y cuando sueña el término cercano,  
 Vé allá en los cielos la nevada cima.

En frágil tabla al píclago sañudo  
 Se arroja el mercadante: hogar, familia,  
 Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,  
 A la sed de riqueza sacrifica;  
 Sin que le asombre la distancia inmensa,  
 El hondo mar, el ignorado clima,  
 Ni pestilente fiebre que le aguarda  
 Cual triste nuncio en la fatal orilla.  
 Llega, corre, se afana, de mil siervos  
 Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;  
 De avara acusa el mísero á la tierra;  
 Y estéril halla la opulenta mina.  
 Arbitro de la Grecia, en regio trono  
 El hijo de Filipo se vió un dia;



Y en tan estrechos límites se ahoga,  
 Y extiende victorioso sus conquistas:  
 Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia;  
 Cien y cien reyes doblan la rodilla;  
 Y al llegar á los términos del mundo,  
 Aun halla estrecho el ámbito y suspira.

¿Pero á qué en el torrente de otros siglos  
 Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,  
 Cuando á mirarlas con los propios ojos  
 Nos condenó á los dos la suerte impía?  
 Al abrirlos al sol por vez primera,  
 Temblaba ya la tierra estremecida;  
 Y al pasar la niñez en leves juegos,  
 A raudales la sangre se vertía;  
 La juventud en vano lisonjera  
 Nos brindó con amores y delicias;  
 Mientras la voz de la afligida patria  
 Ahogaba en nuestros pechos la alegría,  
 Y en vez de amenos prados, solo vimos  
 A hierro y fuego yermas las campiñas.

¿Mas qué fue del mortal que allá en su mente  
 El destino del Orbe revolvió,  
 Y árbitro de la suerte y la victoria  
 La tierra un tiempo le aclamó sumisa?  
 El eco de su nombre llenó el mundo,  
 Cuando apenas sus pálidas mejillas  
 El bozo sombreaba; y en los Alpes  
 Borró las huellas que dejara Anibal

Venció, tornó á vencer, domó la Italia:  
 Llevó despues al Nilo sus insignias;  
 Y al imperio aspiró del rico Oriente  
 Por los tristes desiertos de la Siria.  
 Mas revolvió la vista hácia su patria,  
 Que desgarraba sus entrañas mismas,  
 Y el corazon latiéndole en el pecho,  
 A su ambicion el lauro pronostica:  
 Voló, llegó, paró con fuerte diestra  
 El carro que al abismo ya corria;  
 Mas le cargó de grillos y cadenas,  
 Y un monte de trofeos le echó encima.  
 En su cumbre asentado, vió á sus plantas  
 Una diadema en sangre humedecida;  
 Y la recoge audaz, su frente ciñe,  
 Y á la Europa aterrada leyes dicta.

Búscale ahora, búscale, si puedes,  
 En el estrecho hogar de estéril isla,  
 Cual leve punto en el espacio inmenso,  
 En el seno del piélago perdida....  
 Míralo, él es, Arnesto: solo, inmóvil  
 Sobre una roca en la desierta orilla,  
 Quien vió á sus pies postradas cien naciones  
 Y cien coronas en el polvo hundidas,  
 Ve crecer y llegar las recias olas,  
 Que amenazan su planta estremecida;  
 Y apenas á su mísero sepulcro  
 Asilo y paz concederán un día!



## LA VUELTA Á LA PATRIA.

(Granada, 27 de Octubre de 1831.)

Amada patria mia,  
 Al fin te vuelvo á ver !.. Tu hermoso suelo,  
 Tus campos de abundancia y de alegría,  
 Tu claro sol y tu apacible cielo !..  
 Sí: ya miro magnífica estenderse  
 De una y otra colina á la llanura  
 La famosa ciudad; descollar torres  
 Entre jardines de eternal verdura;  
 Besar sus muros cristalinos rios;  
 Su vega circundar erguidos montes;  
 Y la Nevada Sierra  
 Coronar los lejanos horizontes.  
 No en vano tu memoria  
 Do quiera me seguia;  
 Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;  
 El corazon y el alma me oprimia!  
 Del Támesis y el Sena  
 En la aterrida márgen recordaba  
 Del Dauro y del Genil la orilla amena;  
 Y triste suspiraba;  
 Y al ensayar tal vez alegre canto,  
 Doblábase mi pena,  
 Mi voz ahogaba el reprimido llanto.

## El Arno delicioso

Me ofreció en balde su feraz recinto,  
 Esmaltado de flores,  
 Asilo de la paz y los amores:  
 «Mas florida es la vega  
 Que el manso Genil riega;  
 Mas grata la morada  
 De la hermosa Granada"...  
 Y tan sentidas voces  
 Murmuraba con triste desconsuelo;  
 Y el hogar de mis padres recordando,  
 Los mustios ojos levantaba al cielo.

Tal vez en mi dolor mas me aplacia  
 De agreste sitio el solitario aspecto;  
 De las ciudades azorado huía,  
 Y ansioso, palpitante,  
 Los escabrosos Alpes recorria;  
 Mas su nevada cumbre  
 No tan viva y tan pura reflejaba  
 Del sol la clara lumbre  
 Cual la Nevada Sierra,  
 Cuando el astro del dia  
 Un torrente de luz vierte en la tierra.

De Pompeya las ruinas pavorosas,  
 Sus calles silenciosas,  
 Sus pórticos desiertos,  
 De yerba ya cubiertos,  
 Mi profundo pesar lisonjeaban;



Y graves reflexiones  
 En mi agitada mente despertaban :  
 ¿Qué vale el poder vano  
 Del miserable humano ?  
 En abatir su orgullo y su renombre  
 La suerte se complace ;  
 Y las obras que eternas juzga el hombre ,  
 Con un soplo deshace...  
 Por el rastro de escombros junto al Tiber  
 Hoy busca el caminante  
 Del sumo Jove la ciudad triunfante :  
 Rompe el arado la fecunda tierra  
 Que cual lóbrega tumba  
 Los sacros restos de Herculano encierra ;  
 Y si Pompeya en pie mira sus muros ,  
 Los siglos carcomieron su cimiento ;  
 Y al respirar el viento ,  
 Tiemblan sobre su planta mal seguros .  
 Así en mi juventud yo ví las torres  
 De la soberbia Alhambra quebrantadas  
 Amenazar del Dauro la corriente  
 Con su ruina inminente ;  
 Cada rápido instante de mi vida  
 El plazo apresuró de su caída ;  
 Y del antiguo Alcázar soberano ,  
 En que el moro poder vinculó ufano  
 Su gloria á las edades ,  
 Tal vez un dia ni hallarán mis ojos

Los miseros despojados .  
 A tan funesta imágen , en el pecho  
 Mi corazon se ahogaba ;  
 Y en lágrimas deshecho ,  
 Al pie de los sepulcros me postraba . . . . .  
 ¿Cuál es tu mágia , tu inefable encanto ,  
 Oh patria , oh dulce nombre ,  
 Tan grato siempre al hombre ?  
 El tostado africano ?  
 Lejos tal vez de su nativa arena ,  
 Con pesar y desden los prados mira ,  
 Y por ella suspira :  
 Hasta el rudo lapon , si en hora infausta  
 Se vió arrancado del materno suelo ,  
 Envidia y ansia las eternas noches ,  
 Los yertos campos y el perpetuo hielo ;  
 Y yo , á quien diera la benigna suerte  
 Nacer , Granada , en tu feliz regazo ,  
 Y crecer en tu seno ,  
 De tantos bienes lleno ;  
 Yo triste , ausente de la patria mia ,  
 De tí me olvidaria !  
 En las ásperas costas africanas ,  
 Al náufrago inhumanas ,  
 Yo tu sagrado nombre repetia ;  
 Y las inquietas olas  
 Llevábanlo á las costas españolas :  
 En el polo apartado



Oyólo de mi labio el mar furioso,  
 Por el teson del hátayo enfrenado;  
 Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,  
 El alto Pirineo, el Apenino;  
 Y del Vesubio ardiente  
 En el cóncavo hueco  
 Por vez primera repitiólo el eco (\*).

(\*) Alude este pasage á haber penetrado el autor dentro del cráter del Vesubio en la madrugada del dia 7 de abril de 1824.

## FRAGMENTO PRIMERO.

## FRAGMENTOS

DE

## UN POEMA.

Quando á un tiempo sono de truenos  
 El fragor por tres veces repetido,  
 Turbóse el aire á la vez con el viento,  
 Con resaca ardiente encendido,  
 Y la tierra sintió en fatiga  
 Que opugna el alma con el ruido,  
 Cual vacilan las montañas  
 Al andar del Vesubio las ondas.



NOTA. Hace no pocos años emprendí la composición de este poema, que ni concluí entonces, ni es probable lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he determinado á ofrecer al público estos cortos fragmentos, eligiendo para ello los que de mejor grado lo consienten, por presentar cada uno de por sí un cuadro completo y distinto.

---

### FRAGMENTO PRIMERO.

---

Aparécese una Vision al conde Pedro Navarro, hallándose en el palacio de la Alhambra, y le exorta á guerrear contra el África.

En el soberbio alcázar mahometano  
Del pérfido Boabdil dejado apenas,  
Cuando cayó del trono soberano  
Despeñado á las líbicas arenas,  
Reposaba el caudillo castellano  
Dando tregua del mando á las faenas;  
Y ya batiendo el sueño el ala grave,  
Le rociaba con bálsamo suave:

Cuando á un tiempo sonó de ronco trueno  
El fragor por tres veces repetido;  
Turbóse el aire á la sazón sereno,  
Con ráfagas ardientes encendido;  
Y la tierra sintió su íntimo seno  
Por opuestos vaibenes combatido,  
Cual vacilan inciertas las montañas  
Al arder del Vesubio las entrañas.



Temblaron los magníficos salones,  
De mármol, oro y nácar fabricados,  
Con versos y amorosas inscripciones  
Cual filigrana arábica labrados;  
Crujieron los soberbios artesones  
En cien y cien columnas sustentados,  
Arrancándose al ímpetu violento  
Los mosaicos del rico pavimento.

Tranquilo el Adalid en tanto sueña,  
Y al lado de su amada se imagina,  
Que con grato ademán y faz risueña  
Hechizo añade á su beldad divina;  
Mas cuando el Conde en abarcar se empeña  
La levisima imagen peregrina,  
Puso fin á tan vano pensamiento  
Raro prodigio, singular portento.

«Abrirse vé bajo su misma planta  
La tierra de ambos polos sacudida;  
Sulfúrea niebla que la vista espanta  
La imagen le arrebató apetejada;  
Y en medio de los aires se levanta,  
Sobre un grupo de nubes sostenida,  
Adusta Diosa cuya sombra crece  
Y allá en los cielos penetrar parece.»

A la invencible Palas se asemeja  
Con noble manto y bélicos arneses;  
Rojo el redondo escudo al sol refleja,  
Cual ígneo globo en los estivos meses;  
Con soberbio desden á sus pies deja  
Rotas lanzas, banderas y paveses;  
Y el reluciente yelmo de diamante  
La magestad redobla del semblante.

«¡ Y así (le dice) en ocio vergonzoso,  
De amor arrastra la fatal cadena  
Quien tantas veces se ostentó brioso  
Cual nuevo Cid en la sangrienta arena;  
Y á tiempo que tu nombre victorioso  
Del mundo por los ámbitos resuena,  
La espada y lanza de tu lado arrojas,  
Y el sacro lauro de tu sien deshojas!...»

«No basta que ya España el claro nombre  
De gente en gente extiende sin mancilla,  
Coronando sus triunfos y renombre  
Del manso Dauro en la fecunda orilla;  
Ni que gloriosa al universo asombre,  
Libre ya el cuello de la infiel cuchilla;  
Que en vez de yugo el cetro peregrino  
Guarda á su diestra el próspero destino.»



«Mira á Colón, del viento combatido,  
 Con pocas naves náufragas y solas  
 En no surcado mar desconocido,  
 Romper el seno á las hinchadas olas:  
 El valladar de Alcides destruido,  
 Ensancharse las costas españolas;  
 Y cediendo á su esfuerzo sin segundo,  
 Crecer los mares y doblarse el mundo.»

«¿Qué importa que la suerte rigurosa  
 Una vez y otra vez se oponga acaso,  
 Y con llanura inmensa, procelosa,  
 Las sendas borre al temerario paso?  
 La castellana enseña victoriosa  
 Lleva Colón al escondido ocaso;  
 Y el sol hasta en su término postrero  
 Oye absorto aclamar el nombre Ibero.»

«Mas en tanto que al héroe sobrehumano  
 Un Nuevo Mundo atónico proclama,  
 Vuelve, ó Conde, la vista al Lusitano  
 Que alcanzó en el Oriente eterna fama:  
 «La tierra, el cielo, el mar luchan en vano  
 Contra un débil mortal (osado exclama):  
 Yo, arrostrando el rigor de la fortuna,  
 Sorprenderé del sol la misma cuna.»

«Y mirale en la quilla mal trabada  
 Nueva senda buscando al rico Oriente:  
 En vano por mil siglos respetada,  
 La undosa espalda el yugo no consiente;  
 En vano de tormentas coronada  
 El arduo Promontorio alza la frente;  
 Visita al chino en su region distante,  
 Y une el índico golfo al mar de Atlante.»

«Si los prodigios de inmortal memoria  
 Que la presente edad ostenta ufana,  
 Tu pecho encienden en amor de gloria,  
 Ultimo linde á la ambicion humana,  
 Del alto templo la imparcial historia  
 Te señala la cumbre soberana,  
 Y la senda que intrépidos hollaron  
 Los que el Asia y la América hermanaron.»

«De borrascoso ponto antemurada,  
 Con escollos y montes guarnecida,  
 El Africa feroz levanta osada  
 La cerviz, largos siglos no vencida;  
 Y en solo un lustro apenas quebrantada  
 Por el brazo español, mas no abatida,  
 Aguarda un héroe que le imponga el yugo:  
 Que así al destino en sus arcanos plugo.»



« Fronteriza á la costa en que sin freno  
 Guadalmedina ensancha su corriente,  
 Y de arena cubriendo el campo ameno,  
 Puentes, diques ni márgenes consiente;  
 Allende el vasto mar en cuyo seno  
 Hunde veloz la entumecida frente,  
 En la africana playa tiene asiento  
 Noble ciudad de antiguo fundamento. »

« El arado romano abrió la tierra  
 En que estriban sus muros orgullosos:  
 Con las olas el mar la entrada cierra  
 A extraños enemigos belicosos;  
 En torno la defiende erguida sierra  
 Del embate de vientos procelosos;  
 Y el hondo rio, que sus puertas baña,  
 De verdor cubre la feraz campaña. »

« Roto el yugo del vándalo y romano,  
 Propio señor con su poder sustenta,  
 Que á los campos del Rif y al mar cercano  
 Extiende el cetro y su grandeza ostenta:  
 Tiembla á su nombre el mísero cristiano,  
 Y de la costa bárbara se ahuyenta;  
 Que el terror de espantoso cautiverio  
 Llevó al mundo la fama de su imperio. »

« De antemural le sirve y de atalaya  
 A la fuerte ciudad inmensa roca,  
 Que defendiendo la vecina playa,  
 Al mar insulta, al ábrego provoca;  
 De oriente á ocaso rápida se esplaya  
 La altiva cima que á los cielos toca;  
 Y la deforme, carcomida planta  
 De las olas el ímpetu quebranta. »

« Rudo escollo del piélago ceñido  
 Ni flor, ni yerba, ni árboles consiente;  
 Jamas abrió su seno empedernido  
 A puro arroyo ó cristalina fuente;  
 Ni oyó en la noche el plácido gemido  
 De enamorada tórtola inocente,  
 Ni vió jamas sobre el desnudo risco  
 Saltar el corderillo en el aprisco. »

« Solo cruza su cima pavorosa  
 Con fugaz ala el buitre carnicero;  
 Solo busca su planta cavernosa  
 En la tormenta el tiburón roquero;  
 A su amparo se esconde cautelosa  
 La presta nave del pirata fiero;  
 Y el naufrago descubre á un tiempo mismo  
 El escollo, los hierros, el abismo. »



«Vé, vuela, ó Conde, y con osada mano  
Del rudo Escollo la altivez enfrena:  
Tiemble al rumor el árabe inhumano,  
Aun mal seguro en su desierta arena;  
La orgullosa ciudad mire cercano  
El férreo yugo y la servil cadena;  
Y el negro espanto que en sus muros cunda  
Por el Africa toda se difunda.»

Dijo: y cual suele boreal aurora  
Bañar el polo en apacible lumbre,  
Que el albo campo con sus rayos dora,  
El mar de hielo y la nevada cumbre;  
Y luego de su luz consoladora  
Deja apenas la pálida vislumbre,  
Que vagando levisima en el viento,  
Va á perderse en el alto firmamento:

Así desapareció la sacra Diosa;  
Y el puro resplandor de su faz bella  
Reflejaba en la esfera tenebrosa  
Cándida luz de matutina estrella;  
Mas alzando la frente respetosa,  
Columbró el Conde la celeste huella,  
Y al punto la Deidad en raudó vuelo  
Cruzó el espacio y remontóse al cielo.

Lo vé, grita, despierta, y pavoroso  
Tres veces toca con sorpresa el lecho;  
Tres veces duda, y lleva receloso  
La incierta mano al palpitante pecho;  
Y agitado del sueño portentoso,  
Aun mal de sus sentidos satisfecho,  
No fue parte á calmar su fantasía  
La fresca aurora del cercano día.

Del sol apenas el fulgor primero  
Por los labrados arcos penetraba,  
Cuando impaciente el inclito guerrero  
Por los regios alcázares vagaba:  
En su armadura de bruñido acero  
Tal vez los tristes ojos enclavaba,  
Arrancando de largo en largo trecho  
Hondos sollozos del hirviente pecho.

En el ánimo inquieto revolvía  
Los recuerdos del sueño prodigioso,  
Y el anuncio fatídico creía  
Dictado por el cielo misterioso:  
Ya á la heroica demanda apercebía  
Con noble aliento el brazo valeroso,  
Anhelando eclipsar con su denuedo  
El renombre del inclito Gofredo;



Ya la dulce memoria de su Elvira  
 La triunfadora diestra desarmaba,  
 Trocando en torpe ardor la noble ira  
 Que el corazón magnánimo inflamaba:  
 Débil sollozo y mísero suspira  
 El que al Africa toda amenazaba;  
 Cual si de Armida en la mansion amena  
 De Reinaldo arrastrase la cadena.

Mas instable que mar tempestuoso  
 Siente el Conde su vago pensamiento,  
 Ora incierto, ora altivo, ora dudoso;  
 Ya tímido, ya osado, ya violento:  
 Ya de Elvira recuerda el rostro hermoso,  
 Ya del templo inmortal el alto asiento;  
 Hasta que al fin aserenando el alma,  
 La severa razon logró la palma.

¡Ay de la triste que en tranquilo sueño,  
 Al son de blanda música adormida,  
 Creyó en los brazos de su dulce dueño  
 Verse al abrir los ojos sorprendida!  
 Resuelto el Conde á su glorioso empeño,  
 Ordena al punto la veloz partida;  
 Y convoca á los inclitos guerreros,  
 De sus riesgos y triunfos compañeros.

## FRAGMENTO SEGUNDO.

Junta de capitanes, en la cual resuelven llevar á cabo la expedicion propuesta por el Conde.

En la regia, magnífica armería  
 En que su gloria Iliberis ostenta,  
 Con noble magestad y gallardía  
 El Conde á los caudillos se presenta:  
 Bajo la alzada cúpula sombría  
 Entre instrumentos bélicos se asienta;  
 Y con grave ademan y voz severa  
 Les comenzó á decir de esta manera:

« Ilustres compañeros de mi suerte,  
 Baldon y torpe injuria reputára,  
 Si á vencer ó morir con pecho fuerte  
 En habla artificiosa os animára:  
 Si la victoria próspera ó la muerte  
 La inconstante fortuna nos depara,  
 Con igual paso de la gloria al templo  
 No os llevará mi voz, sino mi ejemplo.»



«Mas vivimos, y aun hay quien nos afrente  
 Y el nombre insulte de la madre España;  
 Respiramos, y aun hay quien insolente  
 La mar infeste que sus costas baña:  
 Mengua fuera sufrirlo bajamente;  
 Correr al desagravio es leve hazaña;  
 Si honra y patria nos llaman á porfía,  
 Acudir es deber, no bizarría.»

«Humean nuestros campos, nuestros lares,  
 Por enemigo bárbaro incendiados;  
 Cautivos pueblan los inmensos mares,  
 Al banco y duros remos amarrados;  
 Mientras libre y tranquilo en sus hogares,  
 Al hierro y á las llamas nunca dados,  
 Cadenas forja el árabe inhumano  
 Para oprimir el cuello castellano.»

«Del Africa en los lindes comprimido,  
 Dentro del mar osado se adelanta,  
 En altísimo escollo guarecido,  
 Jamas hollado de estrangera planta:  
 De inmenso foso en torno defendido;  
 Nuestras naves insulta, al orbe espanta;  
 Y cual marino lobo en honda cueva,  
 La presa acecha en que sus garras ceba.»

«¿Mas qué vale por foso el ancho lago,  
 Por fuerte amparo el Africa vecina?  
 Antes que sienta el formidable amago,  
 Con sangre llore su exterminio y ruina:  
 Asombrada presencie el fiero estrago  
 La orgullosa ciudad que al Rif domina;  
 Y la bárbara Libia mire abierto  
 Fácil camino al árido desierto.»

«Yo á la gloriosa lid al punto vuelo:  
 Ni obstáculos ni tregua ni tardanza,  
 Cuando la amada patria en triste duelo  
 Con su voz nos provoca á la venganza;  
 Ya tiende ante mi vista el fausto cielo  
 El iris de la próspera esperanza;  
 Y antes que el sol tres veces nos alumbré,  
 Veré de Gibralfaro la alta cumbre.»

«A su abrigo y amparo guarecida  
 Del embate de duros aquilones,  
 En el tranquilo puerto nos convida  
 La armada de veleros galeones:  
 Allí la invicta hueste apercebida  
 Desplegará los ínclitos pendones,  
 Que han de ostentar en la africana orilla  
 Las armas de Aragon y de Castilla.»



«No ha de decir el vulgo malicioso  
 Que el oro ansiamos de opulenta mina,  
 La púrpura oriental y ámbar precioso,  
 El diamante y la perla peregrina;  
 No dirá, cual de Gama valeroso,  
 Que ansiamos los tesoros de la China,  
 Y que en vano en su seno los encierra  
 El hondo mar ó la profunda tierra.»

«Hierro el Africa ofrece en sus arenas,  
 Hierro en sus altos montes escarpados,  
 Hierro en sus naves, hierro en sus cadenas,  
 Hierro en sus hijos á la lid armados:  
 Contra tigres, leones, pardas hienas,  
 El hierro esgrimiremos esforzados;  
 Y el agua que con hierro conquistemos,  
 Teñida en nuestra sangre beberemos.»

«No nos espera el laso americano,  
 En el pendiente lecho remecido,  
 Tras brillante oropel y vidrio vano  
 Hacia el yugo corriendo embebecido;  
 Ni quien monstruo repunte sobrehumano  
 Al caballo y ginete todo unido,  
 Y en ciego error y femenil desmayo  
 Confunda al vil mosquete con el rayo.»

«El que en mil años de continua guerra  
 Domó al Africa y Asia juntamente,  
 Amagó á Europa, amedrentó la tierra,  
 Oprimió con su armada el mar potente,  
 Ya de su propio hogar la entrada cierra  
 Contra el furor del español torrente;  
 Y á nuestros pies rindiendo su corona,  
 Vencedores del mundo nos pregona.»

Grato murmullo en la soberbia estanza  
 Del Conde invicto respondió al acento;  
 Y del próximo triunfo la esperanza  
 Infunde á los caudillos nuevo aliento:  
 De tomar contra el árabe venganza  
 Repiten á una voz el juramento;  
 Y al recordar de España las cadenas,  
 En santa indignacion arden sus venas.

Como suele tal vez del mar rizado  
 Alzar la luna su apacible frente,  
 Y al blando influjo en breve serenado  
 Se torna de cristal resplandeciente;  
 Así calma al concurso entusiasmado  
 Alzándose Aguilar pausadamente,  
 Varon de autoridad, caudillo viejo,  
 Bravo en la lid, sesudo en el consejo.



El nevado cabello descubria  
 De fresco y verde lauro entrelazado,  
 Y en la robusta lanza sostenia  
 El cuerpo de los años agoviado:  
 Al venerable Néstor parecia,  
 De los príncipes griegos rodeado;  
 Y haciendo al Adalid grave medida,  
 Así dice con voz clara y segura:

« Aunque no albague al ánimo lozano,  
 Bien merece, caudillos valerosos,  
 El prudente consejo de un anciano  
 Escucharse de jóvenes briosos:  
 Ver de la vida el término lejano  
 No deshonor á soldados animosos;  
 Que don fue solo de propicia suerte  
 Vencer mas riesgos sin hallar la muerte.”

« De mi verdad testigo sabe el cielo  
 Que al tranquilo sepulcro ya cercano,  
 Por postrera merced tan solo anhelo  
 Perder la vida con la lanza en mano:  
 Y si empapé en mi sangre el patrio suelo  
 Por ensalzar el nombre castellano,  
 Mas gozoso la sangre de mis venas  
 Del Africa vertiera en las arenas.”

« Tanto disto, mancebos generosos,  
 De aconsejaros tregua ó paz villana  
 Con los que en guerra hieren alevosos  
 Y en paz cautivan con cadena insana;  
 Mas si tronchar sus hierros ominosos  
 Fue grave empresa á la constancia hispana,  
 No por lucir el temerario arrojo,  
 Del cielo provoquemos el enojo.”

« Lidiar con hombres, aterrar las fieras,  
 Desafiar la furia de los vientos  
 Con leve lino y frágiles galeras,  
 Contrastar los sañudos elementos,  
 Sorprender al alarbe en sus riberas,  
 Debelar sus ejércitos sangrientos  
 Y domeñar á bárbaras naciones,  
 Digno es de vuestro esfuerzo, campeones.”

« ¿Mas qué furor, qué gloria, qué esperanza  
 Allí nos lleva con arrojo impío  
 Donde el airado cielo en su venganza  
 La lluvia niega y plácido rocío;  
 Donde el sol encendido rayos lanza  
 Contra el árido escollo en largo estío,  
 Y el mísero mortal, del mar cercado,  
 Maldice al cielo en sed atormentado?”



« ¿Allí donde jamás el ave anida,  
 Ni se arrastra el reptil, ni el bruto pace,  
 Ni la fiera voraz busca manida,  
 Ni crece el árbol, ni la yerba nace;  
 Y en triste afán, cansado de la vida,  
 El cautivo infeliz postrado yace;  
 Y la móvil arena y roca dura  
 Aun le niegan tranquila sepultura?»

« No, intrépidos amigos, no violemos  
 La eterna ley del hado envanecidos:  
 Al corazón del Africa lleguemos,  
 Arrollando sus pueblos aguerridos;  
 La Europa á nuestras plantas humillemos;  
 Nuevos mundos busquemos atrevidos;  
 Mas no osemos llevar los patrios lares  
 A rudo escollo en turbulentos mares.»

« Sufra también la mar nuestra coyunda  
 (El Conde le interrumpe); luche, brame,  
 Y el escollo batiendo furibunda,  
 Su independencia y libertad reclame:  
 Por su rebelde espalda se difunda  
 El eco triunfador que á España aclame;  
 Y mal su grado en las inquietas olas  
 Refleje las banderas españolas.»

*Si, volemós, caudillo valeroso*  
 (El fiero Ponce arrebatado exclama),  
*Que en tu frente relumbra prodigioso*  
*El sacro fuego que tu pecho inflama.—*  
*Sigamos su estandarte victorioso!*  
 El inmenso concurso á un tiempo clama;  
 Y en son confuso que á lo lejos zumba,  
*Sigámosle!* la bóveda retumba.

¿ Visteis de cumbre en cumbre despeñado  
 De los Alpes rodar hondo torrente,  
 Que en retorcido curso arrebatado  
 Va aumentando su rápida creciente;  
 Mas por opuestas rocas represado,  
 Permanece suspenso en la pendiente,  
 Brama, lucha, forceja, hínchase, crece,  
 Los diques rompe, el monte se estremece?

Así la ilustre junta numerosa,  
 Contra el Africa altiva embravecida,  
 A la voz del anciano magestosa  
 Mostróse un breve espacio suspendida;  
 Mas sintiendo crecer impetuosa  
 La cólera en el pecho reprimida,  
 A las armas corriendo furibunda,  
 Las puertas abre y el palacio inunda.



Oyese á un tiempo el grito de pelea  
 En pórticos, jardines y salones,  
 Y el hierro de las lanzas centellea  
 Entre insignias y bélicos blasones:  
 El pendon de Castilla al aire ondea,  
 Coronando los regios torreones;  
 Y ya las ninfas del Genil y el Dauro  
 Palmas aprestan, aperciben lauro.

---

 FRAGMENTO TERCERO.
 

---

Tristeza de Elvira: preséntase á su vista el Conde;  
 despedida de ambos amantes.

Lejos en tanto del marcial concurso,  
 En solitaria quinta deleitosa  
 Que ciñe el Dauro en apacible curso,  
 Cual fértil isla de la Cípria Diosa,  
 Fijo en su amor el plácido discurso,  
 Suspensa el alma en inquietud sabrosa,  
 Con el laud Elvira combatía  
 Triste ilusion de inquieta fantasía.

En medio el sol de la celeste esfera  
 Con sus ardientes rayos la inundaba;  
 Y el tibio amante por la vez primera  
 Su anhelada venida retardaba:  
 Ansiosa Elvira que á su dueño espera,  
 Cien veces en el sol los ojos clava,  
 Gime impaciente, y trepa á la colina  
 Que el vasto campo en derredor domina.



En la ancha vega el céfiro meciendo  
 Los rubios dones del feraz estío,  
 La grata soledad, el ronco estruendo  
 De espumosa cascada, el bosque umbrío,  
 Los sauces blandamente humedeciendo  
 Las tiernas ramas en el manso río,  
 Todo respira amor, y todo inspira  
 Dulce tristeza á la sensible Elvira.

Tal vez al revolar festivo el viento,  
 Torna la bella faz alborozada;  
 Ya escucha de su amor el grato acento,  
 Ya su planta en las flores enredada;  
 Mas en breve, burlando su contento,  
 Las alas pliega el aura sosegada;  
 Y en breve, por doblar su desconsuelo,  
 Tiende otra vez el licencioso vuelo.

Como al bajar la lluvia apresurada,  
 Ostenta manso el lago cristalino  
 Su tersa plata en círculos labrada,  
 Que nacen, ecrecen, mueren de contino:  
 Elvira de mil dudas contrastada  
 Inquieto siente el pecho alabastrino,  
 Y nacer y morir cada momento  
 Un deseo, un temor, un pensamiento.

Ora imagina al descuidado amante  
 En hondo sueño ó baño delicioso,  
 Ora en las selvas persiguiendo errante  
 Al leve ciervo y jabalí cerdoso:  
 Ya en la caza le sigue palpitante,  
 Ya maldice su bárbaro reposo;  
 Ya le amenaza con esquivo ceño,  
 Ya el regazo apercibe al dulce dueño.

Mas el tirano Amor, no satisfecho  
 Del duro afan de su cautiva hermosa,  
 Con sonrisa cruel vierte en su pecho  
 La copa de los celos ponzoñosa:  
 Ante sus ojos pinta en blando lecho  
 Al falso amante y la rival odiosa;  
 Y al acercarse Elvira en triste anhelo,  
 Maligno corre el misterioso velo.

Cual herida de rápida saeta  
 Salta veloz la cierva fugitiva,  
 Y monte y selva y prado corre inquieta,  
 Y el propio esfuerzo su dolor aviva:  
 La triste Elvira su dogal aprieta,  
 Y la herida de amor siente mas viva;  
 Si abriga el duro dardo, sangre vierte;  
 Si lo intenta arrancar, halla la muerte.



A su ciega pasión abandonada,  
 Recuerda sus delicias, sus amores;  
 Aun ve la tierna yerba reclinada,  
 Aun ve oprimidas las nacientes flores;  
 Allí se arroja en lágrimas bañada,  
 Allí crecen su angustia y sus furores;  
 Y allí donde su amor grabó la huella,  
 Entre la grama esconde su faz bella.

Mas á un leve rumor alza la frente;  
 Y cual inmoble estatua ve delante,  
 Ceñido de armadura reluciente,  
 Suspenso y mudo al perturbado amante;  
 Incierta mira, enjuga el lloro ardiente,  
 Torna á clavar la vista penetrante;  
 Hablar intenta, mas la pena aguda  
 Su pecho oprime y su garganta anuda.

Un ¡ay! profundo arroja dolorida;  
 Los celos, el furor le dan aliento;  
 Y de opuestos afectos combatida,  
 Así le dice con turbado acento:  
 «Huye, cruel, si de mi triste vida  
 Ver no anhelas el último momento;  
 Huye, y no añada tu perjuro labio  
 El doblez, los insultos al agravio.»

«Huye: ¿qué te detiene?... No desco  
 Verte apurar el torpe fingimiento;  
 Harto me has dicho; aléjate; ya veo  
 Tu mentido disfraz, tu aleve intento;  
 Ya tus disculpas pérfidas preveo;  
 Ya escucho tu engañoso sentimiento;  
 Tu propia turbacion, tu falsa pena  
 Te acusa, te confunde, te condena.»

«Si te enoja mi amor, si otro te inflama,  
 No has menester pretextos, alevoso;  
 Vuela á los pies de la traidora dama,  
 Jura, engaña, séducela doloso;  
 Fingido ardor á tu fingida llama  
 Ofrecerá su pecho cauteloso;  
 Y ella misma, burlando tu esperanza,  
 Dejará satisfecha mi venganza.»

«Mas no eres tú ¡ay de mí! yo solamente  
 Yo la culpada soy: yo, dueño mio,  
 Te abrí mi incauto pecho; yo imprudente  
 Provoqué con caricias tu desvío;  
 Tuyo fue mi querer, tuya mi mente,  
 Tuyo mi corazón y mi albedrío...  
 ¿No lo ves? ahora mismo, en mi tormento,  
 Por tí solo respiro, por tí aliento.»



«No mas, mi bien (el Conde enternecido  
Le interrumpe veloz); no mas, Elvira;  
Que tu amoroso acento dolorido  
Mas me atormenta que tu injusta ira:  
Llámame ingrato, aleve, fementido;  
Traspasa el pecho que por tí suspira;  
Y no aumentes mi pena y amargura  
Mostrándome tu amor y tu ternura.»

«¿Dudas, Elvira?... El cielo soberano  
Vé mi pasión, mis ansias, mi tormento;  
El cielo sabe si luchando en vano,  
Cedí rebelde á su inspirado acento:  
Cedí; y al punto en su tremendo arcano  
Escribió mi solemne juramento;  
Partir es fuerza, Elvira; mi tardanza  
Ya del cielo provoca la venganza.»

«A domeñar al Africa orgullosa  
La fé, la patria, el pundonor me llama;  
Ya en la ciudad la hueste numerosa  
Las armas ciñe y su adalid me aclama;  
Ufanos todos á la lid gloriosa  
Sedientos vuelan de perpetua fama;  
Solo yo triste, mísero, abatido,  
Mi fé, mi patria, mi promesa olvido.»

«Ese mi crimen, esa mi falsía,  
Esas mis artes son: vé, vuela ansiosa,  
Recorre la ciudad, insta, porfía,  
Busca mi nuevo amor.... ¿Callas llorosa,  
Y me ocultas tu faz?... No, Elvira mía,  
No te miren mis ojos desdeñosa;  
Culpa al cielo, no á mí; yo al par contigo  
El fatal voto y su rigor maldigo.»

«Mas yo te juro, Elvira, yo te juro  
Por esta espada nunca envilecida;  
Por tu faz bella, por tu llanto puro,  
Por tu amor mas precioso que mi vida,  
Aunque me oponga el mar su inmenso muro,  
Aunque el Africa toda luche unida,  
Llegar, vencer, tornar, y en dulces lazos  
Gozar del triunfo en tus amantes brazos.»

«Si, triunfa hombre feroz; tu Elvira en tanto  
(Clama la triste) mísera, abatida,  
En largo afán y congojoso llanto  
Esperará muriendo tu venida..  
¿Qué mas quieres, cruel? Mira mi llanto,  
Mírame al menos á tus pies rendida,  
Mira, y parte despues; tu saña fiera  
Ya ha inmolado la víctima primera.»



«Mas no, detente, escucha; que azaroso  
 Me anuncia el corazon horror y muerte;  
 Oye, infeliz; que el ciclo misterioso  
 Tu fin aciago por mi voz te advierte...  
 ¿A dónde, á donde vas? Vuelve piadoso;  
 Teme el rigor de la enemiga suerte;  
 Tiembla por tí, por tu infeliz Elvira,  
 Que al solo amago de dolor espira...»

Quisiera proseguir; y sostenida  
 En el trémulo brazo, alzarse intenta;  
 Mas ríndese otra vez desfallecida  
 Al inmenso pesar que la atormenta:  
 Cual pálido jazmin descolorida  
 La faz divina su beldad aumenta;  
 Esmaltando el negrísimo cabello  
 La blanda candidez del rostro bello.

Por el dulce deleite adormecidos  
 Aparecen sus ojos amorosos,  
 Mientras el albo pecho con latidos  
 Ostenta sus contornos mas hermosos:  
 Admiranla en los aires suspendidos  
 Los festivos Amores silenciosos;  
 Y desde el alto olimpo Citeréa  
 En contemplar su imágen se recrea.

## FRAGMENTO CUARTO.

Reúñese la hueste en el puerto de Málaga; se hace á  
 la vela, y navega con varia fortuna.

Pobladas de caudillos esforzados  
 Guadalmedina ostenta sus riberas;  
 Por sendas, por llanuras, por collados  
 Divísanse pendones y banderas;  
 Vé la ciudad sus ámbitos cegados  
 Con aprestos y máquinas guerreras;  
 Torres, murallas, calles, plazas, puertas,  
 De gente armada miranse cubiertas.

No en tanta copia apíñanse á bandadas,  
 Cuando anuncia el otoño el sol tardío;  
 Las aves que en las zonas mas templadas  
 Hicieron su mansión en el estío;  
 Y del blando reposo despertadas  
 Al mostrar el invierno el ceño impío,  
 Las costas cubren con ansioso anhelo,  
 Buscando el mar y el africano suelo.



— Brilló por fin la aurora suspirada,  
 Eterna en los decretos del destino,  
 En que ya á punto la invencible armada  
 Tienda al próspero viento el blanco lino:  
 La numerosa hueste desplegada  
 Del mar ocupa el término vecino;  
 Y ya en el puerto agítanse las naves,  
 De tanta hueste con el peso graves.

El campo, el muelle, el dilatado muro  
 De gente y armas y pendones lleno,  
 Con mil bateles en tropel oscuro  
 Del puerto hirviendo el anchuroso seno,  
 Sin nube el firmamento, el aire puro,  
 El azulado mar manso y sereno,  
 Glorioso el sol con su radiante lumbre  
 Coronando del cielo la alta cumbre;

Cien naves cual en fiesta empavesadas  
 Con flámulas y ricas banderolas,  
 Que del festivo Céfito agitadas  
 Reflejan sus colores en las olas;  
 De laureles las popas coronadas  
 Luciendo las insignias españolas;  
 El ronco parche y la guerrera trompa  
 Del triunfo anuncian la solemne pompa.

Con vivo afán y singular concierto  
 La inmensa armada su partida apresta;  
 Y ya impaciente en el confuso puerto,  
 La tardanza menor juzga molesta:  
 Mas á una seña del piloto esperto,  
 La alegre chusma muéstrase dispuesta,  
 Y aplaude ufana el próximo momento  
 De dar el leve lino al vago viento.

Ya en un áncora sola remecida  
 El corvo diente en desclavar forceja  
 La inquieta nave, y con veloz huida  
 Entre vivas sin fin el puerto deja;  
 Ya en media luna ordénase extendida  
 La inmensa flota, y rápida se aleja;  
 Y del sol al ocaso resplandece,  
 Cual nevada ciudad cuando amanece.

Entre tanto Favonio apenas mueve  
 Las tiernas alas y la espuma riza;  
 Y cediendo la armada al soplo leve,  
 Sobre las mansas olas se desliza:  
 Ni empaña el cielo nubecilla breve,  
 Ni otro signo al piloto atemoriza;  
 Que nunca mas sereno el occidente  
 Vió esconderse del sol la roja frente.



La clara noche de tan fausto día  
 Prosigue el rumbo la veloz armada,  
 Cual si los mismos astros á porfía  
 Le mostrasen la senda deseada:  
 El alto polo ofrécele su guía;  
 Muestra su faz la luna plateada;  
 Y sobre el manto azul ostentan bellas  
 Sus benéficas luces las estrellas.

Mas su trémulo brillo se oscurece  
 Con el primer albor de la mañana;  
 Y la plácida Aurora resplandece,  
 Matizando los cielos de oro y grana:  
 Desde el erguido mástil no aparece  
 La abandonada costa, ya lejana;  
 Y la chusma con himnos de alegría  
 Saluda alborozada al nuevo día.

Natura toda en celestial contento  
 Aclama al rubio Dios del claro oriente,  
 Que con angusto y grave movimiento  
 Asoma sobre el carro refulgente:  
 A su vista cobrando nuevo aliento,  
 En las velas espira blandamente  
 El Céfito festivo, y abre paso  
 Al veloz suleo del ligero vaso.

Mas al bañarle el húmedo rocío,  
 Y al recorrer el mar en fácil juego,  
 Va perdiendo insensible el tierno brio,  
 Y anhela tras el plácido sosiego:  
 En la ribera busca asilo umbrío,  
 Del claro sol contra el radiante fuego;  
 Y plegando las alas y talaes,  
 Dormidos deja los tranquilos mares.

Terso cristal parece la llanura:  
 Y con vislumbres cándidas albéa,  
 Cual la bóveda azul en noche oscura  
 Con la luz de la hermosa Citeréa:  
 Sin leve niebla ó nubecilla oscura  
 El sol desde su trono centellea;  
 Y el quieto golfo, cual radiante espejo,  
 Reverbera su trémulo reflejo.

No con tan vivo rayo el Can impío  
 Acongoja á los míseros mortales,  
 Cuando enciende rabioso en seco estío  
 De Palmira los vastos arenales;  
 Y aquejado de sed, salto de brio,  
 Recostado en las ruinas inmortales,  
 El triste caminante ansioso espera  
 Que el sol recorra la extendida esfera.



Con no menor afan y desconsuelo  
 Yace la gente en la española armada,  
 Mientras el astro en el ardiente cielo  
 Prosigue su carrera sosegada:  
 Mas con vana esperanza y ciego anhelo  
 Ven próxima la noche deseada;  
 Y ni un soplo levísimo del aura  
 Sus fuerzas y sus ánimos restaura.

Tres veces en tan mísera agonía  
 Los vé la luna, y silenciosa pasa;  
 Y el sol tres veces en eterno día  
 Con encendidos rayos los abrasa:  
 Ya furiosa la turba acusa impía  
 Al mismo cielo de su suerte escasa;  
 Ya en lánguido desmayo, torna luego  
 Del vano enojo al fervoroso ruego.

En el dormido lago en tanto flota  
 La armada lentamente remecida,  
 Y los robustos árboles azota  
 La licenciosa vela no regida:  
 Así tal vez en la región remota  
 Por el helado Bóreas combatida,  
 Muéstrase inmóvil temeraria armada,  
 Con cadenas de hielo aprisionada.

Ya el quinto sol en el ocaso brilla  
 Y el cetro deja á su apacible hermana,  
 Y á igual distancia de una y otra orilla  
 Clavada está la flota castellana:  
 Apenas una blanca nubecilla  
 Sobre la mar remóntase liviana;  
 Y anunciando mas próspera fortuna,  
 Vuela á oponerse á la naciente luna.

Roja la faz, en torno coronada  
 De pálidos reflejos aparece;  
 Y por vagos celages eclipsada  
 Ya se oculta fugaz, ya resplandece:  
 A lo lejos divisase agitada  
 La mar que hácia la orilla se ennegrece;  
 Y pardas nubes, cual lejanos montes,  
 Empañan los remotos horizontes.

En breve el austro con impuro aliento  
 Las arroja del Africa impelidas,  
 Y dejan en el alto firmamento  
 Las estrellas y luna oscurecidas:  
 Plegando el mar con ímpetu violento  
 Corren, crecen las olas conmovidas;  
 Y antes que brame el viento furibundo  
 El verdinegro mar hierve profundo.



Su espalda baten con inquietas colas  
 Los présagos del fines azorados,  
 Y entre el ciego tumulto de las olas  
 Veloces saltan en tropel formados:  
 Tiemblan, crujen las naves españolas  
 Con violentos vaivenes encontrados;  
 Y ya el cauto piloto apercebido  
 Oye del viento el áspero silbido.

El Africo y el Noto procelosos  
 Llegan, luchan, horrisonos espantan;  
 Y en el mar arrojándose furiosos,  
 Desde el íntimo fondo lo levantan:  
 Ya entre opuestos contrastes poderosos  
 Las ondas con las ondas se quebrantan;  
 Ya agitándose en vórtice violento,  
 Ceden al veloz ímpetu del viento.

Con mil y mil relámpagos se enciende  
 El tenebroso polo en viva llama,  
 Y de la negra nube se desprende  
 El rayo ardiente que la esfera inflama:  
 Lá rápida centella el aire hiende;  
 Muge el hinchado golfo; el viento brama;  
 Y en el cielo estallando el ronco trueno,  
 Lo repite del mar el hondo seno.

Por las revueltas olas contrastada,  
 Entre el horror de la tiniebla umbría,  
 Vaga en los mares la deshecha armada,  
 Con rumbo incierto, sin gobierno y guía:  
 De un monte en otro monte despeñada  
 Tienta en vano la prora abrirse vía;  
 Ya al cielo toca la apremiada antena,  
 Ya rechina la quilla en la honda arena.

Ni salud ni esperanza: negro espanto  
 Súbito asalta á la esforzada gente,  
 Que con vano teson á riesgo tanto  
 Osó oponer el ánimo valiente:  
 Mas ni esfuerzo, ni voz, ni débil llanto  
 Ya el terror á los míseros consiente;  
 Y en silencioso pasmo á cada instante  
 El abismo, la muerte ven delante.

No así el inclito Conde: su voz suena  
 Entre el ronco fragor del mar y el viento;  
 Exorta, anima, acude, acorre, ordena,  
 A la postrada turba infunde aliento;  
 Su ejemplo, su ademan, su faz serena,  
 Aun son mas poderosos que su acento;  
 Y allí donde el peligro y gloria crece,  
 El magnánimo pecho al riesgo ofrece.



Mas su heroica firmeza satisface  
 Del irritado ciclo la venganza,  
 Y en acerear benigno se complace  
 El término feliz de su esperanza:  
 La negra nube en lluvia se deshace;  
 Recobra el mar su plácida bonanza;  
 Y en breve zumba hácia el confin remoto  
 Confuso el trueno, ensordecido el Noto.

En sus rápidas alas conducida  
 Huye la tempestad; y alzando el vuelo  
 El Aquilon acósala en su huida,  
 Despejando veloz el ancho cielo:  
 Y al ver que el alba, de jazmin ceñida,  
 Rasgaba de la noche el negro velo,  
 Encoge el duro aliento, y da suave  
 Plácido impulso á la ligera nave.

Dispersas todas por el ancho lago  
 Las mira el Conde, al despuntar el dia,  
 Que aun mal seguras del tremendo amago.  
 Tímidas siguen la azarosa via;  
 Mas reparar ansiando el grave estrago,  
 La hueste y chusma animanse á porfía;  
 Y en breve olvidan riesgos y pesares,  
 Sulcando alegres los tranquilos mares.

---

 FRAGMENTO QUINTO.
 

---

Agüeros pavorosos en África. — Prediccion del Alfaquí. — Aprestos de defensa.

Ya el cielo que al perínclito guerrero  
 La corona del triunfo preparaba,  
 Con tristes signos de fatal agüero  
 Luto y horror al Africa anunciaba;  
 Mas al cumplirse el plazo postrimero,  
 Su adusto ceño demostrar acaba;  
 Cual lo vió un dia con asombro el mundo,  
 Y la Atlántica hundióse en el profundo.

El vasto mar luchando turbulento  
 En sus cóncavos senos cavernosos,  
 Amenaza con ímpetu violento  
 De la ciudad los muros orgullosos:  
 Con débil planta y desigual aliento  
 Huyen ancianos, jóvenes, esposos;  
 Conduciendo la madre palpitante  
 En sus brazos de amor al tierno infante.



Bajo la inmensa turba desaparece  
 El valle, la colina, la alta sierra;  
 Cunden las turbias olas, y parece  
 Que huyendo va la contrastada tierra:  
 A un tiempo su cimiento se estremece  
 Al duro embate y poderosa guerra,  
 Y en sus cimas arranca el raudo viento  
 Rocas y troncos del eterno asiento.

En la anchurosa playa desatado  
 El huracan su furia desenfrena;  
 Y en veloz remolino transformado,  
 Montes levanta de menuda arena:  
 Ya gira, ya se arrastra, ya apremiado  
 Por la inmensa balumba hórrido suena;  
 Ya, venciendo su grave pesadumbre,  
 La arroja del *Morábito* á la cumbre.

Todo horror, todo asombro: macilento  
 Su escaso resplandor el sol envia;  
 Y en vagas nubes de color sangriento  
 Lides retrata, al fenecer el dia:  
 Fatal cometa cruza el firmamento,  
 Rompiendo el manto de la noche umbria;  
 La flamígera crin en torno tiende,  
 Y cual inmensa hoguera el cielo enciende.

Y es comun voz que á su reflejo oscuro  
 En la encantada torre al mar vecina,  
 Do el conde don Julian gozó seguro  
 El premio vil de su traicion indina,  
 Vaga en custodia del hendido muro  
 Pálido Espectro en la desierta ruina;  
 Y al trémulo fulgor de opaca tea  
 Disípase la Sombra gigantea.

A tantos signos de terror y espanto  
 Falta el esfuerzo á la africana gente;  
 Y con tímida voz y débil llanto  
 Implora la piedad de Alá potente:  
 En confuso tropel cercan en tanto  
 La sacra cueva y misteriosa fuente;  
 Y de anciano Alfaquí, sabio adivino,  
 Los secretos indagan del destino.

Sobre un monte de escombros, contrastado  
 Por las hinchadas ondas, aparece;  
 Y de cendal blanquísimo velado  
 Su venerable rostro resplandece:  
 Profeta de los cielos inspirado  
 En gesto, en ademan, en voz parece;  
 Hierven sus venas; y su airado acento  
 El mar acalla y encadena el viento.



«Bastardos nietos, que cubrís de afrenta  
**A Muza y á Tarif esclarecidos,**  
 ¿Qué mezquino temor os desalienta,  
**Y os arrastra á mis pies despavoridos?...**  
**Si Alá tremendo su venganza ostenta,**  
**Si su anuncio burlasteis descreídos,**  
**Osad mirar con ánimo sereno**  
**Arder el rayo y reventar el trueno.»**

«Con faz tranquila y sosegado pecho  
 ¿No visteis de Granada el triste llanto,  
**Y el trono de Alhamar rodar deshecho,**  
**Y hundirse las mezquitas con espanto?**  
**Allí el paterno hogar, el propio techo,**  
**Allí las aras del profeta santo**  
**Debisteis defender; allí con gloria**  
**Morir vengados ó alcanzar victoria.»**

«Mas no; que en ocio infame y torpe vida  
 Visteis triunfar los fieros castellanos,  
**Y de Boabdil la patria envilecida**  
**Besar esclava sus sangrientas manos:**  
**Y al arrojarse al mar en presta huida**  
**Vuestros hijos y míseros hermanos,**  
**Oyendo el fin de la fatal contienda**  
**Pedís al mar que al Africa defienda!»**

«En vano, pueblo iluso: ya cumplido  
**Del triste vaticinio el postrer plazo,**  
**Los que el mundo á sus pies vieron rendido,**  
**Verán en su garganta el duro lazo:**  
**Que en el séptimo cielo suspendido**  
**De Alá iracundo el poderoso brazo,**  
**Entrega de Ismael la infeliz tierra**  
**A hierro, á fuego, á destructora guerra.»**

«Ministro de su cólera divina  
**Los duros grillos el infiel quebranta;**  
**Y del vil polvo, amenazando ruina,**  
**Contra el Africa altivo se levanta:**  
**Tal vez en su delirio ya imagina**  
**La Libia mancillar con torpe planta,**  
**Y en los desiertos montes de la Luna**  
**Buscar del Nilo la escondida cuna.»**

«De Alcides las columnas abrazando,  
**Ya que el Hercúleo Estrecho enseñocea,**  
**Ciego en la cumbre de su orgullo infando**  
**Con el soñado imperio se recrea;**  
**Ya con Europa al Africa enlazando,**  
**De domar su altivez se lisonjea;**  
**Y el luso audaz y el fiero castellano**  
**A su cetro inmortal tienden la mano.»**



«Insensatos!... No en vano Alá potente  
 Forjó de rudos montes la cadena;  
 Y de Shara defiende el seno ardiente  
 Con anchos mares de infecunda arena:  
 En nuestra aciaga orilla eternamente  
 A derramar su sangre los condena,  
 Sin que el eterno muro nunca allanen  
 Ni el corazon del Africa profanen.»

«Mortales, escuchad! que un rayo puro  
 De fuego celestial ya se desprende;  
 Y á las nubes rompiendo el centro oscuro,  
 A mis labios fatídicos descende:  
 El velo en que se esconde lo futuro  
 Ante mis ojos deslumbrados hiende,  
 Y su preñado seno ostenta junto  
 Cien naciones, cien siglos en un punto.»

En sus inmensos términos ya veo  
 Agolparse sucesos portentosos;  
 Cubrir la mar el pérfido europeo,  
 Y asaltar nuestros límites fragosos;  
 Tras uno y otro esfuerzo giganteo  
 Vacilar los imperios poderosos;  
 Y en el firme cimiento mal seguros  
 Temblar tronos, alcázares y muros.»

«Arido escollo; nunca salpicado  
 Por lluvia celestial ni clara fuente,  
 Por arroyos de sangre acanalado  
 Pagará su tributo al mar potente:  
 Ora esclavo, ora libre, encadenado  
 Verá sobre su cumbre juntamente  
 A los hijos del Tajo y del Danubio,  
 A los que el Etna espanta y el Vesubio.»

«Alli de Argel el anchuroso puerto  
 Entre cárdenas llamas resplandece;  
 Y de confusos árboles cubierto,  
 Selva ardiendo del Líbano parece:  
 Mas cual nube de arena en el desierto,  
 En hondos remolinos desaparece  
 La armada infiel; y solo ven mis ojos  
 Tristes reliquias, míseros despojos.»

«Mas el vecino Imperio llora en tanto  
 El baldon que sus glorias amancilla;  
 Y la regia ciudad con vil espanto  
 Allánase á las armas de Castilla:  
 Tronchado el cetro y desceñido el manto,  
 Ante el bárbaro infiel la frente humilla;  
 Y nuevo horror ofrecen, nuevo estrago  
 Las venerandas ruinas de Cartago.»



«De Fez el reino con sus propias manos  
 El seno rasga y la cerviz doblega;  
 Cúbrense de pendones Castellanos  
 De Orán el puerto, la ciudad, la vega;  
 De la gran Lepti en los inmensos llanos  
 Retumba el eco de fatal refriega;  
 Y cual lago de sangre, pone espanto  
 El turbulento golfo de Lepanto.»

«Al arma, Musulmanes! que es llegado  
 El férreo siglo de la eterna ira;  
 Y nuestro propio Imperio amenazado,  
 Pendiente el lauro ó la cadena mira...  
 Mas en alas del tiempo arrebatado  
 El vasto espacio ante mis ojos gira;  
 Y cual las ondas que á mis pies se estrellan,  
 Así cien y cien siglos se atropellan.»

«Al arma, sús, al arma! ¿Qué os suspende?  
 Ya olvida Alá piadoso su venganza;  
 Y el brazo protector benigno tiende,  
 Que á cielo y tierra y al abismo alcanza:  
 El fuego mismo, que su soplo enciende,  
 Anuncio es de consuelo y de esperanza;  
 Que alumbra, no aniquila, cuando maestra  
 El rayo ardiendo en su potente diestra.»

«¿Por tres siglos no vió su eterno muro  
 La opulenta Salén amenazado,  
 Y hasta el excelso trono de oro puro  
 Por la vil planta del infiel hollado?  
 Mas su orgullo y poder y cetro duro  
 ¿Qué se hicieron?.. Cual monte desplomado  
 Cayó el infiel; y tres generaciones  
 Vió el Jordán perecer en sus regiones.»

Dijo: y cual suele al súbito estampido  
 De inflamado volcan temblar la tierra,  
 Y el monte en sus entrañas encendido  
 Lanzar el fuego que su seno encierra;  
 Así el inmenso pueblo, conmovido  
 A la inspirada voz de sacra guerra,  
 Arde en furor; y cual sonante llama  
 Por los vecinos campos se derrama.

El bélico clamor á un tiempo llena  
 El dilatado imperio: allí talando  
 Espesos bosques, la segur resuena;  
 Allí las largas naves aprestando,  
 En confuso tropel hierve la arena;  
 Arden mil forjas; crujen atronando  
 Cien y cien yunques; y el pendon sangriento  
 De los hijos de Agar tremola al viento.



Vénse desiertos rústicos hogares,  
 Al trance de la guerra abandonados;  
 Chozas, cabañas, pueblos, aduares,  
 Arden entre las selvas y sembrados:  
 Con altísimos pinos y sillares  
 Afirmanse los muros quebrantados;  
 Y el hondo río su raudal extiende,  
 Las torres ciñe y la ciudad defiende.

No lejos de su márgen, oprimidos  
 Con ruda argolla y bárbara cadena,  
 Los míseros cautivos afligidos  
 Hondos fosos excavan en la arena:  
 La diestra suspendiendo estremecidos,  
 Tal vez recuerdan con amarga pena  
 Que á sus hijos del alma, á sus hermanos,  
 La tumba estan abriendo con sus manos.

Mas tal vez la esperanza lisonjera  
 Su pecho inunda en plácido consuelo:  
 Ya unidos rompen la cadena fiera;  
 Ya unidos besan el nativo suelo:  
 En cada nubecilla pasagera  
 Una vela cristiana vé su anhelo;  
 La mar registran, y les roba el viento  
 La vaga nube y el fugaz contento.

---

 FRAGMENTO SEXTO.
 

---

Alarde del ejército africano: su caudillo Almanzor.

En regio alarde indómito campea  
 El arrogante ejército africano;  
 Y en la playa revuélvese y ondea,  
 Cual mies mecida en anchuroso llano:  
 El confuso rumor de atroz pelea  
 Imita el eco hácia el confin lejano;  
 Y los fieros bridones reprimidos  
 Responden con relinchos y bufidos.

Nunca hueste tan fiera y numerosa  
 Vió el Africa en su bárbaro hemisferio;  
 Nunca creyó su frente helicosa  
 Tan exenta de estraño cautiverio:  
 Y volviendo la vista rencorosa  
 Al ancho mar hasta el confin hesperio,  
 Torna á ver amagado su recinto  
 Y al claro Guadalete en sangre tinto.



Entre la inmensa turba de guerreros  
 Señálase por gala y bizarría  
 La flor de los valientes caballeros,  
 Gloria y columna de Granada un día:  
 Patria y hogar abandonando fieros,  
 Por no humillarse á la coyunda impía,  
 Corrieron á librar de sus furores  
 La región de sus ínclitos mayores.

En caballos mas rápidos que el viento,  
 De oro y seda labrados los jaecces,  
 Su propia gloria y su heredado aliento  
 Ostentan los gallardos Alabeces:  
 El famoso estandarte dan al viento  
 Que al triunfo los condujo tantas veces;  
 Y en adargas de Fez aurea corona  
 Su regia stirpe y su blason pregonan.

De púrpura los ricos alquiceles,  
 La argentada armadura en son de guerra,  
 Corren al par los ínclitos Gomeles,  
 De nuevo hollando la nativa tierra:  
 Ansiosos de mas palmas y laureles  
 Viólos un tiempo la Nevada Sierra;  
 Y hora defienden con invicto pecho  
 El propio trono y el paterno techo.

Con rojas plumas y leonados trages,  
 Por el sangriento fin de sus hermanos,  
 Luce el fiero escuadron de Abencerrages,  
 Armados con despojos castellanos:  
 En sus adargas bárbaros salvages  
 Luchando con leones africanos  
 De divisa les sirven, dando muestra  
 Del invencible esfuerzo de su diestra.

En el torvo semblante descubriendo  
 Los reprimidos celos y rencores,  
 Sus huellas los Zegries van siguiendo,  
 En la lid bravos, si en la paz traidores:  
 Las antiguas discordias encendiendo,  
 De sus rivales visten los colores;  
 Y al natural impulso de venganza,  
 En su mano blandir sienten la lanza.

Cogidos los garbosos capellares,  
 Descubriendo marlotas de brocado,  
 La tribu de valientes Alhamares  
 Cabalga altiva á su siniestro lado;  
 Verdes plumas y blancos almaizares  
 Sobre el casco finísimo acerado,  
 Y en los escudos llevan y pendones  
 Las cifras de su amor y sus blasones.



No lejos, con galope reprimido  
 De fiero bruto la altivez domando,  
 Sobre el dorado fuste suspendido,  
 Acaudilla Gazul su noble bando:  
 Cuando del son del atabal herido,  
 El duro hierro en el ijar clavando,  
 En escape veloz el aire azota  
 La suelta faja y la gentil garzota.

Hueca retumba la oprimida tierra  
 Al peso de la hueste numerosa,  
 Que el vivo simulacro de la guerra  
 Ostenta en la llanura polvorosa:  
 Embiste, corre, escapa, vuelve, cierra,  
 Huye otra vez, revuelve mas furiosa;  
 Y de lanzas y dardos densa nube  
 El sol entolda y á los cielos sube.

Mas él es... Almanzor! Rojo el turbante  
 Sobre la hueste infiel descuella tanto,  
 Que cual coloso ó bárbaro gigante  
 El corpulento moro pone espanto:  
 Fiero rival de Alcides, arrogante  
 Ancha piel de leon viste por manto,  
 Que unido con dos garras de oro puro  
 Sobre el hombro siniestro va seguro.

Hijo feroz del Africa, en su seno  
 Descubre de su madre la fiereza,  
 En su sangre del áspid el veneno,  
 Y del tigre en su pie la ligereza:  
 Tendido el arco, de temor ageno,  
 De los montes penetra en la aspereza;  
 Y á la hircana leona embravecida  
 Los hijos arrebató en su guarida.

La caza y los peligros son su encanto,  
 Sus amores las lides sanguinosas,  
 Su música mas grata el triste llanto  
 De huérfanos, de madres y de esposas:  
 Cubre su nombre de terror y espanto  
 Las vecinas naciones belicosas;  
 Y la victoria, fiel á sus deseos,  
 Le ofreció en cada lid nuevos trofeos.

Aunque de noble estirpe, nunca pisa  
 Del palacio los pérfidos umbrales;  
 Nunca con blando alhago ó falsa risa  
 Dora aleve sus odios capitales:  
 Su torvo ceño y su bramido avisa  
 El furor de sus ímpetus mortales;  
 Y cual rayo y relámpago, en un punto  
 Véense el amago y la venganza junto.



Hora á una voz la hueste envanecida  
 Por supremo caudillo le pregona,  
*Vengador del Profeta* le apellida,  
 Y audaz le ofrece la triunfal corona:  
 Mientras la madre patria enternecida  
 En sus brazos sus hijos abandona;  
 Y hasta el monarca mismo pone ufano  
 La sacra enseña en su invencible mano.

Mas ya con lento paso van creciendo  
 De los montes las sombras desiguales,  
 Y en el rojo occidente apareciendo  
 Cárdenas nubes, lúgubres señales:  
 Ya toca á recoger el ronco estruendo  
 De añafiles, trompetas y atabales;  
 Y ordenándose en rápida carrera,  
 Obedece veloz la hueste fiera.

Al pie de un monte que el contorno otéa,  
 El campo asienta el bárbaro africano;  
 Y en ver desde su altura se recrea  
 Nacer un pueblo en el tendido llano:  
 Con mil confusas luces centellea  
 Desde la playa hasta el confin lejano:  
 Y en la atezada noche vénsé claras  
 Selvas ardiendo, lumbres y almenaras.

Allá dentro del mar, sobre la cumbre  
 Del altísimo escollo, inmensa hoguera  
 Arde también, y con su viva lumbre  
 Tocar parece la celeste esfera:  
 Contéplala la absorta muchedumbre  
 Cual si ardiente volcan del mar naciera;  
 Y con pavor y asombro desde lejos  
 Vé en las ondas los pálidos reflejos.

A su confusa luz atalayando  
 En ancho cerco la llanura inmensa,  
 Vela Almanzor con su invencible bando  
 Del fuerte antemural en la defensa:  
 En sus robustos hombros estribando  
 Del imperio la mole vé suspensa;  
 Y con inquieto afán en la alta torre  
 La mar domina y su extensión recorre.

Con sublime terror le lisonjea  
 El ronco viento que en su torno zumba,  
 El ancho mar que enrojecido ondea,  
 Y el ponto hirviente que á sus pies retumba;  
 Mientras el hueco monte titubea  
 Al abrirle en su centro inmensa tumba,  
 Que en sus senos sepulte semivivos  
 A millares los míseros cautivos.



Mas del bárbaro imperio la fiereza  
 Los diques rompe del celeste enojo;  
 Y ya sobre su indómita cabeza  
 Desciende el rayo á confundir su arrojo...  
 De su poder, su gloria y su grandeza  
 Ni rastro existe, ni se vé despojo;  
 Quedando apenas, porque al mundo asombre,  
 De tan gran reino por vestigio *un nombre* (\*).

Así del Asia en la region distante  
 Crecieron cien imperios poderosos,  
 Que hasta el cielo con ánimo arrogante  
 Levantaron sus vuelos orgullosos:  
 Y hora al pisar el triste caminante  
 Los áridos desiertos espantosos,  
 Pisa con sacro horror y muda pena  
 Hundidos cien imperios en la arena.

(\*) Velez de la Gomera.

## ZARAGOZA.

### POEMA.

"Compúsose este Poema para disputar el premio ofrecido á nombre de la nacion por la Suprema Junta Central, poco despues de acaecida la rendicion de Zaragoza en el año de 1809; sin que importe al público saber ni las causas á que se atribuye el que no se manifestasen las resultas del concurso, al cabo del término prefijo, ni los datos que tiene el autor para creer que este Poema, tal cual sea, habia sido elegido por dos jueces tan competentes en la materia como D. Melchor Gaspar de Jovellanos y D. Manuel José Quintana para que en él recayese el premio. Lo cierto es que, habiéndose retardado el que se diese este, sobrevinieron luego las desgracias que afligieron á la Patria en aquel aciago año, y que acarrearon por



último la invasión de Andalucía por el ejército enemigo y la disolución del Gobierno: en cuyas circunstancias, habiéndose el autor refugiado á Cádiz, y de allí pasado á Inglaterra, imprimió su Poema en Londres en el año de 1811."

"Del mismo modo que se publicó entonces, se reimprime ahora, habiendo juzgado conveniente dejar esta obra cual la inspiraron las circunstancias de aquella época, y como se presentó al concurso; á pesar de que alguna vez se resienta de que la compuso el autor siendo todavía muy joven, y apremiado por el corto plazo concedido por la Junta Central."

Tal es la advertencia que estampé al frente de este Poema, cuando el año de 1827 lo publiqué en París entre mis *Obras Literarias*; y no habiéndose nunca impreso en España, me ha parecido oportuno verificarlo ahora, para completar con él esta colección.

## POEMA.

Sobre ruinas y triunfos, Zaragoza  
De la terrible lucha reposaba  
Que por dos lunas agitó su suelo<sup>†</sup>;  
Cuando, á la voz de Marte pavorosa,  
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,  
Con las llamas y el hierro amenazando,  
Lanzáronse mil bárbaras legiones.  
En vano ¡oh Dios! en vano  
A poner freno á su furor insano  
Braman los aquilones;  
Rompen sus cauces los hinchados rios;  
Tala el invierno la aterida tierra;  
Y de inclemente nieve coronada  
Alza su frente la riscosa sierra.  
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña  
Arrasar montes, devastar los llanos,  
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa  
Rasgar el seno de la triste España,  
Que incauta un tiempo los llamára hermanos?  
¿Quién osará del rápido torrente  
El ímpetu atajar? Cayó Castilla;



Se ahuyentó nuestra hueste desbandada ;  
 Y al furor de la bárbara cuchilla ,  
 Con la sangre de mayo salpicada ,  
 Tendió Madrid la desdorada frente.  
 Por vez segunda el Tajo caudaloso  
 Al inclemente yugo se condena ;  
 Y allá bajo la tierra , prodigioso  
 Sepúltase Guadiana ,  
 Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando  
 Las palmas bate , y por los aires suena  
 Su horrisono clamor... ¡Ay, cuánto, cuánto,  
 Misera España, de destrozo y ruina ,  
 Cuánto de luto y de amargura y llanto  
 Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones  
 Del Ebro cubren la anchurosa márgen :  
 Tiembla bajo la inmensa pesadumbre  
 La sacra orilla ; plumas y penachos  
 A merced de los céfiros ondean ;  
 Y los petos y yelmos centellean  
 Del claro sol á la radiante lumbré.  
 Los normandós frisonés  
 Baten con grave pié la helada tierra ;  
 Piérdense los contrarios escuadrones  
 Allá á lo lejos entre densa nube ;  
 Crece el estruendo , y el clamor de guerra  
 Puebla los vientos y á los ciélos sube.

De juncos y de adelfas coronadas  
 Las Náyades , al eco tremebundo ,  
 Sacan del agua los nevados pechos ;  
 Y del bélico apresto amedrentadas ,  
 Lanzan un grito , y cálanse al profundo.

Tened , tened , impíos ;  
 Suspended esas huestes ominosas  
 De muerte y destruccion : ¿á dónde, á dónde  
 Correis , blandiendo en la terrible mano  
 La ardiente antorcha y el acero insano?  
 Piedad, piedad, crueles !  
 Merced á Zaragoza !  
 Misera , abandonada ,  
 Aun gime dolorida ;  
 Aun brota sangre la reciente herida  
 Que en ella abriera vuestra cruda espada.  
 ¿ No escuchais cual resueñan por los vientos  
 Los agudos lamentos  
 De viudez y horfandad ? ¿ El sordo ruido ,  
 Cual de lejano trueno , que retumba  
 Allá en el hondo de la negra tumba ,  
 Do mil valientes víctimas cayeron ?  
 Piedad por una vez : si buscáis ruinas ,  
 Si saciaros quereis en fiero estrago ,  
 Sobradas ruinas ¡ ay ! hartos despojos  
 Han que mirar los ojos.  
 Tended la torva vista , que aun humean  
 Los techos incendiados ;



Aun espantan con sangre mancillados  
El suelo ilustre y los endebles muros.

Si empero tanto horror, si tantas muertes  
No os bastan, proseguid: no lanzó en vano  
La invicta Zaragoza el santo grito  
De vencer ó morir; grito tremendo,  
Que sobre el trono estremeció al Tirano.  
Amenazado, herido,  
Ruge con más furor el leon hispano,  
La sangrienta guedeja sacudiendo;  
Y al agresor se arroja, y se complace  
La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid: la heroica Zaragoza  
Al combate se apresta, á la venganza;  
La espada vibran sus valientes hijos,  
Y blanden fieros la terrible lanza.  
¿Cómo tan breve su constancia invicta  
Pudisteis olvidar y su ardimiento?  
¿En qué librais la bárbara esperanza  
Del triunfo y vencimiento?  
¿No vió el Jalon profundo sus riberas  
De enemigos cadáveres sembradas,  
Y arrebatár su rápida corriente  
Rotas corazas, petos y cimeras<sup>2</sup>?  
¿No vieron vuestras huestes debeladas  
Los campos de Mallén? ¡Oh nunca, nunca  
Dignamente loadas,  
Hablád vosotras, inmortales Eras<sup>3</sup>!

Decid como animosos  
Los ínclitos del Ebro batalláran  
Con las legiones fieras;  
Y á la muerte tranquilos presentáran,  
En vez de fuerte arnés, pechos desnudos.  
No los filos agudos  
Del duro acero, ni la fuerte lanza,  
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;  
Todo cede á la indómita pujanza  
Del brazo aragonés; heridos suenan  
Cascos y petos; mézclanse las haces;  
El polvo roba el inflamado cielo;  
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,  
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.

En sangre tintas, de pavor cubiertas,  
Rotas huyen las bárbaras legiones;  
Y en tanto, tremolando los pendones,  
Entran ufanos por las anchas puertas,  
De guirnaldas y lauros adornadas,  
Los hijos de la patria. ¡Cuántos, cuántos  
Siguiéron á aquel triunfo! Siete veces  
Miró embestida la Ciudad gloriosa  
El blondo julio; y siete desplomarse  
La soberbia enemiga, y contra el muro  
Sus numerosas fuerzas estrellarse<sup>4</sup>.

Hicla el pavor los ánimos osados  
De los feroces hijos de la guerra;  
Y en cobarde rencor trocando el brio,



Quando la noche á la callada tierra  
 En luto envuelve y en horror sombrío,  
 Bombas arrojan, que en su lumbré encienden  
 El aire tenebroso por do hienden.

A leve impulso, la muralla frágil  
 En polvo cae deshecha;  
 Y cual tigre rabioso,  
 Por ruinas y cadáveres trepando,  
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,  
 Y Lefèvre orgulloso  
 La destructora turba acaudillando<sup>5</sup>.  
 De enemigos cubiertas  
 Vense calles y plazas; atronando  
 Rompen las hachas los robustos quicios;  
 Caen las ferradas puertas;  
 Arden los edificios;  
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina  
 Mira el pueblo valiente  
 Con pecho quieto y con serena frente.

Ya en roncós alaridos  
 Celebra el triunfo la contraria gente,  
 Cuando el cañón horrisono tronando,  
 Las espesas falanges desordena:  
 Agítase en confusos remolinos  
 La destrozada hueste; pavorosos  
 Caudillos y soldados se atropellan;  
 Y por el plomo destructor heridos,  
 Caen en la dura tierra confundidos

Con los tibios cadáveres que huellan.  
 En tanto los terribles moradores  
 Arrójanles por claros y troneras  
 Mil muertes y otras mil; allí, arruinando  
 La quebrantada, altísima techumbre,  
 Desquicianla; y desplómase atronando,  
 A impulso de su grave pesadumbre.  
 Allí, incendiadas vigas y sillares  
 De los deshechos muros arrancando,  
 Los impelen con ímpetu; los vientos  
 Braman con son horrisono apremiados;  
 Y los fieros guerreros á millares  
 Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga ni piedad: por todas partes,  
 A la señal belisona, furiosas  
 Arrójanse las tropas valerosas  
 Que nacer viera el Llobregat ameno<sup>6</sup>.  
 La sorpresa, el desórden, la estrechura  
 Redoblan el horror del trance fiero;  
 Combaten crudamente brazo á brazo  
 Guerrero con guerrero;  
 Saltan rotos los hierros centellantes;  
 La tibia sangre por do quier humea;  
 Cada golpe una muerte; cada acero  
 Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,  
 Qué el robusto frison, el fuerte escudo?  
 Con ímpetu de rayo se abalanza



El bravo aragonés; burla los golpes;  
 Y entre el fuego y horror del trance crudo,  
 La vista apenas á seguirle alcanza.  
 Hiérenle; y fieramente embravecido,  
 Los montes de cadáveres salvando,  
 Penetra por las astas enemigas,  
 En sed de guerra ardiendo y de venganza.  
 ¿Dó tornarán los fieros enemigos  
 La amedrentada faz? Hierro sus sienes,  
 Hierro amenaza sus cobardes pechos:  
 Destrozados, deshechos,  
 Ni oponer osan al comun estrago  
 La desesperacion; el asta fuerte  
 Cae de su débil diestra desprendida;  
 Y al inclemente amago  
 Inclinando cobardes la cabeza,  
 Ni el golpe esquivan de la cruda muerte.  
 ¡Cuántas allí! Confusos, perseguidos,  
 Los restos de las bárbaras legiones  
 La Ciudad abandonan, que engreidos  
 Leve triunfo á su esfuerzo imagináran.  
 La triste nueva de terror sombrío  
 Cobija el enemigo campamento;  
 Muere en los pechos el antiguo aliento,  
 Muere en los brazos el usado brío.  
 Al rayo abrasador del Can ardiente,  
 Allí lánguido yace el cruel guerrero;  
 Mas allá, sobre el arma reluciente

Débilmente apoyado,  
 Los mustios ojos fijos en la tierra,  
 Reposo anhela el mísero soldado;  
 Y apareciendo á su afligida mente  
 De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,  
 Dentro del pecho congojoso encierra  
 Hondos sollozos de furor y angustia.  
 Lefèvre en vano intenta  
 Las tropas alentar, con faz mentida  
 Encubriendo el dolor que le atormenta:  
 Recorre el campo; y su mirar incierto,  
 La rienda del caballo abandonada,  
 El tardo paso su penar anuncian;  
 Y aun tal vez, en su cuita sumergido,  
 Sin dello apercebirse,  
 Se escapa de sus labios un gemido.  
 Cayó toda esperanza: desde el monte  
 Descubren á los bravos combatientes,  
 Que vuelan al socorro apeticido  
 De la heróica Ciudad; la nueva hueste<sup>7</sup>  
 El pavor de los Galos acrecienta;  
 Y cual banda de buitres, que se ahuyenta  
 Cuando brilla relámpago á lo lejos,  
 Anunciando el horror de la tormenta;  
 Así dispersos huyen, arrojando  
 Las mal usadas armas, y á la noche  
 Su salud en la fuga encomendando<sup>8</sup>.  
 Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;



Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes  
Secó los lauros de Austerlitz y Jena.

¡Y aun osareis luchar con los valientes  
Que tantas veces con heróica planta  
Vuestras altivas águilas hollaron!

¡Oh, cuánto afan y destruccion y mengua  
Costaros ha la bárbara osadía!

¡Cuán terrible y sangriento  
Será el nuevo escarmiento!

Aquí mi voz llegará: y las legiones  
Ya con hórrido estruendo

A la Ciudad angusta se acercaban.

Sus negras alas desplegó la noche;

Y como en su alta cima ve Moncayo

Las oscuras tormentas apiñarse,

Y al viento desafia,

Al ronco trueno y al ardiente rayo;

Tal, al mostrarse la vecina aurora,

Zaragoza impertérrita veía

Desparecer, bajo contrarias huestes,

Las cercanas colinas y llanuras.

Cánticos, himnos, voces de alegría

Sus espaciosos ámbitos llenaban;

Y el parche y las trompetas pregonaban

Que era llegado de la gloria el día.

Las calles y las plazas y los muros

Puéblanse, al ronco son, de gente armada;

Mil y mil combatientes

Embrazan el paves, ciñen la espada,

Y de verdes coronas

Ornadas muestran las augustas frentes.

Las ínclitas matronas,

Los jóvenes y ancianos

Morir anhelan por la amada patria,

Y el hierro empuñan sus endebles manos.

¡Oh patria! ¡Oh dulce nombre! Te oigo apenas,

Y agítase mi pecho, arden mis venas,

Ensánchase mi ser: ante el Tirano,

De verdugos cercado y de suplicios,

Libre de vil temor, de bajo susto,

Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano

Me sostendrá al morir; tu nombre agosto

Se helará, al expirar, entre mis labios.

¿Mas quién entre los ínclitos guerreros

El sagrado estandarte tremolando,

Los inflama al combate, á la victoria?

El es, él es: su rostro resplandece

Con rayos mil de gloria,

Cual iris tras tormenta en el estío;

Sus mayores su escudo le prestaron,

Apolo su beldad, Marte su brío.

No hay duda, él es; ceñido de laureles,

Al invencible Alfonso se asemeja

Cuando le vió triunfante Zaragoza,

Rescatada por él de los infieles?

Salud, héroe inmortal; salud mil veces,



Divino Palafox; la madre España  
 A tí tiende sus brazos congojosa,  
 Como al hijo de amor; por tí respira;  
 Agítase contigo en la pelea;  
 Y su dolor y angustias olvidando,  
 En tus glorias y lauros se recrea.

Alienta, triste patria; que el acero  
 Ya en su terrible diestra centellea,  
 Cual rayo en tempestad: su ademan fiero  
 Es precursor del triunfo; la victoria  
 Entre el marcial estruendo le acompaña.  
 Miradle, sí, miradle: repitiendo  
 El sacro nombre de la madre España,  
 Se abalanza á las bárbaras legiones,  
 Seguido de la hueste numerosa;  
 Trábase la árdua lid; el bronce suena;  
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,  
 Cercado de enemigos escuadrones,  
 Hiende, rompe, destruye, desordena  
 Cuanto se opone á su denuedo y brio:  
 ¿Quién, quién resistirá? Rastros de sangre  
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío  
 Con sus nacientes rayos no rompiera,  
 Envuelve á los feroces combatientes,  
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta  
 La horrenda mortandad: caen los valientes;  
 No hay perdon al rendido; á hierro y fuego

Destruyense las haces inclementes.  
 ¿No basta tanto estrago, tanta ruina?  
 Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo  
 Allí, y allí tambien; en la colina,  
 En la márgen del Gállego, en el puente,  
 En los vecinos campos inundados  
 Por la profunda, rápida corriente <sup>10</sup>.

La pericia, el furor, la muchedumbre  
 De la contraria hueste son en vano:  
 Cede al valor el número, y el arte  
 Al amor de la patria soberano.  
 El furibundo Marte,  
 La flamígera antorcha sacudiendo,  
 Recorre el campo; acá y allá revuelve,  
 Sobre muertos y heridos, los caballos  
 Del carro destructor; y á la venganza,  
 A muerte incita con clamor horrendo.

A la voz imperiosa  
 Renacer siente el enemigo bando  
 Su bravura feroz; y se abalanza  
 Al fuerte parapeto, el nombre odioso  
 Del sanguinario Déspota aclamando.  
 De horror y muerte y destruccion preñadas,  
 Con estruendo espantoso  
 Revientan las terribles baterías;  
 Yerma el inmenso llano de enemigos  
 El fuego asolador; retumba el bronce;  
 Murallas, combatientes, cielo y tierra



Confúndense entre el humo y desaparecen.  
¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,  
Que el mundo encadenaron?

Finó su gloria; cual ligera niebla  
Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,  
Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo  
De mirto y de arrayan; y el dulce canto  
La victoria remonte al alto cielo.

En sus ilustres lares,  
Tiernas amantes, cándidas esposas,  
Con voces armoniosas  
Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad: en la muralla  
Las banderas espléndidas ondean;  
Suena alegre el clarín; álzanse triunfos;  
Sobre tronchadas águilas y picas  
Pebeteros riquísimos humean.

Todo era salva, júbilo, alegría,  
Cuando la noche que en el negro carro  
Rodando por el cielo tenebroso,  
Ya medio curso recorrido habia,  
Llamó á los vencedores al reposo.  
Pensativo, sangriento, polvoroso,  
El fuerte Palafox, en el alcázar,  
A nueva lucha y préz se apercibia:  
La soledad, el lúgubre silencio,  
La techumbre de cedro, opaca, altísima,

Un temor inspiraban misterioso;  
Y el viento que á lo lejos sordamente  
Vagando por las bóvedas se oía,  
El horror augustísimo aumentaba.  
El ánimo del héroe se gozaba  
En la terrible magestad sombría,  
Cuando temblar sintió bajo su planta  
Los profundos cimientos del palacio:  
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido  
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;  
Y sobre negra nube se levanta  
La venerable Sombra  
De Rebolledo el Grande<sup>11</sup>: en la tiniebla  
Se ve centellear su faz divina;  
Tal como suele boreal aurora,  
Cuando en los reinos de la eterna noche  
Cielos y tierra y mares ilumina.  
Cércale en torno insignias y trofeos;  
Cúbrelo con su manto la victoria;  
Y en el noble ademan, fiero y sombrío,  
Ostenta grave su valor y gloria.  
«Ilustre nieto, (dice en voz pausada)  
El placer penetró mi hondo sepulcro,  
Cuando incansable, en el ardiente estío,  
Lidiar te ví y vencer. Mas árdua lucha,  
Mayor constancia, esfuerzo y heroísmo  
Hora la patria exige: cuantos males  
Abortar pudo el Genio de la guerra,



Cuantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo  
 Para afligir los míseros mortales,  
 Y el cielo airado en su venganza encierra,  
 Van sobre tu cabeza á desplomarse.  
 Naturaleza toda conjurada  
 Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,  
 En sus profundos senos agitada,  
 Sacudirá con horroroso estruendo  
 Defensores, murallas y edificios;  
 Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,  
 Con mano yerta y pálida tendiendo  
 El cetro asolador, en vasta huesa  
 La patria trocarán de los valientes.  
 Hijo de mi ternura, en ígneas letras,  
 Allá sobre los cielos esplendentes,  
 El nombre escrito está de Zaragoza,  
 Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.  
 Mil siglos volarán sobre sus ruinas;  
 Se hundirán los tiranos y sus tronos;  
 Morirán astros; finarán imperios;  
 Eterno, empero, su renombre y gloria,  
 Durará á par del mundo su memoria.  
 Y la tuya también: grato el destino  
 Correr me ha concedido ante tus ojos  
 El velo diamantino  
 Que cubre el porvenir. Gemirá España  
 En congojoso afán; hijos y hermanos  
 Con sangre regarán el patrio suelo;

Que nunca, dilo al mundo, nunca el cielo  
 Dejó impune el sufrir á los tiranos.  
 Mas no feroz el Déspota del Sena  
 Aherrojará sus inocentes manos,  
 Ni atará al carro á la nación que un día  
 Tierra y mar abarcaba, ambas regía.  
 Así plugo á los hados: Zaragoza  
 Caerá en expiacion; y de sus ruinas  
 Se alzará sobre el trono refulgente  
 La libertad de la española gente.  
 Claro honor de mi estirpe, tú el primero  
 Arrostrando impertérrito la muerte,  
 Debes abrir á la Ciudad augusta  
 El ínclito sendero  
 De la inmortalidad: jamás cobarde  
 Tender el cuello á la cadena insana!  
 Jamas besar la mano enrojecida  
 Con la inocente sangre castellana!"  
 Jamas! sí; yo lo juro.... arrebatado  
 Clamó así Palafox: la helada planta  
 Abrazó de la Sombra, arrodillado;  
 Y al estallido súbito de un trueno  
 Se disipó el Espectro, como el humo,  
 Al querer estrecharle contra el seno.  
 El héroe se inclinó: su pecho fuerte  
 Sintió oprimido de respeto santo;  
 Y entorpecer sus agitados miembros  
 El terror silencioso de la muerte.



En éxtasis profundo sumergido,  
 No levantó la faz hasta que el día,  
 Con pálidos fulgores asomando,  
 Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso  
 Su rostro por los montes descubria,  
 Cuando, el cándido lino tremolando,  
 De la pérfida hueste un mensagero  
 Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios  
 Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;  
 Y mal oculta entre la verde oliva,  
 La ominosa cadena se descubre <sup>12</sup>.

«¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,  
 Guerra á la usurpacion: muramos todos,  
 Muramos, sí, vengados;  
 Antes que vernos á las torpes plantas  
 De bárbaros verdugos,  
 Sin libertad, sin patria, arrodillados.»  
 Así gritó la inmensa muchedumbre:  
 Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,  
 Guerra! sonaron los profundos valles,  
 Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.

¿Visteis tal vez en el hercúleo estrecho  
 Chocarse dos corrientes encontradas,  
 Por los opuestos vientos impelidas?  
 Mayor era el fragor: mayor estruendo  
 La Ciudad augustísima asordaba,  
 Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Aquilo y Noto combatidas.  
 Crece el marcial clamor; y entre las voces,  
 De Palafox resuena el ronco acento;  
 Tal como trueno en tempestad horrisona,  
 Que el mar acalla y el sañudo viento.  
 Resuena; y con la diestra no domada,  
 La flecha ensangrentada  
 ¡Fiera señal de guerra!  
 Arroja al enemigo campamento <sup>13</sup>.

¡Cuánto trance cruel, de aquel momento,  
 Ciudad de gloria, ante tus muros viste,  
 Y mengua agena y propio vencimiento!  
 Cada luz, nueva lucha; debelados  
 Vió cada luz los bárbaros guerreros,  
 Desde el Vístula al Tíber celebrados <sup>14</sup>.

¿Quién domó su altivez, ó quién refrenó  
 Su preciado valor? Endeble valla  
 De leve polvo y deleznable arena,  
 Los flacos torreones, sostenidos  
 En endeble cimientó  
 Que, al sacudir el viento  
 El cañon estruendoso, titubea;  
 ¿Serán potentes á atajar la furia  
 De los que al mundo locos pregonáran  
 Su irresistible esfuerzo en la pelea?

¡Ay! que airados encienden,  
 En la fuerte trinchera guarecidos,  
 La destructora mecha;



¡Ay! que ya derruidos  
 Los vacilantes muros, cae deshecha  
 La alzada torre, que á la hueste fiera  
 Terror y espanto fuera <sup>15</sup>.  
 ¡Tú tambien! ¡Tú tambien, Sancha divina<sup>16</sup>,  
 Honor y prez de Iberia, tú cercada  
 De la atroz muerte y la espantosa ruina!  
 Sálvate por piedad: ¿no oyes el ruido?  
 ¿No ves el aire arder? ¿Cómo levanta  
 Montes de escombros la preñada bomba,  
 Y con horror la tierra  
 Hace tremer bajo tu débil planta?  
 Sálvate, por piedad; que no tan bella  
 Formó natura tu graciosa mano  
 Para inflamar con ella  
 El horrendo cañon; ni pudo insano  
 Las Furias hospedar el blanco pecho,  
 Para las Gracias hecho.  
 No mas lucha, no mas: el vasto mundo  
 Lleno está de tu nombre y de tu fama;  
 Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,  
 Lidiar te mira, y ya en el occidente  
 Apenas luce su apagada llama.

Llega la noche: Vénus tras las huellas  
 Del fugitivo sol desaparece;  
 Y en los opacos ciclos resplandece  
 El trémulo fulgor de las estrellas.  
 A su confusa luz, de la trinchera

Vese salir á la cobarde hueste,  
 Que á merced de las sombras y el silencio  
 Quiere en sangre saciar la rabia fiera.

¿Quién el horror de la tremenda noche,  
 La ciega confusion, el crudo estrago,  
 Osará describir? Diez veces fueron  
 Las que sañudos los feroces Galos  
 Al arruinado fuerte arremetieron;  
 Diez las que en polvo y sangre denegridos,  
 De los altos escombros derrocados  
 Con ímpetu cayeron.

Así débil bajel, despedazado,  
 La prora abierta, en medio de las aguas,  
 Resiste entre las rocas encallado:  
 La mar en vano con furor impío  
 Bate el roto costado;  
 Crecen las olas, álzanse á las nubes;  
 Y en los frágiles leños estrelladas,  
 En leve espuma bajan y en rocío.

¿Ni cómo numerar tantos guerreros,  
 Que en el horror de la tiniebla oscura,  
 En las contrarias haces confundidos,  
 Tiñeron con mil sangres los aceros?  
 Cada cual es un dios; ardientes rayos  
 Lanza en torno de sí; muy mas que todos  
 Impávida, animosa,  
 La inmortal heroína,  
 De heridos y cadáveres cercada,



La fuerte diestra intrépida fulmina.  
 Salve, divina Sancha: amor sublime  
 De patria y libertad, tu dulce magia,  
 Tu imperio soberano  
 Bendiga eternamente el labio humano.  
 ¡Bendita, oh libertad! ¡Bendito seas,  
 Almo don de los cielos! Tú solamente  
 El brazo castellano  
 Alzaras contra el bárbaro Tirano;  
 A tí España sus triunfos, á tí debe  
 Sus lauros Zaragoza.... ¡Ay, qué trocada  
 De la que fuera un día,  
 En sempiterno duelo sepultada,  
 Resiste al hadó; y de la adversa suerte  
 La implacable sentencia desafía!  
 Llegó el plazo cruel: el negro trono,  
 Sobre pálidos huesos asentado,  
 Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,  
 Blandiendo con el brazo descarnado  
 La terrible segur, corre y asuela;  
 Y el contagio létal los puros aires  
 Inficiona con soplo envenenado.  
 Los tristes habitantes en sus venas  
 Sienten la sangre arder, y ponzoñosa  
 Hinchar los flacos miembros denegridos;  
 Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,  
 Y los cárdenos labios encendidos.  
 No fuera mas terrible el diente agudo

De víbora traidora, cuando vierte  
 Su veneno fatal, y con la sangre  
 Rápido corre su licor de muerte.

Así la vírgen yace, así el anciano,  
 La esposa, el niño, el jóven, el guerrero;  
 Y en convulsiones hórridas luchando,  
 Lanzan el ¡ay! postrero.

La hermana del hermano  
 Bebe el hálito infesto, y al sepulcro  
 Abrazados descenden; tierna madre  
 Del hijo al expirar la ardiente mano  
 Oprime contra el pecho;  
 Y ¡oh triste! el mismo lecho,  
 La tumba misma unidos los recibe <sup>17</sup>.

Luto do quier y muerte: el hambre excava  
 Mas huesas que el contagio; enflaquecida,  
 Los amarillos miembros agitando,  
 Lenta carcome el mísero cimiento  
 De la angustiada vida;  
 Y en eterno tormento  
 A los invictos héroes aquejando,  
 Hunde en la tumba víctimas sin cuento.  
 ¿Dó los arcos de flores, las columnas,  
 Los altos monumentos?  
 ¿Dó el bélico clamor de los valientes?  
 Lánguidos, macilentos,  
 Rastrando van por las desiertas calles  
 Los exánimes cuerpos, sostenidos



En la robusta lanza ; triste llanto ,  
Mortal silencio , lúgubres gemidos  
Suceden ¡ ay ! al armonioso canto ;  
Y en vez de triunfos , que por tierra yacen ,  
Vense solamente huesas y sepulcros .

Blanda la tierra os sea ,  
Héroes de bendicion ; siempre sereno ,  
No el cielo turbe vuestra quieta tumba  
Con rayo abrasador ni ronco trueno .  
Yaced , yaced en paz : Ebro en sus hondas  
Concavidades gima congojoso ;  
Y al correr por el pie de los sepulcros ,  
Béselos respetoso ,  
El bramido acallando de sus ondas .

¡ Una , mil y mil veces bienhadados  
Los que , al morir , vuestros tranquilos ojos  
Fijar pudisteis en la libre patria !  
No la vereis arder ; ni destruida  
Buscar entre sus ruinas los despojos  
El Vándalo feroz ; ni ensangrentados  
Los santos templos ; y la tierna esposa  
Al triunfal carro , y los queridos hijos ,  
Y los ancianos padres amarrados .

Tan aciago momento  
Natura entristecida  
Presagió con agüeros pavorosos :  
La faz mostrando en sangre enrojecida ,  
El sol se oculta , y las opuestas nubes

Tiñe con mil celages horrorosos ;  
De pálida corona circuida ,  
La luna brilla apenas , y se pierde  
En medio de los cielos tenebrosos ;  
Y es comun voz que por los aires vagan  
Pálidas luces , que en la triste noche  
Sobre el sepulcro lóbrego se encienden ;  
Y á los mortales siguen ,  
Si huyen con pie medroso ; y raudas vuelan ,  
Si con osada planta las persiguen <sup>18</sup> .

De tan tristes auspicios amagada ,  
Ve impávida acercarse el fin tremendo  
La heróica Zaragoza : derruidos  
El mal trabado muro y torreones ,  
En pálidos espectros convertidos  
Los fieros campeones ;  
¿ Qué valladar enfrenará el impulso  
De las fieras falanges enemigas ?  
Cobardes , sí , cobardes ,  
Ni medir osan el traidor acero  
Con el débil guerrero  
Que apenas mueve el paso mal seguro ,  
Ni penetrar por el deshecho muro ;  
Y ¡ oh mengua ! ¡ oh vilipendio ! los que osarán  
Señores proclamarse de la tierra ,  
Las célebres legiones <sup>19</sup>  
Que desde el Nilo al Báltico llevarán  
La asolacion y espanto de la guerra ,



Los ínclitos caudillos cuya fama  
Temblar hiciera tronos y naciones <sup>20</sup>,  
No asaltar osan las augustas ruinas  
De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo  
Contrasta invicta cuantas crudas plagas  
Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.

¡Eterna maldicion al primer hombre  
Que al arte diera y la cobarde astucia  
Lo que al valor y esfuerzo fue negado!  
Nunca, nunca naciera; y victoriosa  
Aun nos mostrára su divina frente  
La noble Zaragoza.

¡Ay misera! ¡cuál arde! ¡cuál incendian  
Mil y mil bombas los dorados techos <sup>21</sup>!  
Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,  
Y alcázares y templos y edificios  
Desplómanse deshechos.  
Sopla sañudo el Abrego, y derrama  
El fuego asolador; entre humo y polvo  
Sube ondeando la sonante llama;  
Las nubes rompe con radiantes sulcos,  
Y el negro cielo con su lumbre inflama.

Crece el voraz incendio; resplandece  
La abrasada Ciudad, cual una hoguera;  
Y el horror aumentando el sacro rio,  
En su móvil espalda reverbera  
El trémulo fulgor, y arder parece.

¿Porqué le fuera dado al hombre insano,

Con ánimo perverso,  
Trocar en destruccion cuanto fecundo  
Para su bien le ofrece el universo?  
¿Por qué, buen Dios, bajo su torpe mano  
Natura esclavizada  
Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida  
La madre tierra en sus profundos senos,  
La asolacion abriga y el estrago  
De los héroes del Ebro; conmovida  
Por el profundo incendio, se estremece  
Con súbito fragor; ardientes minas  
Horrisonas revientan; piedras, arcos,  
Al cielo arroja la explosion tremenda;  
Todo es incendio y ruinas;  
Arde la tierra, y ábrese, y sepulta  
Cien pórticos, y junto  
Derrúmbanse cien torres en un punto.

Víctimas inocentes  
Bajo rotos escombros oprimidas  
La muerte invocan; sus agudos ecos  
Retumban en los huecos  
De las confusas ruinas, y se hiela  
La sangre al escucharlos: busca el hijo  
Bajo los propios techos arruinados,  
Bajo los techos que nacer le vieran,  
El paterno cadáver insepulto;  
Y ante sus mismos ojos tierna madre  
Ve hundirse para siempre



Las prendas de su amor en el profundo.  
 ¿La constancia, el furor, el heroísmo  
 Serán de algun valer? Otra vez y otra  
 El horroroso abismo  
 Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.  
 ¿A dónde, á dónde huir? Bajo la planta  
 Resuenan roncós truenos;  
 Y al estampar la huella, entre humo y polvo,  
 Por medio de la tierra dividida  
 Muestra la eternidad sus hondos senos.  
 ¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada  
 Del profundo cimiento, se estremece  
 De polo á polo la Ciudad divina;  
 Y vacila, y desplómase, y su ruina  
 De espantó cubre á las legiones fieras <sup>22</sup>.

Así en tremendo día  
 Bramó el hórrido viento furibundo;  
 El eterno equilibrio  
 Perdió la tierra en la region vacía;  
 La mar inundó el mundo;  
 La Atlántica se hundió; y al sumergirse,  
 Pavorosos los vientos se aplacaron,  
 Y los mares sus aguas enfrenaron.

Fue Zaragoza, fueron sus valientes,  
 Su esplendor fue; su célebre renombre  
 Resta tan solo.. ¡Oh Dios! Si allá hasta el cielo  
 Sube la humilde voz del débil hombre,  
 Acoge mi plegaria bondadoso:

Nunca el arado tan sagradas ruinas  
 Llegue á romper ni el venerando suelo  
 Con tantos hechos ínclitos famoso.  
 Goce, antes de morir, en negra noche,  
 Solo de algun relámpago alumbrada,  
 Visitar sus escombros respetoso:  
 Allí posará el alma; dulce llanto  
 Descargará mi pecho comprimido;  
 Y en las opacas ruinas escondido  
 El pavoroso buho  
 Me adulará con su agorero canto.  
 Allí sumido, entre el horror y espanto,  
 En meditar profundo,  
 Recorreré los siglos, la caída  
 De cuanto ufano presentára el mundo.

¿Qué es ya de la Ciudad que al suelo ibero  
 Dió dulce libertad en santas leyes?  
 ¿La que ostentaba en su palacio augusto  
 Tantos despojos de vencidos reyes?  
 ¿Cómo en sus anchas plazas no resuena  
 El hervir de la gente, el ronco estruendo  
 Del parche temblador? ¿Cómo no truena  
 El horrisono bronce sobre el muro?  
 Largas calles por tierra derribadas,  
 Lúgubre soledad, mustio desierto,  
 Ruinas ensangrentadas  
 La vista anublan, y el cabello erizan.  
 ¿Quién ya el ciego furor del Galo fiero



Quebrantará en la lid? ¿Quién pondrá linde  
 Al ímpetu feroz de su venganza?  
 ¿Quién?... Torna, Palafox, torna á la vida,  
 Caudillo triunfador; vibra el acero;  
 Blande la dura lanza;  
 Acomete, destruye  
 Cien legiones y ciento;  
 Acorre al patrio suelo, que oprimido  
 En bárbaro tormento,  
 Contra el yugo inhumano  
 Implora tu favor, y clama en vano.

En vano, triste patria; que luchando  
 Entre los yertos brazos de la muerte,  
 Ya, ya en el linde del sepulcro umbrío,  
 Respira apenas tu adalid valiente <sup>23</sup>.  
 En su lívida frente  
 Impreso está el furor; hierve su pecho;  
 Y con mortales ansias apoyado  
 En la débil siniestra,  
 Asir intenta la invencible espada  
 Que al lado pende del aciago lecho.

¿A qué aguardais, ó Vándalos? Heridos,  
 Moribundos, cadáveres, escombros,  
 ¿Os podrán resistir? Entrad, crueles...  
 Entraron... ¡ay!... entraron los verdugos... <sup>24</sup>

No mas: perdona, oh Musa; no me es dado  
 El canto proseguir de horror y muerte;  
 Triste el laud resuena destemplado,

Al pulsarle mi mano estremecida;  
 Y los hondos sollozos y gemidos  
 Que unidos á mi voz hieren el viento,  
 El canto truecan en disorde acento.  
 La cítara de Young, de ébano triste,  
 Cabe el opaco Támesis sonando,  
 Bajo el oscuro, encapuzado cielo,  
 Bastára solo á pregonar al mundo  
 Tan grave ruina, tan amargo duelo <sup>25</sup>.



## NOTAS.

1. El primer sitio de Zaragoza duró desde el día 15 del mes de junio del año de 1808 hasta el 14 de agosto.
2. Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.
3. La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el día 15 de Junio: tropas sin vestir ni disciplinar pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.
4. En el mes de julio dieron los Franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.
5. El día 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los generales Verdier y Lefèvre.
6. Distinguiéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.
7. Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.
8. Los Franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.
9. El rey D. Alonso I.<sup>o</sup> de Aragon conquistó á Zaragoza de los moros, despues de un obstinado sitio y de una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.
10. La accion del 21 de diciembre (día en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fue de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial contenido en las gacetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topográfica del terreno.
11. D. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.
12. El día 22 de diciembre de 1808 intimó el mariscal Moncey la rendicion á Zaragoza.
13. El mismo día contestó Palafox en una carta llena de valor y patriotismo.
14. Hubo varias acciones, entre las cuales se debe distinguir la del 25 de diciembre, mandada por el general Oneil, y la de caballería, de 31 del mismo, mandada por el brigadier Butron, contra la brigada mandada por el general Girard.



15. El fuerte de san José, que hizo una defensa heroica, y fue evacuado por nuestras tropas cuando ya estaba demolido.

16. Manuela Sancha, natural de Plenas en la Serranía, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

17. Son increíbles los horrores del contagio que affigió á Zaragoza: los Franceses confiesan en sus boletines que hallaron trece mil enfermos en los hospitales, y que morían quinientas personas diarias.

18. Propiedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

19. Comparando todos los documentos, se puede calcular que el ejército enemigo ascendía á treinta mil hombres.

20. Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre general de ingenieros Lacoste (que murió de un balazo el 1.º de febrero), Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon-ainé, etc.

21. Dédon-ainé, general de artillería, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma en el sitio de Zaragoza; y en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

22. Viendo los Franceses que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; pero aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gacetas de Madrid de aquella época.

23. Cuando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hallaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

24. El día 19 de febrero de 1809 capituló Zaragoza, y el 21 entraron los franceses en la ciudad arruinada.

25. El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gacetas publicadas en esta Ciudad, las de nuestro Gobierno y los mejores periódicos de la Península, las relaciones dadas por los enemigos en las gacetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente el boletín 33.º del ejército grande de España, el *Journal du soir* de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, etc.



1. et.

K 5

8245 Mar

P. 5. 336



